

REVISTA DE LA

UNIVERSIDAD DE MEXICO

NOVIEMBRE 1964

LA OBSESIÓN DE MÉXICO

MALCOLM LOWRY

PAPELES INÉDITOS Y NUEVAS APROXIMACIONES



Volumen XIX, Número 3
 México, noviembre de 1964
 Ejemplar: \$ 3.00

S U M A R I O

UNIVERSIDAD NACIONAL
 AUTÓNOMA DE MÉXICO

Rector
Doctor Ignacio Chávez

Secretario General:
Doctor Roberto L. Mantilla Molina

REVISTA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

Director:
Jaime García Terrés

Redacción:
Alberto Dallal
Juan García Ponce
Juan Vicente Melo
José Emilio Pacheco
Carlos Valdés

La Revista no se hace responsable de los originales que no hayan sido solicitados.

REVISTA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

Torre de la Rectoría, 10º piso, Ciudad Universitaria, México 20, D. F.

Tel. 48-65-00
 Ext. 123 y 124

Toda solicitud de suscripciones debe dirigirse a:

Tacuba 5, 2º piso
 México 1, D. F.
 Tel. 21-30-95

Precio del ejemplar \$ 3.00
 Suscripción anual „ 30.00
 Extranjero Dls. 5.00

Franquicia postal por acuerdo presidencial del 10 de octubre de 1945, publicado en el D. Of. del 28 de noviembre del mismo año

PATROCINADORES

BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR, S. A.—UNIÓN NACIONAL DE PRODUCTORES DE AZÚCAR, S. A.—FINANCIERA NACIONAL AZUCARERA, S. A.—INGENIEROS CIVILES ASOCIADOS, S. A.—(ICA).—NACIONAL FINANCIERA, S. A.—BANCO DE MÉXICO, S. A.

Esta revista
 no tiene agentes
 de suscripciones

LA FERIA DE LOS DÍAS	<i>Jaime García Terrés</i>
BAJO EL VOLCÁN	<i>Malcolm Lowry</i>
MALCOLM LOWRY EN SU OBRA OCTUBRE - NOVIEMBRE, 1938	<i>Juan García Ponce</i>
MEMORIAL	<i>Malcolm Lowry</i>
POEMAS	<i>Malcolm Lowry</i>
TRES CARTAS INÉDITAS	<i>Malcolm Lowry</i>
MALCOLM LOWRY: INTENCIÓN DE UNA OBRA INCOMPLETA	<i>Ramón Xirau</i>
SOBRE LA MISMA TIERRA	<i>Carlos Valdés,</i> <i>Alberto Dallal</i>
FOTOGRAFÍAS DE CUERNAVACA	<i>Bob Schaljkwijk</i>

RECONOCIMIENTOS

Por la carta a John Davenport (traducción de Carlos Valdés) a la Revista *Prairie Schooner* de la Universidad de Nebraska, y particularmente a su editora, la señorita Bernice Slotte. *Ibid.* por el cuento de *Bajo el volcán* (traducción de Raúl Ortiz y Ortiz). Por la carta a David Markson (traducción de Carlos Valdés) a la Revista *Canadian Literature*. Por la carta a Derek Pethick (traducción de Carlos Valdés) a la Biblioteca de la Universidad de Columbia Británica (Colección Malcolm Lowry). Por los poemas (traducción de José Emilio Pacheco) al doctor Earle Birney, de la Universidad de Columbia Británica. Por el *Memorial* (traducción de Raúl Ortiz y Ortiz) a J. B. Lippincott & Co., que publicará próximamente un volumen con la correspondencia de Malcolm Lowry.

La feria de los días

I

Por excepción a nuestra norma, hemos dedicado un número entero a la obra de un solo escritor. El hecho, que no es infrecuente en otro tipo de publicaciones, merece en el caso una breve justificación.

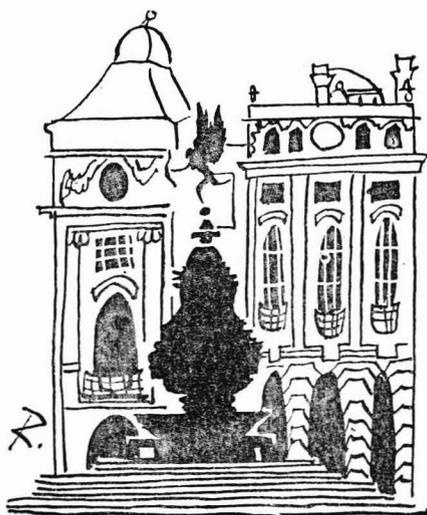


II

En primer término, hemos pensado que Malcolm Lowry no es un escritor cualquiera. Su penetrante, aunque subjetiva, visión de México, así como el largo desconocimiento que de ella se tuvo en nuestro país, recomienda enmarcar la reciente aparición en castellano de su libro capital sobre el propio tema (*Bajo el volcán*) dentro de un contexto esclarecedor; y en no menor medida, visto el valor intrínseco de semejantes ejercicios literarios, resulta de eminente justicia el transformar la dilucidación en homenaje.

III

México era para Lowry una verdadera obsesión. Lo mexicano se presenta en sus escritos con una amo-



rosa violencia raras veces igualada en un autor extranjero. La imagen es contradictoria. ¿Cómo no iba a serlo, si todo lo humano refleja la contradicción dramática y fundamental del hombre mismo y de su aventura terrenal; si la nuestra es una nación que vive del contraste; si la humanidad trágica de Lowry se nutría, a su vez, de parejos conflictos y altibajos?

IV

El destino de Malcolm Lowry encontró aquí el paisaje correspondiente al vaivén angustioso de sus inquietudes personales. Aquí pade-



ció, y gritó, no sin desgarrados sarcasmos de rebeldía, el dolor de la comunión consigo mismo y con los otros. No nos toca juzgarlo, sino comprenderlo. Hay sublevaciones que se consumen en silencio, infecundas e inaccesibles. La suya se tradujo en una poesía reveladora y ácida, en un testimonio vivo y aleccionador.

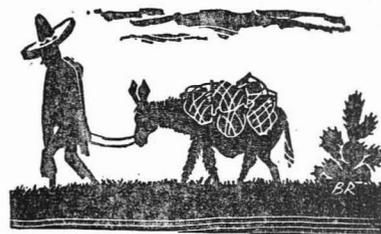
V

La burocracia mexicana —torpe y ciega, como todas las burocracias del mundo contemporáneo— lo agobió con mezquindades sin nombre. Lo midió, incapaz de otra cosa, con

la vara que suele medir al vagabundo rutinario. Erigida en juez farisaico, quiso explotarlo y condenarlo, equiparándolo a un vulgar intruso, apenas útil para servir de personaje a la trama kafkiana del papeleo voraz.

VI

Tamaña ineptitud, insisto, no es un privilegio nacional. Todos sabemos



de situaciones parecidas, que ocurren sin cesar en los cuatro puntos cardinales. Las autoridades migratorias estadounidenses, pese a la sociedad opulenta que las mueve, no exhiben por lo común mayor inteligencia. La caída en el universo kafkiano es un precio que paga, casi dondequiera, la inconformidad expresa y operante.

VII

Deseo, por último, hacer patente nuestra gratitud a cuantos nos han auxiliado en la preparación de esta entrega monográfica; en particular a la viuda del escritor, Margerie Lowry, y a Raúl Ortiz y Ortiz, devoto traductor de *Bajo el volcán*.

—J. G. T.



Bajo el volcán

Por Malcolm LOWRY

Este cuento, primera versión de lo que más tarde se convertiría en la novela Bajo el volcán, fue escrito aproximadamente en 1936, en Cuernavaca.

I

Al ascender la pendiente de la calle Nicaragua rumbo a la parada de autobuses, Hugh e Yvonne se volvieron para contemplar las aves color mermelada que se columpiaban en las parras.

El autobús, que al principio no iba muy lleno, pronto se mecía cual barco surcando pesado mar.

Podíase ver, ora al través de una ventanilla, ora al través de otra, la gran montaña: Popocatepetl, en torno a cuya base en enroscaban las nubes como humo que saliese de un tren.

Pasaron frente a los altos puestos hexagonales cubiertos de anuncios del cine Morelos: *Las manos de Orlac: con Peter Lorre*. En otra parte, atravesando con estrépito por algún pueblecillo, advirtieron los carteles de la misma película; en ellos se mostraban las manos ensangrentadas de un asesino.

—Como en París —dijo Yvonne a Hugh señalando los quioscos—. Kub, Oxygénée. ¿Recuerdas?

Asintiendo con la cabeza, Hugh masculló alguna frase, pero el bamboleo del camión le hizo tragarse cada sílaba.

—... ¿Recuerdas a Peter Lorre en *M*?

Pero tuvieron que darse por vencidos. Las pacientes dueñas cruzaban con máximo estrépito. Pasaron frente a la funeraria: *Inhumaciones*. Erguida la cabeza, un loro les atisbaba posado en su percha ante la puerta de entrada. ¿Quo Vadis? Preguntaba, en lo alto, un letrero.

—Esto es espléndido —dijo el Cónsul.

En el mercado se detuvieron para que subiesen unas indias cargadas de canastas con aves. Sus rostros vigorosos tenían el color de la cerámica de barro. Se acomodaron en el asiento con pesados movimientos. Dos o tres llevaban tras la oreja colillas de cigarro, y otra masticaba una vetusta pipa. Aunque sus rostros de ídolos viejos, llenos de buen humor, se arrugaban con el sol, no sonreían.

Luego, como alguien se rio, las demás caras se hendieron lentamente hasta manifestar el júbilo: el camión fundía a las viejas en una comunidad. Dos de ellas hasta lograron mantener ansiosa conversación a pesar de la barahúnda.

Saludándolas con cortés inclinación de la cabeza, abrigó el Cónsul un deseo de volver también a casa. Pero se preguntaba quién había sugerido hacer este lúgubre viaje a la fiesta en Chapultepec, precisamente cuando el coche estaba descompuerto y no podía conseguirse taxis. El esfuerzo de no beber un solo trago durante el día, aun en provecho de su hija y su novio (que había llegado esa mañana de Acapulco), resultaba mucho mayor de lo que hubiera creído. Acaso no contara tanto el esfuerzo de mantenerse simplemente sobrio, cuanto afrontar el legado de inminente fatalidad que le dejaran las juergas sin precedente de últimas fechas. El Cónsul sonrió con desánimo cuando Yvonne le señaló por quinta vez el Popocatepetl. Chimborazo, Cotopaxi... ¡y allí estaba! Ante sus ojos asumía el volcán un aspecto siniestro: como una especie de Moby Dick, parecía invitarlos, a la vez que se mecía de un lado a otro del horizonte, rumbo a un único e irremediable desastre. Entre bamboleos alejóse el autobús del mercado en cuyo edificio principal —que abrigaba los puestos— el reloj indicaba que eran las dos y siete minutos (las campanas, hacía sólo un instante, habían dado las once y el reloj de pulsera del Cónsul indicaba las cuatro menos cuarto) y luego prosiguió dando tumbos a lo largo de una empinada ladera cubierta de adoquines y cruzó un puentecillo tendido por encima de la barranca.

Preguntábase Yvonne si sería ésta la misma que atravesaba el jardín de su padre. El Cónsul asentía. El fondo se extendía mucho más abajo y podía verse, como desde el palo mayor de un barco (aunque el denso follaje y anchas hojas lo ocultaban en parte) la verdadera traición de la caída. Sus escarpadas orillas estaban cubiertas de desperdicios que colgaban hasta del follaje; volviéndose, Yvonne pudo advertir, desde el escarpado sesgo después del puente, un perro muerto que, tirado en el fondo, con resplandecientes huesos blanquecinos husmeaba la basura.

—¿Cómo se siente la cruda del rajá, papá? —preguntó, sonriente, Yvonne.

—“Tendida sobre el caos” —repuso el Cónsul rechinando los dientes—. “Atestada de máscaras apretadas”.

—Sólo un pequeño esfuerzo adicional.

—No. ¡Nunca más volveré a beber! Nunca más.

Prosiguió el autobús... A medio camino, en la ladera cuesta arriba, allende la barranca, fuera de una cantina ornada con festivo decorado y llamada El Amor de los Amores, tambaleándose con suavidad y comiendo un melón, esperaba un hombre vestido con un traje azul. Cuando se acercaban, creyó el Cónsul reconocer en él al copropietario de la cantina que, sin embargo, no figuraba en su ronda habitual: desde el interior surgía la algarabía del canto de los borrachos.

Al detenerse el autobús, vio el Cónsul con sedienta mirada, tras las puertas de celosías, a un cantinero que, reclinándose por encima del mostrador, hablaba intensamente con unos cuantos policías que bramaban.

El camión vibró solitario por un rato durante el cual el chofer penetró en la cantina, de donde luego volvió a salir casi en seguida para arrojarse de nuevo a su vehículo. Después, echando una mirada socarrona al hombre del traje azul —al que a todas luces conocía— metió la velocidad y alejóse el autobús.

El Cónsul observaba fascinado a aquel personaje que sin duda iba borrachísimo, y le envidió de modo extraño, aunque tal vez lo que en verdad invadiese su ser fuera más bien un impulso de solidaridad. En el momento en que el autobús apareció ante la vista de la cervecería de Quauhnhuac, el Cónsul, que contemplaba con mirada demasiado sobria las enormes manos temblorosas del otro, enterró las suyas propias en los bolsillos, pero después de haber encontrado la palabra que buscaba para describirlo: pelado.

Los pelados, pensó, eran aquellos que no necesitaban ser ricos para hacer presa de los pobres de veras. También eran aquellos políticos de medio pelo que trabajan como esclavos para obtener un cargo por todo un año, ¡sólo un año!, en cuyo plazo esperan economizar lo suficiente para renunciar al trabajo por el resto de la vida. “Pelado”... ¡he aquí sin duda una palabra ambigua! El Cónsul rio entre dientes. Un español podría interpretarlo como si su significado se refiriese al indio, el indio al que despreciaba y al que hartaba de... este... hum... licor “venenoso”. En tanto que, para ese indio, el vocablo podría referirse al español, o, empleado con amable desprecio por cualquiera de ellos, simplemente a quienquiera que se pusiese en ridículo.

Pero fuera el que fuese o dejara de ser el significado —pensaba el Cónsul fijando aún la mirada en el hombre del traje azul— era justo considerar que la palabra sólo pudo haberse depurado después de una aventura como la de la Conquista, al sugerir, como lo hacía, por una parte: la idea de explotador y, por otra, la de bandido: ni tampoco resultaba difícil comprender por qué había venido a describir con acierto tanto a invasores cuanto a víctimas. Perennemente intercambiables eran los términos ultrajantes con los que el agresor desacreditaba en público a aquellos que habrían de ser víctimas del pillaje.

Luego, el pelado, que por largo rato había ido ensimismado en intenso soliloquio, hundiéndose en profundo marasmo. Nadie lo molestaba, porque en este viaje no había cobrador y se pagaban los pasajes al chofer en el momento de bajar. El polvoso traje azul de saco abierto, estrecho a la altura del talle, los pantalones amplios, los zapatos puntiagudos lustrados esa misma mañana, pero sucios con serrín de taberna, indicaban en él una confusión mental que bien comprendía el Cónsul: ¿Quién seré hoy, Jekyll o Hyde? Su camisa púrpura, desabotonada en el cuello, dejaba ver un crucifijo; había sido desgarrada y el faldón se asomaba por encima del pantalón. Y por algún motivo, llevaba dos sombreros: una especie de fieltro barato que se ceñía justamente al ala ancha del segundo.

Pronto pasaron frente al Casino de la Selva, en donde volvieron a detenerse. Potros de brillante piel caracoleaban en una pendiente. El Cónsul reconoció de espaldas al doctor Vigil, que se movía entre los árboles cercanos a la cancha de tenis; era como si allí estuviese bailando, solo, una grotesca danza.

Luego salieron a campo abierto. Al principio, a ambos lados de la carretera se alzaban ásperos muros de piedra: en seguida, después de cruzar los rieles de vía angosta en donde los tanques de aceite se extendían a lo largo del terraplén junto a los árboles: tupidos setos cubiertos de brillantes flores silvestres y campánulas azul oscuro, la ropa de color verde y blanco pendía de los maizales afuera de las casuchas cubiertas de zacate. La brillante floración azulosa crecía ahora en el interior de los árboles, blanqueados ya por los capullos, pero el Cónsul contempló con horror toda esta belleza.

En un trecho tornóse el camino más uniforme y por ello pudieron hablar Hugh e Yvonne: luego, precisamente cuando Hugh le decía algo sobre los "convólvulos", volvió a empeorar mucho más.

—Es como una campana de Canterbury — trató de decir el Cónsul, sólo que el camión se hundió en un bache en ese preciso instante, y fue como si el salto hubiese aventado su alma hasta hacérsela surgir a flor de boca. Enderezóse en el asiento, y la madera le produjo un agudo dolor en el cuerpo. Sus rodillas entrechocaron. Con el Popocatépetl, que siempre les seguía o precedía, comenzaron a brincotear cuando pasaron por un terreno en verdad muy escabroso. El Cónsul sintió que su cabeza se había convertido en un hervidero de cangrejos. Ahora era la barranca la que lo perseguía, arrastrándose tras ellos con horrenda paciencia (pensó) serpeando siempre ora a un lado, ora al otro del camino. Los cangrejos estaban tras sus ojos a pesar de lo cual se esforzó por envalentonarse.

—¿A dónde se ha marchado el viejo Popeye? —exclamó al contemplar cómo, por la ventanilla de la izquierda, deslizándose, se perdía de vista el volcán, porque aunque lo temiera, sentíase mejor al saberlo presente.

—Esto es como viajar en la luna —trató de susurrar Hugh al oído de Yvonne, pero acabó gritando.

—¡Tal vez cubierto todo de espinaca! —respondía para entonces Yvonne a su padre.

—¡Nos hundimos ahora en Arquímedes! ¡Cuidado!

Luego atravesaron por un trecho de llanuras boscosas sin que surgiera el volcán a la vista; sólo veíanse pinos, piedras, piñas de abeto, tierra negra. Pero cuando observaron con mayor detenimiento, descubrieron que las piedras eran de origen volcánico, que la tierra estaba quemada y que por do-

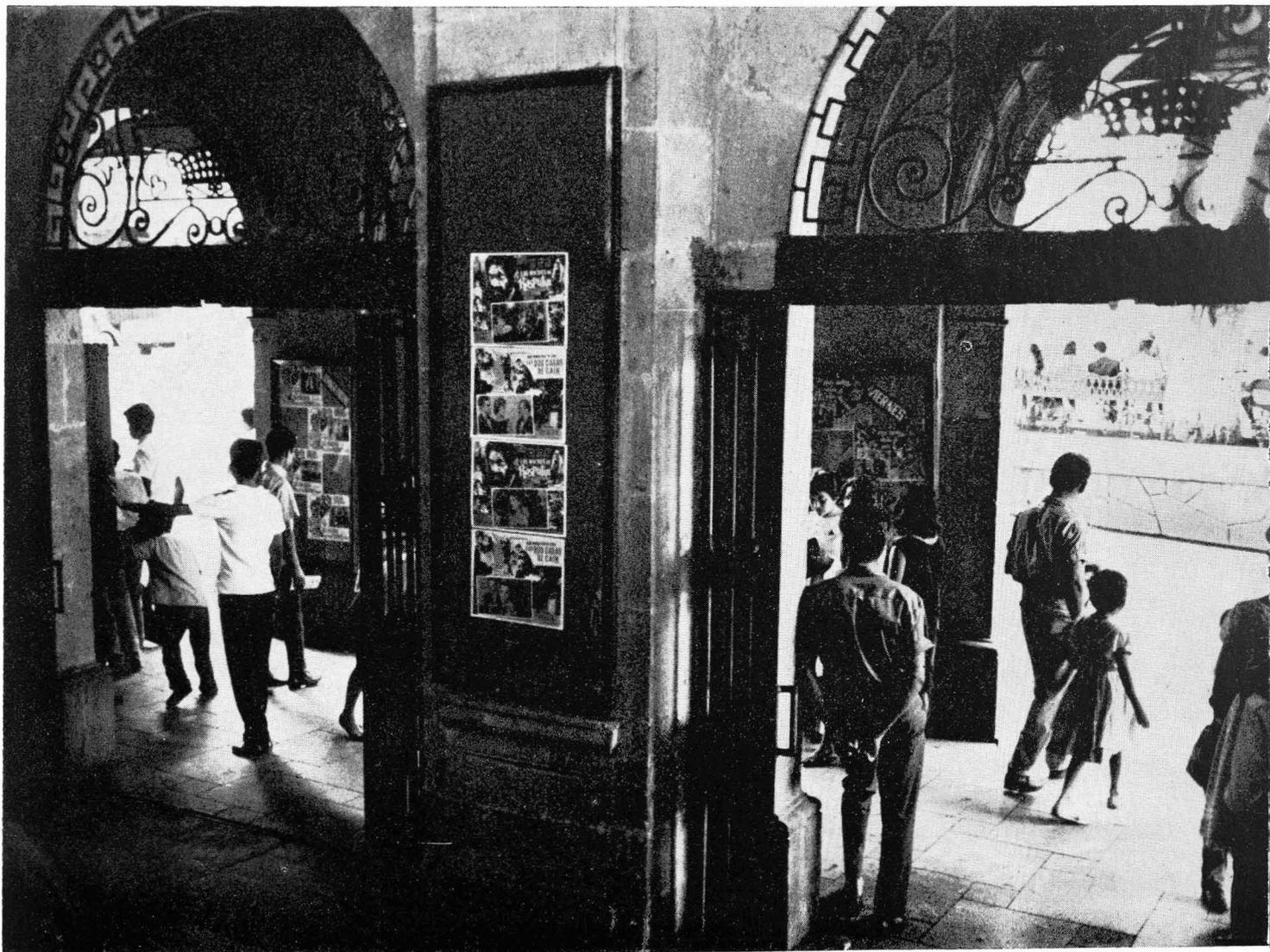
quier se extendía el testimonio de la presencia y antigüedad del Popocatépetl.

Después, con paso gigantesco volvió a surgir la montaña, ora majestuosa, ora de aspecto entristecido, teñida de un color gris pizarra semejante al de la desesperación, agachada sobre su mujer dormida: "Iztaccihuatl", que ahora le quedaba permanentemente contigua —lo que acaso fuese una explicación, decidió el Cónsul al sentir que el Popo poseía también una molesta cualidad de aparentar que sabía que la gente espera estar a punto de hacer, o tiene intenciones de hacer algo— ¡como si no le bastara ser la montaña más hermosa del mundo!

Paseando la mirada por el camión que ahora se había llenado un poco más, Hugh hizo acopio de lo que le rodeaba. Vio al borracho, a las ancianas, a los hombres que vestían pantalones blancos y camisas púrpuras, y después a los que llevaban pantalones negros con blancas camisas domingueras —porque era día de fiesta— y a una o dos mujeres enlutadas algo más jóvenes. Trató de interesarse por las aves. Habíanse sometido todas: las gallinas, gallos y guajolotes presos en las canastas, así como las que andaban en libertad. Con uno que otro aleteo para mostrar que seguían en vida, iban acurrucadas bajo los asientos en actitud pasiva, con sus garras enfáticas y puntiagudas atadas con un mecate. Dos pollas, asustadas y temblorosas, yacían entre el freno de mano y el cloch, y sus alas parecían ir enlazadas a las palancas. Al fin de cuentas, todo esto aburría a Hugh. El pensamiento de Yvonne retraía su mente y, penetrando en el camión, penetrando en el día mismo, perturbábale la mente con nerviosa pasión.

Alejóse Hugh de la cercanía de Yvonne y al asomarse por la ventanilla sólo vio el claro perfil y lustroso cabello rubio de Yvonne que bogaban reflejados en el vidrio de la ventanilla.

El Cónsul sufría cada vez más con mayor intensidad; cada objeto sobre el que posaba la mirada parecía teñirse de una significación cruel y supersensual. Sabía que la madera misma del asiento era capaz de dañarle las manos. Y las palabras que, escritas encima del parabrisas, corrían a lo largo de todo el autobús: *su salud estará a salvo no escupiendo en el interior de este vehículo*; el redondo espejo retrovisor del chofer y la inscripción que lo rodeaba: *cooperación de la Cruz Roja*,



"Los altos puestos cubiertos de anuncios del Cine Morelos"

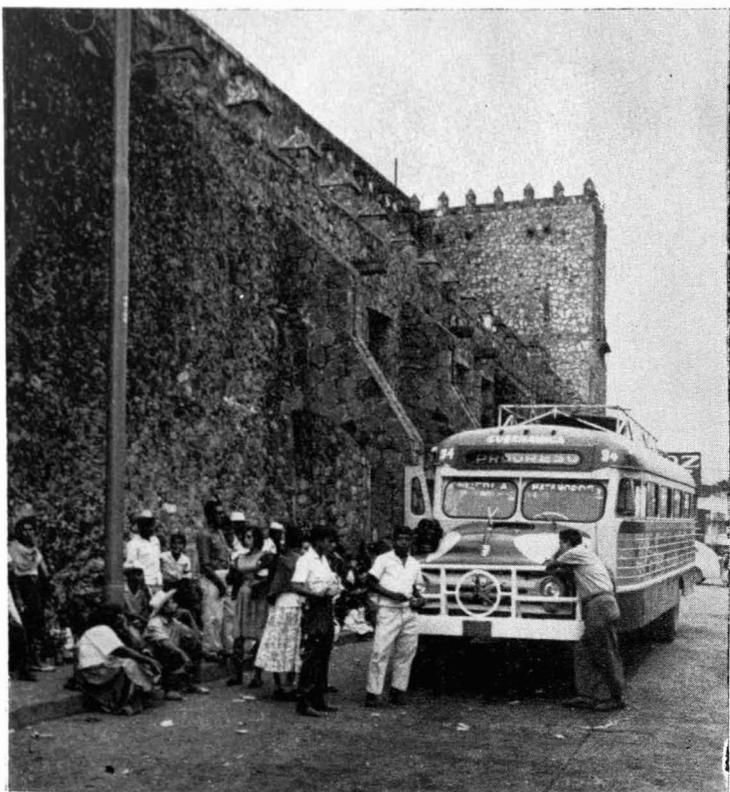
junto al cual pendían tres tarjetas postales de la Virgen María y un extinguidor, los dos esbeltos jarrones de margaritas colocados en el tablero, la chaqueta de mezclilla y el plumero bajo el asiento en donde iba el pelado, todo ello le parecía que vivía, que participaba con malévolamente animación en el viaje.

¿Y el pelado? Con el traqueteo del camión le resultaba difícil permanecer sentado. Con los ojos cerrados y meciéndose a diestra y siniestra, trataba de meterse la camisa en el pantalón. Ahora trataba de abrocharse el saco, aunque en los ojales que no coincidían con los botones. Sabiendo cuán meticuloso puede ser cuando se está borracho, sonreía el Cónsul: cuelga uno la ropa con misteriosa meticulosidad, maneja uno los autos con un séptimo sentido, con un octavo se elude a la policía. Ahora el pelado se había dado maña para recostarse cuan largo era en el asiento. ¡Y había realizado todo esto soberbiamente, sin abrir los ojos una sola vez!

Estirado —cual cadáver— seguía conservando la apariencia de ser consciente de cuanto ocurría. No obstante su estupor, tratábase de un hombre en guardia; medio melón se le escapó de la mano, los segmentos llenos de semillas con aspecto de pasas rodaron aquí y allá sobre el asiento y, sin embargo, con miradas ciegas aquellos ojos muertos veían todo: el crucifijo comenzaba a asomarse por la camisa y él era consciente de que ocurría todo esto. El fieltro se escapó del sombrero, deslizóse hasta el suelo, y aunque no hizo él esfuerzo alguno por recogerlo, sabía obviamente que allí estaba. Se protegía contra robos a la vez que reunía fuerzas para ulteriores libertinajes. Con objeto de entrar a una cantina de propiedad ajena, tendría que caminar derecho. Su presciencia era digna de admiración.

Yvonne se divertía. Ahora sentíase liberada, por virtud de la presencia de Hugh, de la tiranía de tener que pensar en él exclusivamente. El camión viajaba a mucha mayor velocidad, meciéndose, bamboleándose, dando tumbos. Sonrientes, los hombres cabeceaban; dos muchachos colgados en la parte trasera del autobús iban silbando y las camisas de brillantes colores, el confeti y serpentinas más brillantes aún de las planillas rojas, amarillas, verdes, azules, que colgaban de un anillo en el techo, contribuían a dar cierto sentido de alegría al viaje. Bien podía pensarse que se dirigían a una boda.

Pero cuando los muchachos saltaron del camión, algo de esta alegría desapareció. Aquella predominancia de púrpura en las camisas de los hombres añadía un inquietante fulgor al día. Entre aquellos cactus con forma de candelabros que desfilaban a su paso, Yvonne parecía descubrir algo demasiado brutal, así como en esos otros nopales, más lejanos, semejantes a un ejército que avanza cuesta arriba bajo el fuego de la metralla. De repente, sólo pudo verse afuera una iglesia rodeada de calabazas, con cavernas en vez de puertas y ventanas barbadas de pasto. El exterior, que era negro como si estuviese tiznado a resultas de un incendio, presentaba un aspecto de condenación. Era como si Hugh la hubiese vuelto



"cierto sentido de alegría al viaje"

a abandonar, y el dolor del recuerdo deslizóse una vez más en su corazón, poseyéndola por un instante.

Provenientes de otros rumbos, sacudiéndose, los camiones les pasaban junto: autobuses a Tetecala, a Jojutla, a Xiutepec, a Xochitepec, a Xocxitepec.

A gran velocidad se desviaron por un camino vecinal. Curvando altivamente uno de sus lados cual seno de mujer, y presentando otro escarpado y feroz, Popocatépetl resurgió a la derecha. Y las nubes, impelidas, se amontonaban, se apiñaban a gran altura tras la montaña.

Cada cual sentía al fin que se dirigían a algún lugar: abandonándose al turbulento destino del vehículo en que iban, todos se retrajeron.

Prosiguieron con estruendo, rozando pequeños cuerpos que trotaban por el camino y pasaron junto a un indio que colaba arena. Desfilaban los anuncios pegados en ruinosas paredes. ¡Atchís! ¡Instantina! Resfriados, dolores, Cafiaspirina. *Rechace imitaciones. Las manos de Orlac: con Peter Lorre.*

Cuando en el camino topaban con un remiendo mal hecho, el camión rechinaba con estruendo al pasar por él, y con frecuencia se salía de la carretera. Pero la determinación del vehículo superaba estos inconvenientes: todos estaban satisfechos de haberle transferido sus responsabilidades y todos se adormecían en un estado del cual les costaría gran dolor despertar.

Copartícipe de esta actitud, el Cónsul pudo pensar con calma fría y mesurada, mientras daban saltos y tumbos por encima de una interminable serie de espeluznantes hoyancos, tal vez en la temible noche que indudablemente le esperaba, con su cuarto que se cimbraba con demoníacas orquestas, en las ráfagas de sueño aterrado interrumpido afuera por voces imaginarias que eran los ladridos de los perros, o en su nombre, que repetían con desdén imaginarios grupos que iban llegando.

El camión dio un tumbo y prosiguió su ruta.

Aullando llantas y frenos, viraron con demasiada rapidez, pero tuvieron tiempo de leer la palabra *desviación*. Mientras viraban de nuevo para volver al camino, el Cónsul vio a un hombre que parecía estar profundamente dormido bajo un seto a la derecha del camino.

Tanto Yvonne como Hugh parecían no haberlo notado. Ni tampoco pareció al Cónsul que alguien en este país fuera a juzgar como algo extraordinario el que un hombre hubiera decidido dormirse a orillas de la carretera o hasta en mitad del camino.

El Cónsul volvió a mirar para atrás. No cabía lugar a duda. Mientras se alejaban veíase en la distancia la figura del hombre con un sombrero tapándole los ojos y sus brazos se estiraban hacia la cruz que se alzaba a un lado del camino. Entonces pasaron junto a un caballo sin jinete que rumiaba frente al seto.

El Cónsul se inclinó hacia adelante para atraer la atención al chofer, pero dudó. ¿Qué ocurriría si sólo se tratase de alguna alucinación? Podría resultarle muy embarazoso. No obstante, le llamó golpeándole sobre un hombro; casi al mismo tiempo, el camión frenó violentamente.

Guiando su gimiente vehículo con agilidad, asiendo el volante con una sola mano en actitud excéntrica, el chofer se alzó estirándose en su asiento para observar todos los ángulos posteriores y los delanteros, haciendo girar su cabeza con rapidez aunque también con cierto desgano y metió reversa para entrar por la polvosa desviación.

El olor a la vez áspero y cordial de los gases del escape se neutralizaba con el aroma del alquitrán caliente empleado en las reparaciones de la carretera, aunque no había nadie trabajando en el camino, ya que habían suspendido las obras; no había nada que ver sino sólo la suave alfombra añil que, solitaria, centelleaba y sudaba. Pero un poco más atrás, a un lado del seto se alzaba una cruz de piedra bajo la cual había una botella de leche, un tubo de chimenea, un calcetín y los restos de una vetusta maleta.

Ahora podían ver con toda claridad al hombre, tendiendo los brazos hacia la cruz.

II

Cuando el autobús se sacudió al volver a detenerse, el pelado casi se cayó del asiento pero, logrando reponerse, pudo no sólo tenerse en pie conservando un equilibrio que mantuvo de manera admirable sino que, al hacerlo, llegó, mediante fuerte movimiento, a recorrer la mitad del camino, a la puerta, con el crucifijo que se había reintegrado a su sitio en torno al cuello y, asiendo los sombreros en una mano y el melón en la otra, cabeceó pesadamente: y lanzando una mirada que bien habría podido marchitar cualquier intención



"cada objeto sobre el que posaba la mirada parecía teñirse de una significación cruel y supersensual"

de robarlos, colocó con cuidado los sombreros en un asiento vacío cerca de la puerta y, con exagerado esmero, bajó al camino. Sus ojos seguían entornados aunque conservaban aquel fulgor mortecino y, a pesar de ello, no cabía duda de que ya había captado íntegramente la situación. Tirando el melón, dirigióse hacia el hombre que yacía en la carretera. A pesar de que pisaba como si fuera saltando obstáculos imaginarios, su andar era firme y se mantenía erguido.

Yvonne, Hugh, el Cónsul y dos de los pasajeros le siguieron. Ninguna de las ancianas abandonó el asiento.

Cuando atravesaban la carretera, a medio camino Yvonne emitió un grito nervioso y, abruptamente, dio media vuelta sobre los talones. Hugh la tomó del brazo.

—¿Estás bien?

—Sí —dijo soltándose—. Sigue. Es sólo que no puedo soportar la vista de la sangre. ¡Maldita sea!

Cuando Yvonne volvía a subir al camión, Hugh llegó con el Cónsul y dos de los pasajeros.

El pelado se mecía con suavidad por encima del hombre.

A pesar de que el rostro de éste estaba cubierto por un sombrero, se podía ver que se trataba de un indio que pertenecía a la clase de los peones. No cabía duda: estaba agonizando. Su pecho jadeaba, como el de un nadador fatigado, su estómago se contraía y se dilataba con rapidez, y sin embargo, no había señales de sangre. Con un puño cerrado golpeaba espasmódicamente el polvo.

Los dos extraños permanecieron impotentes pensando cada cual que el otro quitaría el sombrero del peón para exponer al sol la herida que cada uno creía que allí debía haber, y refrenábanse de ejecutar semejante acto por común renuencia que era misteriosa cortesía. Porque cada cual sabía que el otro pensaba también que sería mejor, que sería mucho mejor si el pelado u otro de los pasajeros examinaba al hombre. Pero como nadie hizo el menor movimiento, Hugh se impacientó. Descansaba ora sobre un pie, ora sobre otro. Lanzó al Cónsul una mirada de súplica. El Cónsul había vivido en este país bastante tiempo para saber qué podía hacerse; es más, entre ellos era el único que se encontrara

en situación más próxima a la representación de cualquier forma de autoridad. Pero el Cónsul, que trataba de abstenerse de intervenir diciendo para sí: —¡Anda, ve!, después de todo España invadió a México primero—, no hizo movimiento alguno. Al fin y al cabo, Hugh no pudo soportarlo más. Adelantándose con gesto impulsivo iba a agacharse sobre el peón, cuando uno de los pasajeros le tiró de la manga.

—Mister ¿ya tiró su cigarro?

—¿Qué dice? —preguntó Hugh, volviéndose asombrado.

—No sé —repuso el Cónsul—. Tal vez para evitar los incendios forestales.

—Mejor tira *usté* su cigarro, señor. 'Ta prohibido.

Hugh tiró el cigarrillo y, sorprendido e irritado, lo apagó de un pisotón. Volvía ya a tratar de agacharse sobre el hombre, cuando el pasajero le tiró una vez más de la manga. Hugh se enderezó.

—'Ta prohibido, señor —dijo cortésmente el otro dándose golpecillos en la nariz. Emitió una extraña risilla—: ¡Positivamente!

—Yo no comprendo, *gnädige* señor —con desesperado esfuerzo trató Hugh de expresarse en español.

—Quiere decir que no puedes tocar a este tipo porque serías considerado como elemento accesorio después del hecho —cabeceó el Cónsul y comenzó a sudar y a desear profundamente alejarse cuanto pudiera de esta escena, si fuese preciso hasta en el caballo del peón, rumbo a aquella región en donde se acurrucan las grandes cantimploras de mezcal—. Dejarlo solo no es únicamente la contraseña aquí, Hugh, es ley.

El jadeo y los puñetazos del hombre sonaban cual mar que se arrastrase en una playa cubierta de guijarros.

El pelado hincó luego una rodilla en tierra y con la velocidad del relámpago arrancó el sombrero del indio.

Todos fijaron la vista en la cruel herida abierta a un lado de la cabeza en donde la sangre casi se había coagulado, y antes de que nadie se enderezase, antes de que el pelado volviera a ponerle el sombrero, se irguiera e hiciese un ademán de desesperanza con las manos ahora manchadas de sangre medio seca, vieron algún dinero, cuatro o cinco pesos de

plata y un puñado de centavos que cuidadosamente le habían colocado bajo el cuello de la camisa que, en parte, lo ocultaba.

—Pero no podemos dejar morir al pobre tipo —dijo Hugh desesperadamente, buscando con la mirada al pelado mientras éste regresaba al camión, y luego volvió a agacharse sobre esa vida que, jadeante, se le escapaba—. Tenemos que conseguir un médico.

Desde el camión el pelado hizo una vez más el ademán de desesperanza que bien pudiera serlo también de simpatía.

Sintió cierto alivio el Cónsul al ver que para ahora su presencia había servido de ejemplo a los dos campesinos que, hasta entonces, habían pasado inadvertidos y se acercaban al agonizante, mientras que otro pasajero se mantenía de pie junto al cuerpo.

—Pobrecito —dijo uno de ellos.

—Chingar —murmuró el otro.

Y poco a poco los demás repetían estas observaciones como una especie de estribillo, un tranquilo susurro de futilidad, de murmullos, en el cual parecían estar conspirando el polvo, el calor, el autobús con su cargamento de impávidas ancianas y pollos sentenciados, hasta la terrible belleza y el misterio del paisaje mismo: mientras que sólo estas dos palabras, la una de tierna compasión, la otra de obscuro desprecio, se oían por encima del golpeteo y de los jadeos, hasta que el chofer, como si estuviera ahora satisfecho de que todo estaba en orden, comenzó a tocar la bocina del camión.

Un pasajero le gritó que callase, pero pensando posiblemente que le daban este aviso en señal de burlona aprobación, el chofer siguió tocando, subrayando así la efervescencia que pronto se convirtió en discusión general y en la cual las sospechas y sugerencias se anulaban recíprocamente en un estruendoso acompañamiento de desdeñosos bocinazos.

¿Tratábase de un homicidio, de un robo, o de ambos? El indio había venido a caballo desde el mercado con mucho más de aquellos cuatro o cinco pesos; posiblemente había traído *mucho dinero*, así que un buen medio de evitar sospechas de robo había sido abandonar lo poco que le habían dejado, tal como lo habían hecho. Tal vez no se trataba para nada de un robo. ¿No lo habría tirado su caballo? ¿El caballo lo habría pateado? ¿Posible? ¡Imposible! ¿Habían llamado a la policía? Una ambulancia, ¿la Cruz Roja? ¿Dónde quedaba el teléfono más cercano? ¿Iría uno de ellos ahora mismo en busca de la policía? Pero resultaba absurdo suponer siquiera que no estuviese ya en camino. Pero ¿cómo podían estar en camino, cuando la mitad de ellos estaban en huelga? A pesar de ello, vendrían en camino ciertamente. ¿Una ambulancia? Pero ¡vaya impertinencia la de este gringo en interferir! ¡Seguramente la Cruz Roja era perfectamente capaz de ocuparse de este asunto! No obstante ¿habría alguna verdad en aquel rumor de que el servicio de ambulancias había quedado suspendido? No era una Cruz Roja, sino una Verde, y éstas sólo intervenían cuando se les informaba. ¿Tal vez fuera imprudente en un gringo suponer que no les habían avisado? Un amigo personal ¡el doctor Vigil! ¿Por qué no llamarlo? Estaba jugando al tenis; pues entonces ¿llamarle al Casino de la Selva? No había teléfono; o, ¡sí! hubo uno alguna vez, pero se había descompuesto. Conseguir a otro doctor, el doctor Gómez, *un hombre noble*. Vivía demasiado lejos y, de todos modos, probablemente habría salido. Bien, ¡pero tal vez ya estuviese de regreso!

Al fin, Hugh y el Cónsul se dieron cuenta de que habían llegado a un callejón sin salida respecto al cual la bocina del chofer seguía haciendo el comentario más adecuado. Ninguno de ellos podía suponer por las apariencias que "alguno de su clase" no se ocupara del destino del peón en una u otra manera. Bueno, pero ¡no parecía por cierto que los de su propia clase hubieran sido muy generosos con él! ¡Por lo contrario, el mismo que lo había colocado a orillas del camino, el que puso el dinero bajo el cuello de la camisa del peón, acudía tal vez ahora mismo en busca de ayuda!

Estos sentimientos surgían y se destruían recíprocamente, y aunque la gente no alzara la voz, aunque Hugh y el Cónsul no riñesen, era como si, en realidad, el uno cayera al suelo bajo el golpe del otro para volver a levantarse, cada vez más agotado que la vez anterior, cada vez con una obstrucción práctica o psíquica para cooperar o hasta para actuar solo, y la más potente de ellas era el hecho de que no les incumbía, sino que era asunto de alguien más.

Sin embargo, al mirar a su alrededor, se percataban de que esto mismo era lo que los otros discutían. No me incumbe, no te incumbe, decían agitando las cabezas, es asunto de alguien más, y sus contestaciones se volvían cada vez más

enredadas, cada vez más teóricas, hasta que, al fin y al cabo, la discusión comenzó a tomar un cariz político.

Pareció al Cónsul que el tiempo se movía a diferentes velocidades: la velocidad con que parecía morir el peón producía extraño contraste con la cual cada uno llegaba a la conclusión de que era imposible tomar una decisión. Consciente de que la discusión estaba lejos de terminar y de que el chofer —que había cesado de tocar su bocina y conversaba con alguna de las mujeres por encima del hombro— no pensaría siquiera en arrancar sin haberles cobrado primero los pasajes, el Cónsul se excusó con Hugh y fue a pararse junto al caballo del indio, que, con silla de cubo y pesadas vainas de hierro por estribos, masticaba tranquilo los convólulos del seto, reflejando la inocente mirada que sólo uno de su especie puede tener cuando se le observa con mortal sospecha, aun erróneamente, de haber hecho caer por tierra a su jinete o de haber matado a patadas a un hombre. El Cónsul lo observó con cuidado, sin tocarlo, y examinó sus ojos malévolos, amistosos, plausibles, la llaga en la cía y el número siete que llevaba marcado en el anca, como si buscara un indicio de lo que había ocurrido. Bien, ¿qué había ocurrido? ¡Parábola de hora demasiado tardía! Más importante era saber: ¿Qué les ocurriría a todos? Lo que le ocurriría a él sería tomarse cincuenta y siete copas en la primera oportunidad.

La bocina del autobús aullaba ahora que dos carros estaban detenidos atrás; y, observando que Hugh estaba parado en el montante de uno de ellos, regresó moviendo la cabeza a la vez que el camión se le acercaba antes de detenerse en un lugar más ancho del camino.

Desaforados e impacientes, los coches pasaron vertiginosamente y Hugh descendió del segundo que ya iba en marcha. Bajo las placas metálicas se leía la indicación "Diplomático". Desaparecieron a lo lejos tras una nube de polvo.

—Es el estilo diplomático sin duda —dijo el Cónsul puesto un pie en el estribo del camión—. Vamos, Hugh, no hay nada que podamos hacer.

Los demás pasajeros subieron a bordo y el Cónsul se quedó a un lado para hablar con Hugh. La periodicidad del estruendo de la bocina había disminuido mucho. Advertíase una resignación tediosa, casi divertida, en aquel sonido.

—Sólo te van a meter en la cárcel y te verás enredado en trámites burocráticos Dios sabe por cuánto tiempo —persistió el Cónsul—. *Vámonos*, Hugh. ¿Qué demonios crees poder hacer?

—Si no puedo conseguir aquí un doctor, ¡maldita sea!, lo llevaré a uno.

No te dejarán subirlo al camión.

—¡Cómo demonios no! Oh... aquí viene la policía —añadió al ver tres sonrientes vigilantes que se acercaban ya pateando el polvo; las pistoleras golpeaban sobre sus muslos.

—No son vigilantes —dijo, desventurado, el Cónsul—. Al menos creo que son de la policía de seguridad. Tampoco ellos pueden hacer mucho, sino sólo decirte que te alejes o...

Hugh comenzó a hablar con ellos, mientras, temeroso, el Cónsul lo observaba parado en el montante del camión. El chofer hacía sonar con hastío la bocina. Uno de los policías comenzó a empujar a Hugh hacia el autobús. Éste, a su vez, lo aventó. El policía levantó la mano. Hugh alzó el puño. Dejó el vigilante caer la mano y comenzó a manosear la pistolera.

—Por amor de Dios, vámonos, Hugh —suplicó el Cónsul asiéndolo de nuevo—. ¿Quieres que nos lleven a todos a la cárcel? Yvonne...

En tanto que el policía seguía manoseando su pistolera, el rostro de Hugh desmoronóse de pronto cual montón de ceniza, y dejó caer sus manos débilmente a los lados. Con desdeñosa carcajada abordó el camión que ya se ponía en marcha.

—No te preocupes, Hugh —dijo el Cónsul que iba a su lado, sobre el montante, a la vez que le caía una gota de sudor en un dedo del pie—, hubiera sido peor que los molinos de viento.

—¿Qué molinos de viento? —preguntó Hugh buscándolos a su alrededor.

—No, no —dijo el Cónsul—, me refiero a otra cosa. Sólo que Don Quijote no habría vacilado todo ese tiempo.

Y comenzó a reírse.

Hugh permaneció mascullando maldiciones por un rato y volvió la cabeza para contemplar la escena que acababan de abandonar: el caballo del peón que rumiaba el seto, la policía envuelta por el polvo y, más lejos, el peón que con el puño cerrado golpeaba el camino. Y ahora, flotando en la altura sobre todo aquello, lo que antes no advirtiera: las obvias aves de los dibujos animados, los zopilotes, que sólo esperan la ratificación de la muerte.

III

El camión corría precipitado.

Yvonne flaqueaba a la vez de vergüenza y de alivio. Trató de que Hugh la viese, pero como él se había arrellanado con tanta furia en el asiento, sentía temor de hablarle o siquiera de tocarle. Trató de encontrar alguna justificación a su propia conducta en la común decisión de las ancianas de no intervenir para nada en todo aquel asunto. ¡Con qué sentido de cofradía habían asido sus canastas de aves, o paseado la mirada en busca de sus propiedades al husmear el peligro! Luego, habían permanecido sentadas, como ahora, impávidas. Para ellas era como si, al través de las diversas tragedias de la historia mexicana, la conmiseración —el impulso de acercamiento— y el terror —impulso de alejamiento—, según lo había Yvonne aprendido en la universidad, hubieran sido al fin reconciliadas por la prudencia, por la convicción de que es mejor permanecer en donde se está.

¿Y los demás pasajeros? ¿Los hombres con camisas de color púrpura que habían observado cuanto ocurrió y que a pesar

cansado y sobrio. Cuando al frenar el autobús se puso Hugh de pie, vio que el pelado aferraba en la mano un lastimoso montón de pesos de plata y centavos ensangrentados — el dinero del indio agonizante. . .

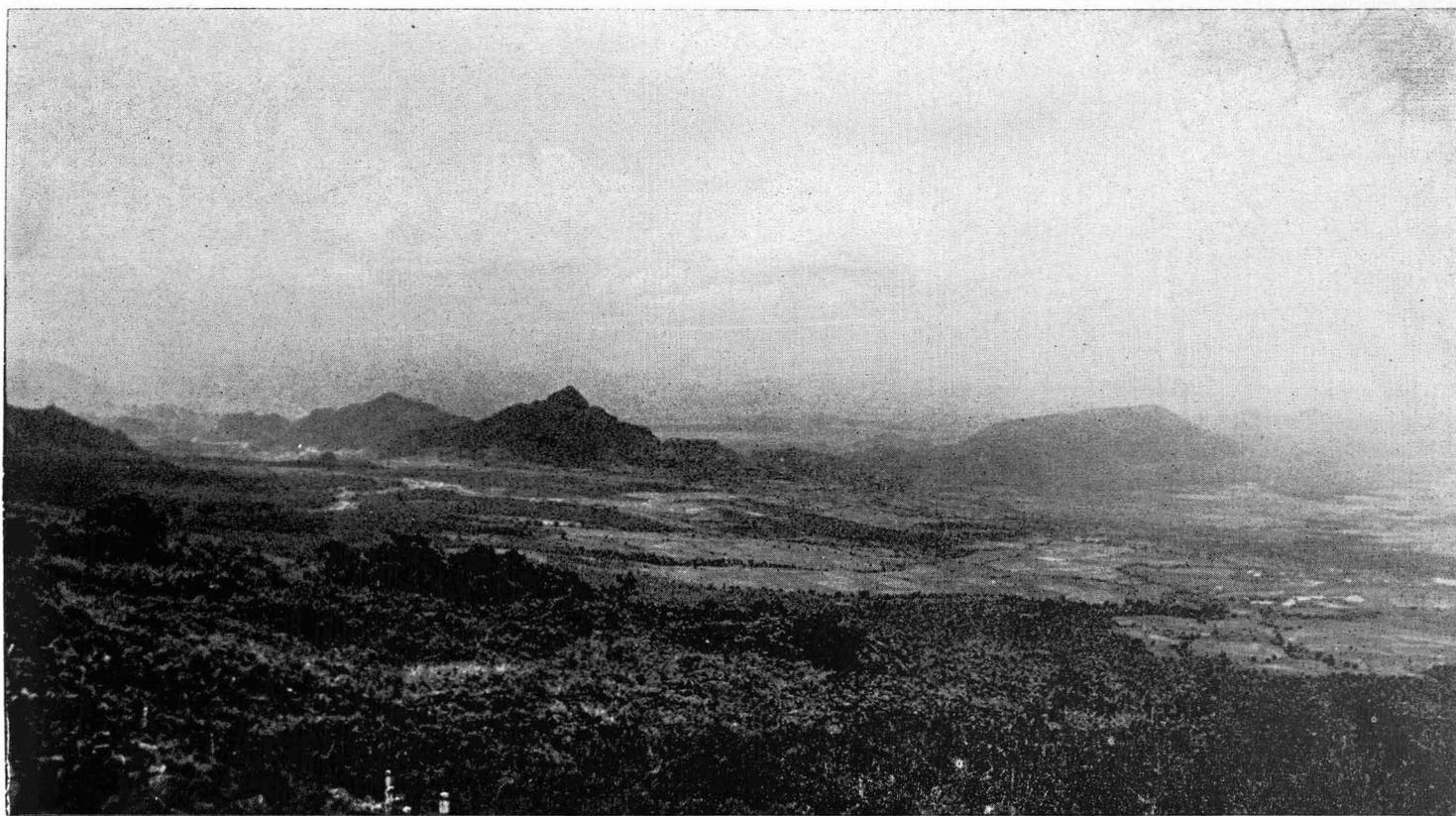
Los pasajeros comenzaron a amontonarse ante la puerta de salida para bajar. Algunos miraban al pelado que, si bien incrédulo, parecía seguir preocupado. Dirigiendo en torno suyo una sonrisa burlona, acaso esperaba que comentasen algo. Pero nadie lo hizo.

El pelado pagó su boleto con parte del dinero ensangrentado, y el chofer lo aceptó, después de lo cual siguió recogiendo los otros pasajes.

Los tres permanecieron en el minúsculo zócalo, bajo el cávido atardecer. Las ancianas habían desaparecido: fue como si la tierra las hubiese engullido.

De una callejuela cercana provenían el estrépito y las cuerdas plañideras de una guitarra. Y de más lejos se escucharon las detonaciones y el bullicio de la fiesta.

Yvonne tomó a Hugh del brazo. Mientras se alejaban caminando, vieron que, contoneándose, entraban a una pulquería:



"el Popocatepetl parecía quedarles imposiblemente cerca ahora"

de ello no se movieron del autobús? Parecían decirle ahora: ¿quién quiere ser arrestado como cómplice? *Frijoles para todos; Tierra, Libertad, Justicia y Ley.* ¿Querría decir algo todo eso? No estaban seguros de nada, salvo que era idiota mezclarse con la policía, que tenía su propio punto de vista sobre el derecho.

Yvonne se aferró al brazo de Hugh, pero éste no la miró. El camión seguía meciéndose y sacudiéndose como antes; algunos otros muchachos saltaron en la parte trasera del autobús y comenzaron a silbar; las planillas centelleaban con sus colores brillantes y los hombres se veían unos a otros con mirada aprobatoria de que el camión se superara; nunca antes había corrido tan aprisa, tal vez porque también sabía que se trataba de un día de fiesta.

El polvo se filtraba por las ventanas: suave invasión disolvente que llenaba el vehículo.

Luego llegaron a Chapultepec.

El chofer asía el rechinante freno de mano cuando tomaron una curva que llevaba al pueblo ya investido con el aborrecimiento del Cónsul por causa de los excesos a que antaño allí se entregara. El Popocatepetl parecía quedarles imposiblemente cerca ahora, agachado sobre la selva, que había comenzado a atraer la noche sobre su regazo.

Por un momento hubo cierta calma crepuscular en el autobús.

Ya salían las estrellas: el Escorpión había surgido de su madriguera y esperaba abajo, en el horizonte.

Reclinándose sobre Hugh, el Cónsul le dio un codazo: —¿Ves lo que veo?—, preguntóle indicando con la cabeza al pelado, que todo este tiempo había estado sentado muy tieso jugando con algo que llevaba en el regazo y presentaba la misma expresión de antes, aunque evidentemente iba algo más des-

el chofer (libre ahora para el resto del día) y el pelado (que, robusto, caminaba con fatua sonrisa que le iluminaba el rostro). Los tres se quedaron mirándolos y observando el nombre de la cantina después de que las puertas quedaron quietas al cabo de largo bamboleo: "Todos contentos y yo también."

—Todos contentos —dijo el Cónsul, a la vez que, cual bendición, se insinuaba en él la certidumbre de beber mil tequilas entre el instante actual y el fin de su vida, y aplazando por ahora la necesidad de tomarse el primero— y yo también.

Tañió de repente una campana en algún lado repentinos triptongos angustiados.

Caminaron rumbo a la fiesta y sus sombras se alargaron en la plaza a la vez que se proyectaban sobre la puerta del "Todos contentos y yo también", bajo la cual apareció de pronto la parte inferior de una mula.

Curiosos, permanecieron ante la cantina y advirtieron que la mula seguía en el mismo sitio, acaso porque su dueño tenía una discusión o se bebía una última copa.

En seguida, desapareció la mula, como si la hubieran arrancado de cuajo. Abrióse la puerta del "Todos contentos y yo también"; se veía al chofer del autobús y al pelado bebiendo una copa, y luego, algo salió.

Doblado y gimiendo bajo el peso, un indio viejo y cojo sacaba a otro indio aún más viejo y decrepito, llevándolo sobre las espaldas mediante una correa atada en la frente. Cargaba al más anciano y sus muletas. . . llevaba el peso de ambos. . .

Los tres permanecieron en la penumbra contemplando al indio que desaparecía con el anciano al doblar una curva del camino, arrastrando en el polvo gris y blanco sus míseros huaraches.

Malcolm Lowry en su obra

Por Juan GARCÍA PONCE

¿De dónde salen las grandes obras de arte? ¿Hasta qué punto son autobiográficas, transmiten una experiencia personal y directa, son antes que nada un testimonio? Hace algunos años, hasta lo que podríamos considerar el principio de nuestro siglo, de nuestra época, los métodos y sobre todo las fuentes del artista permanecían ocultas, secretas. La obra era un objeto acabado y completo que se cerraba en sí mismo. Hoy, sabemos que Tolstoi utilizó en gran parte los anales de su familia para escribir *La guerra y la paz*; pero cuando su novela fue publicada originalmente nadie se preocupó de averiguar qué tanto había sido fiel a ellos y quiénes eran en la vida real sus personajes. Y lo mismo ocurría con Dickens, Balzac o Dostoyevski. Los primeros intentos de penetrar en el mundo privado de los grandes artistas fueron recibidos con franco repudio por una gran parte de la crítica y los mismos lectores que los admiraban. Sin embargo, en el siglo pasado Ralph Waldo Emerson había escrito ya: "Muy pronto, el lugar de las novelas será ocupado por diarios y autobiografías, libros cautivadores con tal que el hombre sepa escoger, entre lo que llama sus experiencias, la que sea realmente su experiencia, y sepa también consignar la verdad con toda veracidad." Aunque esta afirmación no ha llegado a ser absoluta, y a pesar de todas las declaraciones sobre su estado de crisis y su próximo final, la novela como forma sigue existiendo y permanece viva, es indudable que su natural tendencia hacia la épica como marco indispensable de su tratamiento, con todas las exigencias de objetividad que ésta trae consigo, ha sido minada por el acrecentamiento de una tendencia subjetiva que coloca al propio autor en el centro de la acción y le permite determinarla, juzgarla y aun deformarla. Esta tendencia ha acercado a la novela al terreno de la confesión, pero sería falso exagerar su importancia en relación con el grado de elementos autobiográficos que siempre han existido en ella. Alfred Perles dice que, con excepción de las catedrales, que eran creaciones colectivas, quizás haya que considerar a todas las obras de arte documentos autobiográficos y dentro de la amplitud en que esta frase se sitúa, hay que considerarla verdadera. El artista ha estado siempre en sus obras. La experiencia convertida en expresión es su manera de comunicarse con el mundo. Pero si ahora queremos saber más del artista como individuo, como persona, no es sólo porque el mundo de la novela se haya hecho más subjetivo y cerrado, sino también porque nuestro propio mundo, demasiado abierto y colectivo, precisa de su ejemplo para afirmarse a sí mismo, necesita más que nunca modelos representativos. Quizás esta circunstancia podría contribuir a explicar el fenómeno de la biografía como género de moda; pero, por esto mismo, no siempre es favorable para el arte mismo. Difícilmente podemos relacionar con la calidad de la novela todas las investigaciones encaminadas a descubrir los modelos que dieron lugar a los personajes de *En busca del tiempo perdido*, y cuando André Gide publicó su historia sobre la realización de *Los monederos falsos* o Thomas Mann la de *Doctor Faustus* atentaron antes que nada contra la esencia misma de la novela, arriesgando su inocencia como género al revelar sus andamiajes secretos. Y sin embargo, nadie tiene por qué avergonzarse de su natural deseo de penetrar en los secretos más íntimos de las obras que ama. Los libros y los autores que están más cerca de nosotros permanecen vivos siempre y siempre deseamos adentrarnos lo más posible en ellos, poseerlos de la manera más completa posible, sin ponerle ningún límite a nuestra curiosidad.

En el caso de *Bajo el volcán*, la indiscutible obra maestra de Malcolm Lowry, esta necesidad se hace mayor aún por la misma naturaleza excepcionalmente entrañable de la obra, por la sensación de vida encarnada de una manera casi directa, de desgarramiento personal, sufrido por el autor mismo durante su redacción, que nos comunica. Sin duda, *Bajo el volcán* es una de esas novelas estrictamente personales, que nos llevan a su creador de una manera inevitable. Hoy que la literatura sobre Malcolm Lowry es casi tan abundante como la que existe sobre la obra misma, nos dirigimos a ella buscando el innegable y legítimo placer de encontrar paralelismos, coordinadas, que acerquen más aún al autor a su obra y lo sitúen dentro de ella misma. Lowry mismo menciona en una de sus cartas que tal vez una de las limitaciones de la novela sea su cerrada subjetividad, que en algunas ocasiones hace que

el tratamiento del material corresponda más al poema que a la literatura narrativa. Ante la perfección con que se nos entrega ahora la obra resulta difícil juzgar si tenía razón. *Bajo el volcán* se basta a sí misma, crea su propia forma como lo hacen todas las grandes obras de arte. Pero lo que sí podemos ver es que si bien Malcolm Lowry y su obra están unidos de una manera indisoluble, no lo están por el mayor o menor grado de elementos autobiográficos que aparezcan en ella, sino porque el autor es ya la obra, ésta lo representa y es la única que puede conducirnos en verdad a él.

Los métodos de composición de Lowry, de acuerdo con lo que hoy sabemos sobre la procedencia de su material, se acercan mucho a la transposición directa. Lo que es más, algunos sucesos adquieren en él un carácter obsesivo y reaparecen una y otra vez, como si el autor no considerara que había llegado a su significado último y tuviera que retomarlos para volver a empezar. Algunos de ellos, como el incendio de la cabaña que él mismo construyó y en la que vivía en Dolar-ton, son utilizados en poemas y relatos y en cada obra adquieren un sentido distinto. El viaje que Lowry realizó como marinerero en un barco mercante antes de entrar a estudiar en Cambridge fue empleado para la realización de su primera novela, *Ultramarine*, y reaparece después adjudicado a Hugh, el hermano menor del Cónsul, en *Bajo el volcán*. La posible naturaleza autobiográfica de la novela y de todos los demás relatos e inclusive los poemas, adquiere así un sentido muy especial, que se intensifica cuando empezamos a conocer los retratos y testimonios que nos han dejado sus amigos, y los que Lowry mismo entrega a través de sus cartas. Confieso que cada vez que leo los testimonios de Max Brod acerca de su amigo íntimo Franz Kafka y lo veo convertirse en un alegre y jovial muchacho judío de Praga, me quedo con la sensación de que ése es el Kafka de Brod, pero no el mío, el que he llegado a conocer en sus obras. Lo mismo me ocurre con los innumerables retratos de Proust. Los testimonios sobre Lowry y sus propias cartas, especialmente, son en muchas ocasiones documentos terribles y conmovedores, que ninguno de sus lectores quisiera dejar de conocer, pero difícilmente le agregan algo a las obras. Él mismo, con ese espléndido sentido del humor, que en parte le ha transmitido al Cónsul en *Bajo el volcán* y que hace tan alegre y conmovedor el capítulo que recoge la conversación con su vecino en el jardín de su casa, confiesa que en algunas ocasiones dio pistas que podrían ser falsas sobre la novela, revelándonos un aspecto muy significativo de su temperamento artístico: la tendencia hacia el juego y el engaño, la burla de su propia importancia que sólo tienen los verdaderamente grandes. Sabemos, por otra parte, que se ha intentado localizar cada uno de los lugares reales donde se desarrolla la novela y la tarea parece fascinante. Quizás sería posible también trazar ahora una guía de los personajes y los modelos que los inspiraron. Todo satisfaría nuestra curiosidad y tendría un indudable interés; pero no tocaría su esencia. Lowry dice en un poema que ha intentado "urdir una temerosa visión de sí mismo." Éste es uno de los planos en que puede intentarse leer su obra. Como muy pocas entre las creaciones contemporáneas, es evidente que la unidad de ella la da el propio autor, que es el lazo entre logros, intentos, fracasos, proyectos. De ahí viene también el interés con que pueden seguirse todos sus bocetos, sus trabajos inconclusos. De una manera u otra, enriquecen la perspectiva, le agregan nuevas formas de acercamiento a *Bajo el volcán* que, aunque no fuera la intención de Lowry, pues él la consideraba parte de un grupo general de seis o siete novelas que no llegó a realizar, es ahora el núcleo central de su literatura. Y en el conjunto como totalidad, lo que emerge al final es la propia figura de Lowry, el testimonio de esa lucha gigantesca por realizarse a sí mismo como artista, convertir todas las heridas, toda su propia negación en una última afirmación irrefutable, mediante la expresión. Alfred Kazin habla, con respecto a *Bajo el volcán*, del impulso que provoca de rendir homenaje a su autor por la clara evidencia esparcida a lo largo del libro de la voluntad de llegar a un absoluto dominio y control de sí mismo. Éste es uno de los grandes triunfos de Lowry y sólo en este plano es en el que puede hablarse por completo de autorrealización. Por esto su figura resulta tan trágica y fascinante al mismo tiempo. Es en su



Malcolm Lowry — "había llegado a parecer un peregrino"

sentido más puro la figura del artista que sólo se encuentra a sí mismo en el arte. Fuera de él quizás la descripción más acertada de su personalidad, la que se hace más fácilmente comprensible al lector de sus obras, es la que su esposa Margerie Lowry ha inscrito en el reverso de una de sus fotografías: "le producía una gran satisfacción pensar que había llegado a parecer un peregrino." No es difícil pensar en Lowry así: un peregrino. Peregrino por la vida, por sus profundidades más siniestras, por sus posibilidades de exaltación, testigo de la oscuridad y deseoso de la luz. Tanto *Bajo el volcán* como *Ultramarine* y la mayor parte de sus demás relatos están marcados por ese sello del peregrinaje. Más aún: en la novela principal casi todos los personajes —el Cónsul, Hugh, Yvonne, Jacques Laruelle— nos comunican con dolorosa intensidad esa sensación de destierro inevitable, de viaje sin fin, que tan unida está a la concepción del mundo de Lowry. A través de ella es fácil también descubrir las pasiones por otras obras literarias que la marcan de una manera extraña, original, muy sugestiva. Su admiración por Conrad Aiken, por Eugene O'Neill subsiste como una especie de trasfondo aun cuando éstos han desaparecido como influjos directos. Y de este conjunto de circunstancias brota su fisonomía cautivadora y extraordinaria. Aunque las gentes cercanas a él lo aseguran y sus apuntes y algunos de sus relatos (en especial el titulado *The Forest Path to the Spring*) permiten suponerlo, no comparte la opinión que suscribe que la obra de Lowry estaba encaminada a una última afirmación y debía concluir en ella. En el desarrollo de un artista como él, lo no realizado adquiere sentido también; obedece demasiado a un orden inevitable, contenido en la obra misma. Su morbidez, su sentimiento del destino trágico, que nos hace pensar en algunos dramaturgos isabelinos, en Ford especialmente, es demasiado agudo inclusive en los relatos más supuestamente luminosos. Y es este carácter mórbido y trágico el que hace que la lectura de sus obras sea tan dolorosa y apasionante. Muy pocos libros dentro de la literatura contemporánea pueden ser tan deprimentes como *Bajo el volcán*; pero muy pocos pueden también provocar la legítima exaltación ante la dignidad oculta de la tragedia que él produce. Y esta sensación nos regresa a la imagen del peregrino. En *Bajo el volcán* junto a ese sentimiento de destierro inevitable, de eterno peregrinar por un mundo muerto, el mundo del que hablan

las campanas: ¡dolente... dolente!, nos encontramos con la más exaltada vivencia del paisaje, de la naturaleza, como algo entrañablemente vivo, abierto, dispuesto siempre a recibirnos. Octavio Paz ha señalado que el verdadero tema de la novela es la expulsión del paraíso y en uno de los capítulos el Cónsul se refiere al mundo que lo rodea como ese paraíso, al que ya no podemos reconocer. Novela de la caída, lo es también por esto mismo de la nostalgia. Nostalgia de esa unidad perdida, de esa posibilidad de trascendencia a la que de una manera oscura el Cónsul quiere llegar por medio de la bebida; pero que permanece como aspiración inalcanzable y se resuelve en la muerte. En las últimas páginas, la vida que se le escapa al Cónsul por la herida se "esparce sobre la ternura de la hierba", es recibida por ella en una imagen breve, difícil de advertir, que luego es devorada por el apocalipsis del delirio y cuyo carácter ligeramente mórbido una vez más es subrayado por la indicación de la suave llovizna que cubre en ese momento al paisaje. Con la muerte, el peregrinaje termina. Pero curiosamente no hay condena. El descendimiento del Cónsul nos deja con una sensación de liberación. Su espíritu, su alma, se ha quedado en el libro.

No es posible identificar por completo la figura del Cónsul con la de su creador, quizás precisamente por ese absoluto dominio y control de sí mismo (la palabra inglesa *self-mastery* lo expresa mucho mejor) de que habla Kazin. Como ya he dicho, tanto *Bajo el volcán* como el resto de la obra de Lowry se desenvuelve y realiza en planos demasiado diversos para permitir esta simplificación. Hugh, el Sigbjorn Wilderness que aparece a lo largo de *Hear us O Lord from heaven thy dwelling place* y hasta el escritor que se confiesa en innumerables poemas nos dan otras facetas de él mismo; pero sí se puede afirmar que el Cónsul es una especie de catalizador que los encierra. En más de un sentido su experiencia nos entrega la experiencia última y definitiva de Lowry, su testimonio más profundo. Él mismo reconoce en una de sus cartas que le era imposible apartar la figura del Cónsul de la suya y que en cierta forma se había adueñado de su vida. Y, sin embargo... Lowry se aparta del Cónsul, lo trasciende en ese otro aspecto definitivo: logró transformar su experiencia por medio del arte. Y es el arte el que le otorga su más auténtico sentido. En él permanece. La tragedia se hace ejemplar y se convierte en mito.

Octubre-noviembre, 1938

“La actitud del señor Presidente de la República, frente a la rebeldía de las compañías petroleras, bastaría por sí sola para perpetuar su nombre a través del tiempo. Sabemos bien cómo los enemigos emboscados y los enemigos sin disfraz del régimen que actualmente gobierna nuestro país, han pretendido deformar este acto de enorme significación histórica, afirmando, unos, que la expropiación es sólo una actitud demagógica y, otros, que nuestro país se hundiría . . . El caso de las compañías petroleras es un ejemplo. Nuestras leyes son claras. Sin embargo, los ciudadanos norteamericanos e ingleses, accionistas del *trust* petrolero, pretenden ignorarlas. Y el imperialismo —petrolero en este caso— actúa lo mismo aquí que el imperialismo alemán en Checoslovaquia, teniendo en cuenta que allá, en sus formas más desesperadas —fascismo o nazismo—, ha dejado a un lado las palabras engañosas y se presenta ya sin el rostro cubierto” —decía el 7 de octubre de 1938 José Mancisidor.

PARA LLEGAR AL CORAZÓN DE UN HOMBRE ¡MARVELOUS! MAQUILLAJE SINCRÓMATICO A TONO CON EL COLOR DE LOS OJOS. “Guerra a la guerra”. “Descarriada y sin piedad corrió la humanidad, despedazándose hermanos contra hermanos.”

UN ÉXITO LA EXPOSICIÓN OBJETIVA DEL PLAN SEXENAL QUE SE PRESENTA EN BELLAS ARTES. PERJURA se estrena en fastuosa *avant-première* de lujo el próximo 14 de octubre en el Teatro Alameda, el primer cine de la América Latina. PERJURA —la canción inmortal del maestro Lerdo de Tejada— encierra en sus notas todo un estuche de encantadores recuerdos y las exquisiteces de una época ida. PERJURA, un nuevo triunfo de la cinematografía nacional, con Jorge Negrete y Marina Tamayo.

Vasconcelos: “. . . nuestra falta de espíritu de reverencia, nuestra tendencia a declarar que todo nos viene huango, y la facilidad con que caemos en reverencias y admiraciones pueriles . . .” BRILLANTINA, EXTRACTO CREMA DE AFEITAR, VARÓN DANDY. “Pero también nuestra cultura está amenazada por la ráfaga siberiana que nos azota.” ¡POBRE NEURASTÉNICO! AYÚDELO CON FITINA. Checoslovaquia: paz o guerra. “Nunca como ahora ha estado el mundo al borde de una guerra que, por el aterrador poderío de las nuevas armas creadas por el ingenio humano . . .” CUIDE SU LÍNEA CON CHOCOLATE MORELIA PRESIDENCIAL. ¡LIBERTADAS! : Parecía inconcebible que las mujeres compitieran algún día con los hombres en los negocios, en los deportes, en el arte. Sin embargo . . . TODO MÉXICO ADELANTE CON PEMEX . . . Los petroleros vivían en Jauja. QUE VENDRÁN MUCHOS INTELECTUALES ESPAÑOLES. “Alfonso Junco, poeta de Dios”. “Abajo, lobreguez, amparadora / y una orgía de estrellas en la altura.” Gran té danzante organizado por las damitas de nues-

tra mejor sociedad en el *roof-garden* del Gran Hotel Reforma.

CÁRDENAS HABLA. Un periodista rompe la política de ataque sistemático que los periódicos norteamericanos observan respecto a México. TROPAS DE HITLER OCUPAN LOS SUDETES. Hitler, Ribbentrop, Mussolini, Daladier, Chamberlain, Conde Ciano: ¿de qué sirvió la Conferencia de Munich? Río Ritz, Restaurant y Café Danzante, se complace en anunciar la próxima actuación de Chucho Martínez Gil.

HITLER EN NUREMBERG. Ciento ochenta mil almas escucharon en el campo Zeppelin de Nuremberg el discurso de Adolfo Hitler, en el que puso sobre aviso al pueblo alemán respecto de las posibilidades de que Alemania tome parte en una nueva guerra mundial.

“En 1926 conocí a Stan Laurel (El Flaco) y él ha sido mi cómplice artístico. Me encanta leer novelas *droláticas* y fumo en pipa.”

Todas sus esperanzas se derrumbaron, una voz de mujer pedía se impidiera el matrimonio, ¿por qué, cuál era el motivo? EL BESO MORTAL, la película más interesante del año, le dará la solución.

CHAMBERLAIN, EL HOMBRE A QUIEN DEBEMOS QUE NO HAYA HABIDO GUERRA.

Cada triunfo de la nueva ideología en Europa nos pone en el plano secreto de los judíos, que siempre han sido racistas exaltados, pero en su propio beneficio.

¿POR QUÉ NO TE CASASTE NUNCA TÍTA?

QUE ANTE TODO BAJEN LOS PRECIOS DE LAS SUBSISTENCIAS.

Balderas y Carnicerito oyeron muchas palmas en Puebla.

Don Federico Gamboa, director de la Academia, y la historia que dio origen a *Santa*.

Será muy útil que Vasconcelos viva en México.

Greta Garbo se cubre, pero el espejo la descubre.

TROTSKY DECLARA QUE LOMBARDO ES UN AGENTE DE LA GPU.

ALCÁZAR HERMANOS, FUNERALES, INSTITUCIÓN AL SERVICIO DE LA SOCIEDAD. Técnicos de prestigio. Economía, máxima puntualidad y eficiencia. Inauguran hoy —primero de noviembre— su nuevo edificio.

QUE A FIN DE AÑO FRANCO HABRÁ ENTRADO EN MADRID Y BARCELONA.

Memorial

Carta dirigida a A. Ronald Button

Dollarton, Columbia Británica
Canadá.
Junio 15 de 1964.

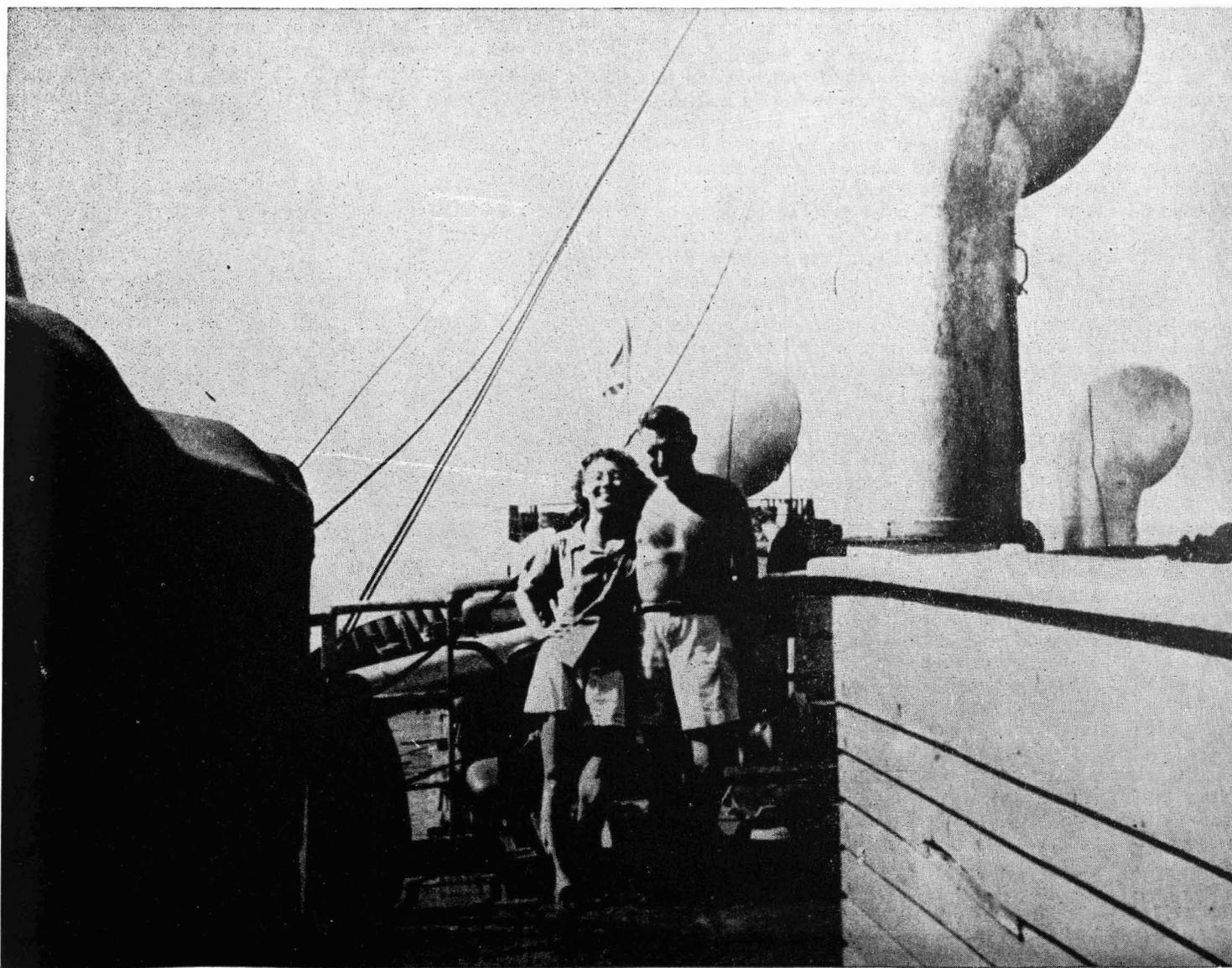
La siguiente es una relación de cuanto nos ocurrió en México a mi esposa y a mí y, hasta donde me ha sido posible, lo compruebo con fechas, nombres y lugares.

Soy súbdito inglés, residente en Canadá. Mi esposa es americana. Con el propósito de visitar a su madre, señora J. F. B..., a su hermana y su cuñado, el doctor E. B. Woolfan y señora, domiciliados en Hollywood, California, salimos de Canadá el 28 de noviembre de 1945 y volamos a Los Ángeles por United Airlines. De allí nos proponíamos seguir a México para pasar el verano por motivos de viaje y salud. En el Consulado mexicano de Los Ángeles, después de presentar una solicitud y de esperar el plazo requerido de 24 horas, obtuve la visa en mi pasaporte inglés, y a ambos nos dieron sendas tarjetas de turista. Éstas debían vencer el 10 de junio, pero a la sazón proyectábamos regresar al Canadá a más tardar para fines de abril. Llevaba conmigo dos pasaportes: el viejo —que expiraría a fines de diciembre y en el cual el Consulado norteamericano en Vancouver, Columbia Británica, Canadá, había estampado el visado correspondiente, válido aún por un año— y un pasaporte nuevo que obtuve en el Consulado británico de Los Ángeles, en el cual me dieron la visa mexicana. También llevábamos mi certificado de nacimiento, el de mi esposa (que probaba su ciudadanía norteamericana), nuestra licencia de matrimonio y cartas de nuestro banco de Vancouver. En el Consulado mexicano de Los Ángeles presenté ambos pasaportes e hice advertir que ya había estado en México de noviembre de 1936 a julio de 1938. Como no estaba del todo seguro si, siendo súbdito inglés, debía cumplir

otras formalidades, me aseguraron que había llenado todos los requisitos y que todo estaba en orden.

Después de visitar a la familia de mi esposa, tomamos un avión de American Airlines y llegamos a la ciudad de México aproximadamente el 12 de diciembre de 1945. Días después salimos para Cuernavaca, Morelos, en donde rentamos un apartamento en el número 24 de la calle de Humboldt, propiedad de la señora María Luisa Blanco de Arriola. Ocupamos este apartamento de Cuernavaca, salvo cuando hicimos algunos viajes a Oaxaca, Puebla, Tlaxcala, etcétera.

En este punto se hacen necesarias algunas aclaraciones. Había yo escrito una novela que se desarrolla en México, llamada *Bajo el volcán*, y que virtualmente habían aceptado mis editores, Jonathan Cape, de Londres, quienes más tarde confirmaron dicha aceptación. Cuando decidimos hacer este viaje, tuvimos presente una razón adicional, que fue la oportunidad que tendríamos de corregir, si menester fuese, algo del español idiomático que en ella empleo, y posiblemente hasta de tomar algunas notas para escribir un prefacio a mi libro, de carácter amistoso para México. Y no es que mi obra pudiera interpretarse como hostil: por lo contrario. Pero, por otra parte, estimaba que en México podrían interpretarlo erróneamente puesto que muchos matices de opinión se reflejan en él, lo cual no es sorprendente ya que hago uso de ese país para presentarlo como una analogía del mundo mismo. Pero no contiene mi novela una solución política, aparte de la democrática: de hecho no existe solución alguna salvo, acaso, una moral. Al solicitar nuestras tarjetas de turista declaramos tener como ocupación la de escritores, pero ingresamos al país como turistas y en él permanecemos como tales, sin intención de "trabajar" ni obtener dinero en forma alguna por cualquier tipo de trabajo desempeñado durante nuestra estancia, si bien,



Margerie y Malcolm Lowry — "A través de Panamá"

en realidad nunca trabajamos mientras estuvimos allí, con excepción de algunas notas que tomamos.

El viernes 8 de marzo de 1946, después de varios meses de felicidad, salimos de Cuernavaca, para hacer un viaje corto; nos detuvimos en Taxco e Iguala y llegamos a Acapulco el domingo 10 de marzo de 1946. Nos alojamos en el Hotel Quinta Eugenia en la playa de Caleta. El jueves siguiente, 14 de marzo, dos representantes de la Oficina de Migración se presentaron en nuestro hotel y pidieron ver nuestra documentación. Me es preciso aclarar el hecho de que Acapulco es puerto de entrada y que por lo tanto los nombres de todos los turistas se envían a dicha oficina como trámite usual. Como antes de salir, mi esposa se había encargado de los equipajes mientras yo me ocupaba de reservaciones, etcétera, en vista de que sólo pensábamos estar ausentes una semana como máximo, y como ella tenía que nos robasen (ya que antes nos habían hurtado muchos objetos) por desgracia dejó nuestros papeles en el apartamento de Cuernavaca. Inútil decir que, por experiencia propia, sabía lo importante que es llevar consigo todos los documentos personales cuando se viaja en el extranjero. Pero como prevalecía en el Estado de Morelos (cuando menos superficialmente) una nueva política de simpatía para con los turistas, no creímos que nuestra omisión fuese muy seria. Desde que entramos al país por el aeropuerto de la ciudad de México, ni una sola vez nos habían pedido la documentación. A propósito, creo que, siempre y cuando se tengan en el domicilio, no es ilegal no traer consigo los papeles. Por consiguiente, explicamos a los representantes de Migración en dónde estaban nuestros documentos y les pedimos que nos explicasen lo que ocurría. Contestaron que tendríamos que permanecer en Acapulco, en ese mismo hotel, hasta que hicieran en las oficinas de la ciudad de México las aclaraciones pertinentes respecto a nuestras tarjetas de turista, y dijeron que para ello enviarían un telegrama ese mismo día. Igualmente me informaron tener en contra mía una multa de cincuenta pesos por haber prolongado mi estancia en 1938, y que además, como habían tratado de cobrarla hasta 1943 ignorando aparentemente que yo había salido del país en julio de 1938, existía en sus archivos una carta en la que se asentaba que no podía entrar a México sin permiso del jefe de Migración. No tenía yo noticia alguna respecto a esta segunda orden y, en cuanto a la multa de cincuenta pesos por haber prolongado mi estancia, debo hacer una aclaración:

En noviembre de 1936 entré a México por Acapulco: llegué por barco y regresé al mismo puerto a principios de la primavera de 1938. Como a la sazón tenía calidad de rentista, me habían concedido diversas prórrogas de la visa original, o tarjeta, o lo que haya sido; pero como en aquella época necesité una prórroga, erróneamente, según recuerdo, me aconsejaron ir a Acapulco en donde podría obtenerla, ya que éste había sido mi puerto de ingreso al país; pero además, estaba planeando salir de allí en un barco de la Panamá Pacific Line. Solicité esta prórroga y me informaron entonces, después de muchas demoras, que me era preciso ir a México para obtenerla. Es muy probable que hubiera otros factores que acaso olvidó, tales como la posible interrupción del servicio de la Panamá Pacific: recuerdo vagamente que de pronto dejaron de navegar sus barcos cuando pude haber salido de México dentro de los plazos legales. Tal vez fue eso lo que ocurrió, o bien, quizás fue que mi dinero llegó con demora de las oficinas de la American Express en Nueva York. En cualquier circunstancia, fui a la ciudad de México en compañía del entonces jefe de Migración de Acapulco, cuyo viaje a México pagué (y acaso también el de regreso), así como su cuenta en el Hotel Biltmore, amén de otros gastos. Ya para entonces se había vencido el plazo de mi prórroga, según creo, hacía sólo unos cuantos días. Sin embargo no puedo jurarlo. En el Distrito Federal fui a ver a este jefe de Migración, llamado Guyou (no recuerdo la ortografía exacta) a la oficina principal de Migración en la calle de Bucareli, en donde me concedieron, si bien lo entendí, una prórroga adicional de seis meses. De cualquier manera, salí de México, ciertamente dentro del nuevo plazo que me ampliaron, sin que recuerde haber tenido contratiempo alguno con mis papeles durante las etapas de estas gestiones, aunque tuve otras dificultades de índole eminentemente personal. Mi primera esposa había vuelto a los Estados Unidos en diciembre de 1937 y yo había estado (y seguía estándolo hasta cierto grado) muy enfermo como consecuencia de disentería, malaria y fiebre reumática. También hubo, como lo dije, cierta confusión en mis ingresos, que llegaban demorados debido a mis cambios de domicilio y a otros equívocos, a resultas de lo cual contraje algunas deudas. Como mis padres se inquietaban por mi salud, pusieron a mi disposición a un abogado mediante el cual recibía los fondos, y así, antes de salir de México, todas mis

deudas quedaron íntegramente saldadas. Estoy seguro de que si se me impuso alguna multa también fue pagada a la sazón —de hecho *debe* de haber sido pagada o ciertamente no me habrían dejado abandonar el país. Salí de México en julio de 1938 y entré a los Estados Unidos por Nogales. No tenía conocimiento, repito, de multas insolutas ni de carta alguna del jefe de Migración. Ignorando por completo que pudiesen existir cargos contra mí, en 1946 solicité de buena fe mi visa y tarjeta de turista para volver a México, y como ya lo afirmé anteriormente el Consulado de México en Los Angeles me concedió ambas.

Pero volvamos a Acapulco y a mis declaraciones de lo que ocurrió en marzo de 1946: mi esposa (que no gozaba de buena salud) y yo acudimos a diario a la oficina de Migración en donde esperamos horas enteras sin que se recibieran noticias de la capital. Mientras tanto me hacía quebraderos de cabeza tratando de descubrir qué otra cosa pudo haber motivado esta acusación contra mí y recordé lo siguiente: en 1937, mi primera esposa y yo constituimos una fianza como rentistas. Esto pudo concertarse, sobre todo, al través de ella y de un amigo; pero al marcharse ella en 1937 llevó los documentos relativos a esta fianza. Según lo entiendo, cuando me encontraba en Acapulco en 1938 seguía estando dentro de los plazos de esta fianza y no creo que hubiera podido obtener una prórroga si hubiese vencido el documento. Pero a fines de 1939 o a principios de 1940, ya en Canadá y a través del abogado de mi padre, tuve noticias de que durante todo un año, so pretexto de que yo no había salido del país, las autoridades intimidaron a la persona que había consentido en dar la fianza. Para aclarar este asunto, acudí en seguida al Cónsul mexicano en Vancouver, presenté pruebas de haber salido ciertamente del país en julio de 1938, y estas pruebas fueron enviadas a las autoridades competentes para que dejaran de intimidar a esta persona cuyo nombre no recuerdo más. También estoy seguro de que si se le adeudaba alguna compensación, le fue pagada mediante cantidades que estaban a mi disposición en Estados Unidos, ya que, creo, a la sazón era imposible sacar dinero de Canadá.

Ansioso de descubrir la verdad exacta para así resolver estos problemas, pedí al subjefe de Migración de Acapulco que nos enseñase a mi esposa y a mí lo que existía en su archivo en contra nuestra, y generosamente consintió en hacerlo. Nos concedió sólo un rato para examinar el expediente, pero el español nos resultaba demasiado complicado para comprenderlo en una primera ojeada. Descubrí, sin embargo, que no existía referencia alguna a la fianza y que el expediente aludía ante todo a los esfuerzos infructuosos del gobierno para hacer efectiva la multa de cincuenta pesos. No obstante, se aludía a Guyou, así como al viaje que hice con él a la ciudad de México, puesto que a él le incumbía directamente el haber yo prolongado mi estancia, y como además había sido él mi intermediario ante el gobierno mexicano, y ya que, por último, no pudo haber vuelto a Acapulco (estábamos hospedados en el mismo hotel en la ciudad de México) sin haberse asegurado de que había pagado la multa, ya bien fuera a la oficina principal o a él mismo, la implicación obvia era que algo misterioso había ocurrido a esta multa, en consecuencia de lo cual nunca fue borrada en los registros de Acapulco. No pude dejar de advertir que la excusa que dio fue que entonces me encontraba en tal estado de "ebriedad" que no podía tratarse conmigo. Si esto hubiera sido así me parece extraño el no haberle parecido lo suficientemente embriagado para hacer el viaje a la ciudad de México — por no decir para recordar, después de más de ocho años, el hotel en que lo hospedé, para pasar una tarde entera con él en la oficina principal y, aún más extraño acaso, el que nunca me hubieran detenido por estar en estado tal de ebriedad que ameritase haberlo hecho constar en mi expediente. El hecho es que a la sazón solía tomar múltiples notas en las cantinas o tabernas de las aceras, sitios que en mi imaginación frecuentaba uno de los protagonistas de mi próxima novela, de la cual constituyen una parte importante. Sin duda alguna esta costumbre fue argüida en mi contra, aunque nadie la objetó abiertamente. Además, tomaba también notas para un poema dramático de cierta longitud llamado *Las cantinas*.

Sin embargo, de este expediente aclaré dos hechos importantes. Primero, que el acuerdo que me prohibía volver al país sin permiso especial, fue dado dos meses después de haber salido del país, en septiembre de 1938 — lo cual explicaba por qué no existía mención alguna de la fianza. Porque difícilmente podía prohibírseme regresar a México sin haber tenido conocimiento anterior de que lo había abandonado, y si lo sabían ¿qué derecho tenían de perseguir durante un año al signatario de mi visa alegando que seguía yo en México? El segundo hecho fue que daban erróneamente la



Jardín Borda en Cuernavaca



Margerie y Malcolm Lowry en Milán (octubre de 1945)

fecha de mi entrada a México, es decir, septiembre de 1936. En realidad llegué en noviembre de 1936, pero este error, en apariencia inocuo, hizo parecer, no obstante, como si hubiera prolongado mi estancia durante todo ese tiempo, ya que así existían dos meses adicionales en mi haber, cuando en realidad nunca antes había estado en el país. Doy todas estas explicaciones con cuanta minucia puedo, porque fue la única ocasión en que me permitieron dar un vistazo a aquello de lo que pretendían acusarme.

Cuando el Consulado británico hizo indagaciones, nunca les informaron nada, sino que se limitaron a afirmar exclusivamente, en términos un tanto vagos, que "había surgido alguna dificultad". Más tarde, cuando mi esposa y yo estuvimos en la ciudad de México con un intérprete y testigos, hicimos todo género de esfuerzos, como se verá, por descubrir por qué razón recibíamos semejante trato, pero ya para entonces negaban enfáticamente tener cargo alguno en mi contra.

Además, observé algo. El jefe de Migración me mostró el telegrama que envió a la ciudad de México para explicar que no llevábamos con nosotros las tarjetas de turista, etcétera, y para pedir instrucciones. En este telegrama se incluía el nombre de mi primera esposa como si ella fuera la que estaba conmigo en Acapulco, aunque en repetidas ocasiones le explicamos la situación. Mi esposa le dio su nombre y le explicó que no había estado conmigo en 1938, que nunca antes había puesto los pies en México y que, de hecho, en 1938 vivía en Los Ángeles ignorante del todo de mi existencia. Él dijo haber examinado mi antiguo expediente en el cual había descubierto el nombre de mi esposa y añadió que no debíamos de tratar de decirle que era otro. Al fin de cuentas, creo que lo convencimos de la verdad. Y como al día siguiente debía salir a México, nos aseguró que personalmente corregiría este equívoco. Ignoro si el error por parte del jefe de Migración de Acapulco se llegó a aclarar o no, a pesar de repetidos esfuerzos, porque más tarde, en la ciudad de México, si bien no el señor Corunna, alguien de su oficina parecía seguir teniendo la impresión de que mi actual esposa era de hecho la primera, sólo que había entrado con un nombre falso por alguna misteriosa razón personal y, en la medida en que puedo saberlo, nada en realidad logró convencerlos de lo contrario.

El miércoles 20 de marzo de 1946, presenté en nuestro hotel un funcionario de la Oficina Federal de Hacienda. Después de rehusarse a pasar a nuestro cuarto y de haber llamado al gerente y a varios de los empleados del hotel, en el porche nos amenazó a gritos usando términos ofensivos y exigiendo el pago inmediato de la misma multa de cincuenta pesos. Resultaba muy difícil comprenderlo porque al final volvió casi incoherente, si bien a la larga logramos convencerlo de que nos encontraríamos esa misma tarde a las cuatro en las oficinas del Departamento de Turismo, en donde alguien habría que actuase como intérprete y testigo en nuestro favor. Así pues, nos reunimos en esta oficina en la que, actuando como intérprete el jefe, señor Obregón, nos aseguró que, a menos de pagar la multa en seguida, me llevarían a la cárcel. Debo hacer hincapié en que nuestros documentos y el dinero estaban en Cuernavaca; sólo llevábamos una cantidad limitada para cubrir los gastos que pudieran surgir dentro del viaje y ya para ahora habíamos pagado telegramas, llamadas a larga distancia, etcétera, a la ciudad de México, tratando de acelerar este asunto; nuestra cuenta en el hotel de Acapulco seguía corriendo y ahora debíamos renta en Cuernavaca. Quisimos explicarle todo esto sin obtener la menor simpatía para el aprieto en que estábamos. Ambos se concretaron a decir que sin duda alguna tendría noticias del Distrito Federal al día siguiente, o bien, que "México era muy lento". Al fin y al cabo el funcionario de Hacienda dijo que me daría hasta el sábado en la mañana para pagar la multa pero que retendría en prenda mi reloj "o alguna otra cosa". El señor Obregón, que se comportó con máxima bondad todo el tiempo, dijo, pues, que si semejante procedimiento era indispensable, él mismo conservaría el reloj como garantía, y así lo hizo. Mientras tanto, a solicitud nuestra, el jefe del Departamento de Turismo había telefonado al Departamento de Migración para hacer averiguaciones, respecto a una llamada de larga distancia que, a expensas de nosotros habían hecho a México ese mismo día con relación a nuestro caso. Afirmó que en México no tenían conocimiento alguno del asunto y que no sabían absolutamente nada respecto a mí, a pesar de lo cual no nos soltarían. Protesté diciendo que, en vista de no existir en absoluto ningún cargo contra mi esposa, era ilegal mantenerla detenida, a lo cual ella añadió que debían dejarla ir a Cuernavaca para traer documentos y dinero, y que si no se lo permitían, ella o yo llamaríamos al Cónsul norteamericano para solicitar su ayuda. Esto fue trans-

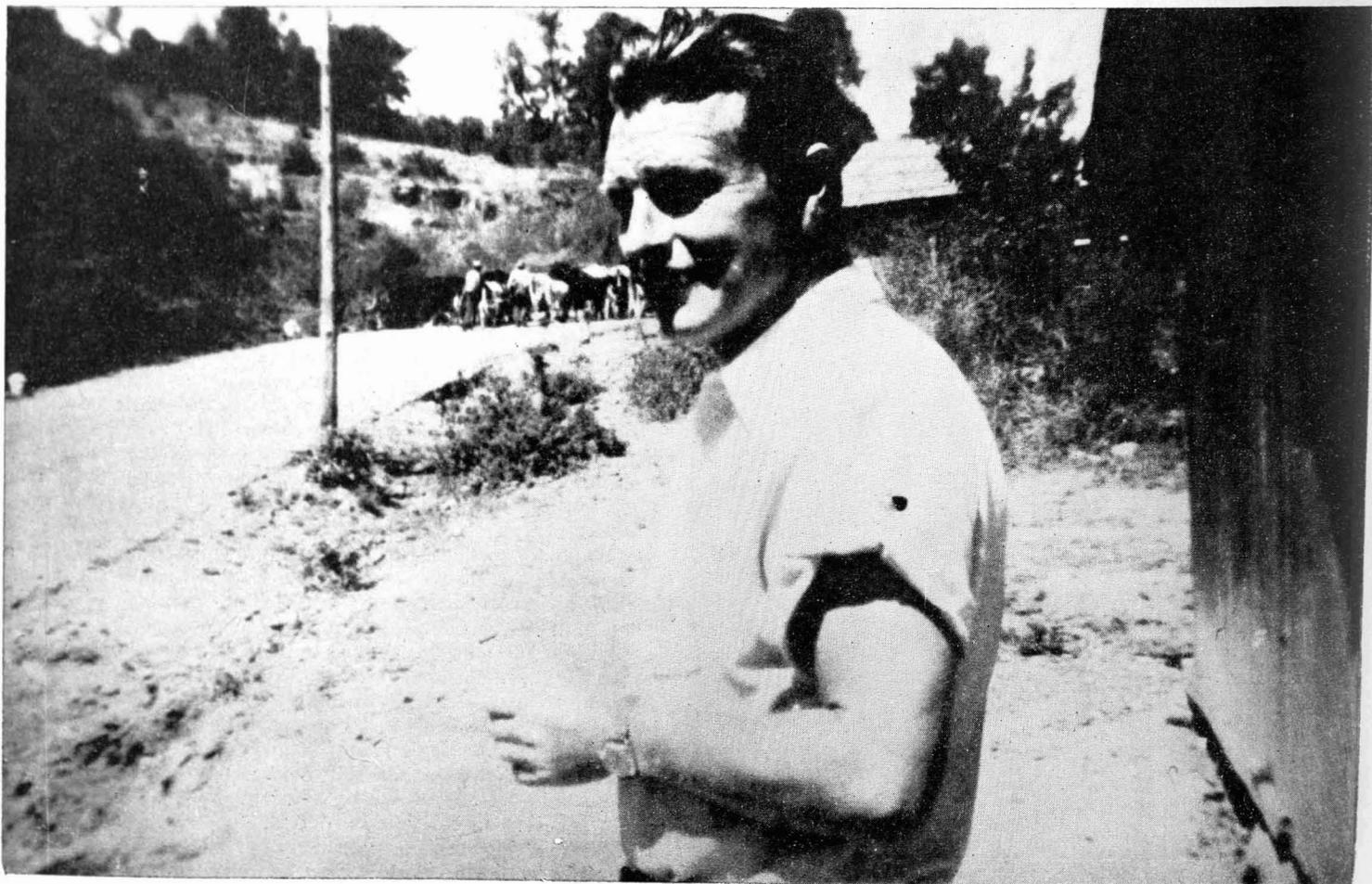
mitido por teléfono y el jefe de Turismo nos dijo que el jefe de Migración había estado de acuerdo en que permitieran ir a mi esposa a Cuernavaca, pero que tendría que salir de inmediato y estar de regreso para el sábado. Como en plazo tan corto era imposible obtener reservaciones, se vio forzada a tomar un autobús de segunda clase para, sola, atravesar parte de México, durante la noche. No voy a entrar en detalles sobre los evidentes peligros de semejante viaje. Llegó a Cuernavaca a las cinco de la mañana, reunió nuestros documentos y dinero, y prosiguió a la capital, en donde pidió ayuda al Consulado británico. Y acudió al Consulado británico porque, como lo he afirmado, soy inglés y los cargos, la multa de cincuenta pesos, etcétera, habían surgido por mí y parecían referirse a mí. Además, tenía ella derecho a esta misma protección en virtud de haber adquirido la nacionalidad inglesa por matrimonio. Le fue imposible ver al Cónsul General, pero expuso nuestro caso al Vicecónsul, señor Percival Hughes, quien examinó minuciosamente nuestros documentos, afirmó que estaban en perfecto orden, manifestó toda su simpatía y tomó nota de los números de nuestras tarjetas de turista, de mi pasaporte, de las fechas referentes a este asunto, etcétera, etcétera. Mi esposa le informó sobre la multa y sobre cuanto conocía al respecto y él le aseguró que, de permanecer hasta el día siguiente en México, la acompañaría al Departamento de Migración para aclarar todo. A la mañana siguiente, viernes 22 de marzo, le comunicó las órdenes que había dado el Cónsul General: que regresara a Acapulco y pagase allí la multa. Añadió que no obstante esa mañana iría él mismo a la Oficina de Migración para que inmediatamente nos pusiesen en libertad. Mi esposa regresó a Acapulco por autobús y el sábado por la mañana ambos fuimos, acompañados por el señor W. Hudson, que actuó como intérprete y testigo, a la Oficina Federal de Hacienda. Allí pagamos la multa. Vimos al funcionario que se había presentado en nuestro hotel a exigirnos el pago, y al jefe de Hacienda. Solicitamos que se me devolviese el reloj y nos quejamos de la manera en que había actuado este empleado en el hotel, ya que había sido totalmente innecesaria y embarazosa. Él negó haberme amenazado con la cárcel o haber tomado el reloj. Pedimos que mandaran a buscar al señor Obregón, y así se hizo. Llegó, cortésmente me devolvió el reloj, y corroboró en todo nuestras afirmaciones respecto a las amenazas, etcétera. El jefe de Hacienda nos informó entonces que su empleado no tenía derecho alguno para amenazar o tomar el reloj, que sólo tenía facultades para entregarme sin comentario un recibo. En seguida nos ofreció una disculpa, dijo que con este acto se había violado la Constitución Mexicana y que

podíamos presentar una queja si así lo deseábamos ya que, además, contábamos con dos testigos. Rehusamos proceder de esta manera, deseosos de corresponder con una cortesía a la cortesía de que, en este punto, éramos objeto de parte de la Oficina de Hacienda. El señor Hudson, que también, nos acompañara en una ocasión en que fuimos a la Oficina de Migración en donde había visto mi expediente, dijo que fue un error atribuible a aquella dependencia, y no culpa mía. El jefe de Hacienda, que se mostró muy cortés durante toda esta entrevista, estuvo de acuerdo cuando el señor Obregón mismo le expresó sus dudas respecto a la posibilidad de que se pudiera perseguir una multa de cincuenta pesos durante un plazo tan largo como el de ocho años, y amistosamente nos prometió que trataría de recuperarla si podía.

Tomamos entonces el recibo de la multa, nuestros documentos y fuimos con el señor Hudson a la Oficina de Migración; mostramos nuestros documentos y el recibo y preguntamos si ya podíamos irnos en libertad. Nos dijeron entonces que no nos podríamos marchar hasta que tuvieran noticias de México. El Vicecónsul británico había prometido enviarnos en seguida un telegrama si algo marchaba mal: pero no nos mandó nada. También nos había dado instrucciones de que si no nos dejaban libres inmediatamente al regreso de mi esposa, le mandaríamos un telegrama. Así lo hicimos y no recibimos respuesta.

Nos obligaron a permanecer en Acapulco y día tras día tuvimos que ir a la Oficina de Migración ubicada en la ciudad misma, donde el calor es extremo: tuvimos que esperar horas frecuentemente en una oficina vacía.

Sin embargo, el subjefe de Migración regresó mientras tanto de la ciudad de México y cuando lo vimos se expresó de la manera siguiente: que en México, desventuradamente, negaban tener conocimiento de haber recibido el telegrama, lo cual podía explicar en parte la demora. No obstante, añadió que habían encontrado mi expediente en el cual existía otra multa (esta vez de cien pesos) que se había pagado. Dijo también que había una foto mía en la que aparecía con una barba, lo cual es cierto, porque en 1937 me la había dejado crecer por diversión, y así aparecía mi efigie en el duplicado de mi tarjeta, o el documento que haya sido aquel del que a la sazón era titular en mi calidad de "rentista". Cuando le pregunté si podríamos marcharnos, respondió que había preguntado al secretario de Migración de México si podía dejarnos libres y que éste había contestado: "No, no lo haga." Cuando le pregunté si en mi expediente aparecía algún cargo adicional, real o imaginario, que pudiera justificar este tratamiento, dijo: "No lo sé." Pero implicó que la barba era en



Malcolm Lowry en México (1946)



Margerie Lowry — "mi esposa pidió ver al Cónsul norteamericano"

sí misma algo tan malo, tan malo en verdad, que mi esposa, a pesar de estar sus papeles en perfecto orden, a pesar de no existir cargo alguno contra ella, a pesar de que era ciudadana norteamericana, tampoco podía irse ahora. Y así, permanecemos en Acapulco.

Un documento como éste no es el lugar para describir los sentimientos que nos embargaron al enterarnos de que en México desconocían haber recibido el telegrama. Pero naturalmente nos preguntábamos si no lo habían enviado mucho después de la fecha en que se nos dijo mientras esperábamos; y asimismo nos preguntábamos si llegaron a hacer nunca una llamada telefónica a México que, sospeché, el jefe de Turismo (y digo sospeché porque lo reconocí como amigo de Guyou que anteriormente había estado en Migración) simuló solamente que el jefe de Migración había hecho, mientras nosotros esperábamos en la oficina del primero.

Así pues, esperamos en Acapulco.

Aproximadamente diez días después de que mi esposa volvió de México, recibimos una carta del Cónsul General de Gran Bretaña, señor Rogers, en la cual me decía que las autoridades mexicanas habían decidido deportarme y que habían preguntado si mis papeles estaban en orden para regresar a América, a pesar de que en el Consulado británico mi esposa había mostrado todos mis documentos al Vicecónsul, señor Hughes, que había tomado notas al respecto, como lo expresé más arriba. Telefonamos por larga distancia al Consulado y hablé con el señor Hughes, que fue incapaz de darme explicación alguna de las medidas adoptadas por las autoridades mexicanas, diciendo que ignoraba por qué lo hacían. Añadió que una vez más hablaría con ellos, y que me mandaría un telegrama. Como no lo hizo, días después volví a llamarle. Entonces me aseguró que no me iban a deportar pero que tal vez me pedirían abandonar el país, aunque tampoco en esta ocasión pudo hacerme saber el por qué, ya que, a su vez, no le habían explicado los motivos. Por último, el jueves 4 de abril, en la Oficina de Migración de Acapulco donde aseguraban no tener conocimiento alguno de esta deportación, dijeron que habían decidido que nuestra permanencia en el puerto se había prolongado demasiado y que al día siguiente nos darían una carta con la cual podríamos marcharnos, pero que tendríamos que acudir obligatoriamente a la Oficina de Migración del Distrito Federal el lunes 8 de abril. Al día siguiente, 22 días después de la fecha en que por vez primera se presentaron en

el hotel, nos dieron esta carta en la cual nos autorizaban a marcharnos.

Llegamos a nuestro apartamento de Cuernavaca (donde en seguida me enteré de la inaudita noticia de que el libro —cuya acción acontece en México y para el cual me proponía escribir un prefacio amistoso— había sido aceptado simultáneamente en Inglaterra y Estados Unidos) y el lunes por la mañana salí rumbo a México con un intérprete, el señor Eduardo Ford, propietario del restaurante "Bahía", situado en el Jardín Morelos N° 12, Cuernavaca, México. Nos tuvieron esperando en la oficina hasta que fue demasiado tarde para efectuar cualquier gestión y luego nos dijeron que regresáramos algunos días más tarde.

Creo oportuno aclarar que hay aproximadamente 75 kilómetros de Cuernavaca a la ciudad de México, pero esta distancia no da la más remota idea del viaje. Porque si bien el trayecto puede recorrerse en dos o dos horas y media, es necesario ascender a una altura de diez mil pies [más de tres mil metros] y con frecuencia llega uno completamente sordo. Asimismo, el clima es completamente distinto: se sale de Cuernavaca en medio de un calor tropical, y para esta época del año hay fuertes probabilidades de tener que atravesar por una nevasca en las montañas: aunque en sí mismo es hermosísimo, repetir perpetuamente viaje semejante en tales condiciones se convierte en una pesadilla, en especial si se tiene en cuenta lo difícil que es hacer reservaciones en coches o autobuses, y las descomposturas que unos u otros suelen sufrir en el camino. Por todas estas circunstancias, la salud de mi esposa empezó a decaer en esta época. A pesar de lo cual nos las arreglamos para acudir puntualmente a cada una de las citas en las cuatro semanas siguientes, aunque a nuestra vez, siempre tuvimos que esperar no menos de tres y sí de cuatro a cinco horas. No somos ni remotamente gente acaudalada; con máximo cuidado habíamos elaborado nuestro presupuesto para las vacaciones y tuvimos que hacer gastos que nos fueron fatales al vernos obligados a realizar estos frecuentes viajes no sólo ambos, sino que frecuentemente tuvo que acompañarnos un intérprete. Porque aunque podamos especificar sólo lo que sucedió durante algunas citas, debe tenerse presente que hubo muchas más visitas cuando, a pesar de las promesas, nada ocurría y nos mantenían esperando en el vacío: Calculamos haber tenido que viajar más de mil seiscientos kilómetros durante esas cuatro semanas.

Pero resumamos: Volvimos el viernes 12 de abril y nos informaron que habían enviado nuestro caso a la Oficina de Inspección. Allí tuvimos que aguardar las horas acostumbradas para al fin y al cabo ver a un inspector cuyo nombre ignoro pero al cual fue encomendado nuestro asunto. Tendré ocasión de referirme a él muchas veces más y aludiré a él con el nombre de inspector. Nos pidió todos los documentos (incluso el recibo de la multa que, a propósito, nunca nos fue devuelto), los papeles de identificación, para ir a consultar nuestro caso con el jefe de la Oficina de Inspección, un tal señor Corunna. Habíamos pagado la multa y los documentos estaban en orden. Pero el inspector advirtió ahora que en las tarjetas de turista se indicaba que nuestra ocupación era la de escritores. Procedió en seguida a afirmar que como escritores, no debieron habernos dejado entrar al país en calidad de turistas, que deberíamos tener un permiso de trabajo o alguna otra forma de pasaporte y nos preguntó si deseábamos papeles de Inmigración. Tanto mi mujer y yo como nuestro intérprete nos quedamos asombrados ante esta oferta. Nuestro intérprete hizo advertir que había miles de escritores, cantantes y pintores que atareados pintaban por todo México, y preguntó si todos habían entrado al país con documentos de migración o autorización para trabajar, o bien, si era contrario a la ley que los artistas vinieran a México a tomar sus vacaciones. Esto turbó un tanto al inspector quien, recobrándose afirmó que si bien era cierto que no tenían documentos migratorios ni permiso de trabajo, en realidad debían de tenerlos. Nos quedamos asombrados ante tal afirmación porque mi esposa y yo conocíamos personalmente a tres artistas que con tarjetas de turistas exclusivamente pintaban en México; uno de ellos había dado clases a mexicanos y cobrado dinero por estas lecciones, y sabíamos también de escritores que ciertamente habían escrito artículos para revistas publicadas en México, tales como *Modern Mexico*, etcétera, ninguno de los cuales había sido molestado por el gobierno. Protestamos, pues, contra lo que nos parecía ser una discriminación, diciendo que si esto ocurría no era culpa nuestra, sino del Consulado Mexicano en Los Ángeles, pero no obtuvimos resultado alguno. Añadí que no estábamos trabajando en México, que no habíamos percibido emolumentos en México por ningún tipo de trabajo allí realizado y que tampoco teníamos intenciones de hacerlo; que, como escritores que éramos, naturalmente habíamos tomado algunas notas, en su mayoría en forma de diario escrito, claro está, día tras día, o de notas aisladas que tal vez transformaríamos más tarde en algún cuento o en artículos de viaje que mi esposa pensaba escribir una vez que volviésemos a Canadá, etcétera. No recuerdo si mencioné algo sobre las notas que tomé para el prefacio que pensaba escribir, pero el inspector admitió que tomar notas no podía considerarse como "trabajo" en México. No obstante, insistió en que *estábamos* trabajando y exigió que constituyéramos una fianza de quinientos pesos por cabeza y prometimos no *seguir* trabajando en tanto estuviéramos en México. Insistimos en que no habíamos realizado trabajo alguno *per se*. A pesar de ello, respondió que la fianza era necesaria y nos concedió un plazo hasta la mañana del lunes siguiente para presentar el dinero en efectivo o la fianza. Esto se me antojó como algo de justicia poética aplicable a mi caso, pero nuestro intérprete, el señor Ford, se indignó sobremedida y dijo que, por supuesto, el inspector había observado de hecho que todo esto era más o menos extraoficial además de añadir que, si hubiese dado cincuenta pesos al jefe de Migración de Acapulco, toda esta complicación hubiera quedado arreglada en el mismo momento y la oficina principal nunca habría tenido noticia de lo ocurrido. En lo sucesivo me repitieron con frecuencia lo mismo: Que mi error original estribó en no haber pagado la 'mordida'. El mismo Vicecónsul británico me lo dijo abiertamente algún tiempo después en esa oficina y además me aconsejó que ofreciera al inspector cien pesos o algo así, y en realidad resultaba imposible haber permanecido sentado en aquella oficina todo el tiempo que en ella pasamos sin haber sido testigos presenciales de esta verdad.

Pero con toda inocencia, en alguna etapa de la conversación que acabo de relatar hicimos algo que vino a complicar aún más las cosas. Creyendo que el inspector dudaba que éramos las personas que decíamos ser y tener el oficio que asegurábamos ejercer, o tal vez porque ya para entonces comenzábamos a dudar de nuestra propia identidad, le mostré un ejemplar de la novela de mi esposa (*The Shapes that Creep*, publicada por Scribner's, el 14 de enero de este año), mi contrato con Jonathan Cape, de Londres, y asimismo el telegrama de Raynal and Hitchcock relativo a la aceptación de mi libro. Había terminado mi novela en 1944 en Canadá.

A pesar de ello, ese mismo día, 12 de abril, el inspector dijo a nuestro intérprete, señor Ford, que si constituíamos dicha



"desesperado, le expliqué que nos encantaba Cuernavaca"

fianza o presentábamos la misma cantidad el lunes en la mañana, nos devolvería nuestra documentación* y seríamos libres para quedarnos en México, sin que nos volvieran a molestar, hasta la fecha de vencimiento de nuestras tarjetas de turista, que sería el 10 de junio.

Es, claro está, indispensable recurrir a alguien que tenga propiedades para constituir semejante fianza, y era sumamente difícil lograrlo en tan corto plazo, porque en México no conocía yo a nadie que pudiera prestarse a ello y, lo que es más, la semana siguiente era semana santa y por lo tanto, a partir del lunes todas las compañías de fianzas estarían cerradas. No obstante, el señor Ford, nuestro testigo e intérprete, se indignó muchísimo ante tal procedimiento y ofreció (a pesar de que le había informado yo mismo sobre mi error anterior —si error hubo— en tal asunto) constituir la fianza, presentando como garantía su propio restaurante en Cuernavaca. Logró obtenernos la fianza y la mañana del lunes siguiente la presentamos y pedimos nuestros documentos. Nos introdujeron ante el jefe del departamento, señor Corunna, que adoptó una actitud insultante con mi mujer, le ordenó que saliera de su oficina y rehusó devolvernos los papeles. Le manifestamos nuestro deseo de salir de México lo antes posible, y Corunna, cuya técnica consiste en gritar, preguntó la fecha en que nos marcharíamos. Le expliqué entonces que deseábamos tomar el avión por estimar personalmente que el largo viaje por tren no sería conveniente para el estado de salud de mi esposa, y que como México era el puerto de salida cuando se viajaba por aquella vía, nos sería imposible obtener los boletos sin presentar la documentación. Quiso saber la fecha aproximada de nuestra partida y yo le respondí que tan pronto como nos fuese posible hacer las reservaciones, o sea en cuanto nos devolviera nuestros documentos. Calmándose un poco nos dijo que regresásemos, si lo recuerdo bien ahora, aproximadamente una semana después, y que en esa fecha nos devolverían los documentos que ya estaban en orden. Por último nos aseguró que todo estaba bien, que no había nada por qué nos preocupásemos y que eran cosas sin importancia.

Procedería preguntarse ahora por qué no volví a apelar al Consulado británico para obtener ayuda, o por qué mi esposa no recurrió al Cónsul norteamericano, aunque como lo dije con anterioridad es, por virtud de nuestro matrimonio, súbdito inglés y por lo tanto tiene igual derecho de acudir al consulado correspondiente. No fue ella a ver al Cónsul norteamericano porque fue mi condición migratoria la que precipitó la situación en la que ella sólo se había visto implicada y como, por otra parte, el Cónsul norteamericano no podía hacer nada por ayudarme, pensamos por consiguiente, que nada se lograría por esta vía de apremio. No volví a recurrir al Consulado

británico (salvo en una ocasión más) porque ya para entonces había perdido fe en la habilidad o ánimo que tenían de ayudarme. Y, en fin de cuentas, porque todos en la Oficina de Inspección, a pesar de la crueldad mental de este tratamiento, nos reiteraron continuamente, hasta el último momento, que nuestros papeles estaban en regla, que nadie tenía absolutamente nada en contra nuestra, que no había nada por lo que tuviéramos que preocuparnos y que las diversas demoras eran simplemente resultado de burocracia del gobierno y lentitud.

La víspera de nuestra siguiente cita con el señor Corunna, pedimos al señor Ford que le telefonease desde Cuernavaca. Habló, pues, con Corunna, quien le aseguró que nuestros papeles estaban en su poder, perfectamente en regla, y que podíamos ya pasar a recogerlos en el momento que deseásemos. Así, salimos el 23 de abril o aproximadamente en esa fecha rumbo a la ciudad de México para recuperar nuestra documentación, ya que, tan pronto como la recibiéramos pensábamos reservar boletos de avión. Entre tanto, envié un telegrama a mi banco en Canadá para dar instrucciones de que me mandaran fondos al Banco Nacional de México de Cuernavaca y asimismo tuve noticias de que mi agente en Nueva York me había girado por telégrafo parte del adelanto por concepto de mi libro sobre Cuernavaca. Para entonces nos quedaba poco efectivo a causa de todos los gastos inesperados en que habíamos incurrido, pero era imposible obtener el dinero del banco, o el de mi agente en la oficina telegráfica, por carecer de documentos para identificarme, puesto que todos estaban en poder del gobierno, por lo cual también me fue imposible comprar los boletos para salir del país, a pesar de tener varios cientos de dólares entre la cantidad depositada en el banco y la existente en la oficina de telégrafos. Una vez más el señor Corunna rehusó devolvernos los papeles que, insistía sin embargo, estaban al fin en perfecto orden, y no había absolutamente nada por qué preocuparnos. En ese punto el Vicecónsul británico, señor Hughes, acertó a pasar por la oficina a tratar algún otro asunto y aproveché su presencia para solicitar de nuevo su ayuda a fin de que tratase de conseguirme parte de mis documentos, alguna identificación que me permitiese cobrar mi dinero, puesto que la oficina de telégrafos lo devolvería a Nueva York si no lo recogía en uno o dos días más. Entonces el señor Hughes intercedió por nosotros ante el señor Corunna; éste le aseguró que todo estaba bien, y que la única razón por la cual no nos daban los documentos ese mismo día, era porque los habían regresado una vez más a la Oficina de Migración en donde se hallaban precisamente sobre el escritorio de alguien que no había ido a trabajar ese día. Añadió que si regresábamos el viernes, los tendría a nuestra disposición y que entonces no habría más preguntas ni demoras. Por lo tanto, concertamos en definitiva una cita para la mañana del viernes a las 11.30 horas, y el señor Hughes ofreció voluntariamente que acudiría a ella para acompañarnos. Añadió el señor Hughes esa mañana haber sido él mismo quien logró que nos dejasen salir de Acapulco el viernes 9 de abril, que la Oficina de Migración de México había dado la orden correspondiente, y que él había visto el telegrama que enviaron. Nos pareció entonces bastante extraño que el jueves 8 nos hubieran dicho en la Oficina de Migración de Acapulco que no nos dejarían en libertad, pero no dimos a esto mayor importancia. Añadió el señor Hughes que una semana después de que por vez primera habían ordenado a mi esposa regresar a Acapulco (después de haberle prometido que él mismo o el Cónsul General irían esa mañana a Migración) enviaron a un propio que volvió con los informes de que existían órdenes para mi deportación. Este esquivo personaje, lo demostraré, decía cuando menos parte de la verdad.

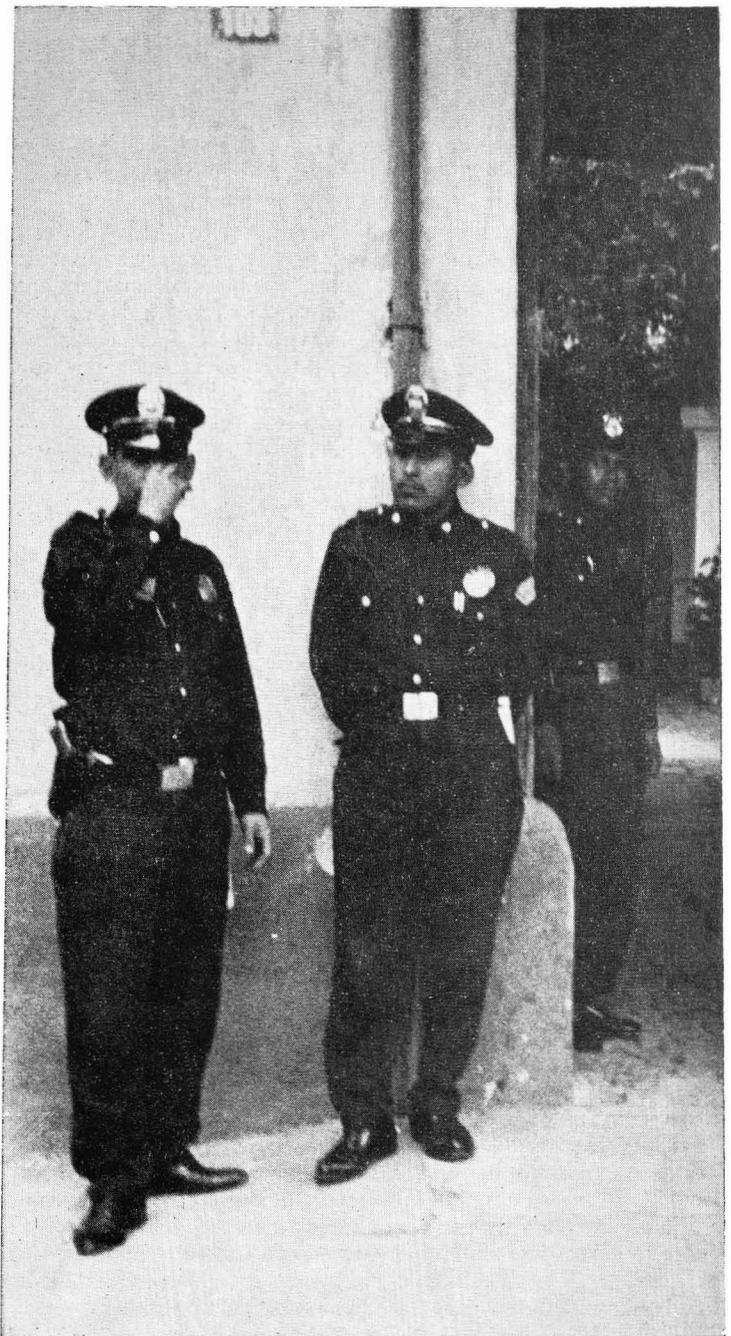
Así pues, el viernes 26 de abril regresamos una vez más a México para acudir a nuestra cita con el señor Hughes y el señor Corunna. Llegamos puntuales, después de un viaje inusualmente difícil durante el cual nuestro vehículo se descompuso dos veces, y en el cual nos fue menester recurrir a cuatro autos antes de llegar a feliz término; el señor Hughes no estaba en las oficinas y mi esposa le llamó por teléfono mientras yo buscaba la oportunidad de hablar con el señor Corunna. El señor Hughes explicó que tenía demasiado que hacer en el Consulado para acudir a la cita, pero añadió, después de que ella una vez más le hizo ver la necesidad que teníamos de los documentos para identificarme con objeto de obtener mi dinero, y de pedir su ayuda, que telefonaría al señor Corunna al respecto. Pidió que volviera a llamarlo en diez minutos, y así lo hizo. Aseguró entonces el señor Hughes haber hablado con el señor Corunna, quien le había afirmado que nuestra documentación seguía en uno de los escritorios del departamento de Migración y que, una vez más, la persona que la tenía no estaba en su oficina, o mejor dicho, que estaba allí, pero que lisa y llanamente había decidido no trabajar más

ese día. El señor Hughes había reiterado la lastimosa condición en que estábamos, la necesidad que teníamos de algún papel para identificación, etcétera, pero el señor Corunna replicó que no podía él darnos nada. Mi esposa apeló ante el señor Hughes para que éste, a su vez, hiciera un esfuerzo adicional de ayudarnos o cuando menos de averiguar si algo había que marchase mal, y qué era, pero él contestó que no podía ya hacer nada más por nosotros.

Hablé luego personalmente con el señor Corunna, quien me pidió regresar a la mañana siguiente. Volvimos una vez más a la ciudad de México al otro día, y de nuevo hablé con el señor Corunna. Al cabo de larga discusión durante la cual repetidamente me gritó, como de costumbre, de modo insultante (traté, en la medida de lo posible, de mantener a mi esposa al margen de las conversaciones por el método salvajemente histérico en que las sostenía Corunna) y, al fin de cuentas, fue a la Oficina de Migración de donde volvió con mi viejo pasaporte ya cancelado. Me pidió además regresar a la capital el siguiente martes, 30 de abril, fecha en que la persona que tenía nuestros documentos estaría sin falta en su oficina y que entonces serían devueltos. No obstante me preguntó de nuevo, cuándo pensábamos marcharnos y volví a explicarle que no podíamos hacer reservaciones sin estos documentos, ni comprar boletos hasta que cobrase mi dinero.

Regresamos a Cuernavaca y recibí el dinero de la oficina de telégrafos en la tarde de ese mismo sábado, apenas a tiempo, porque estaban a punto de devolverlo a Nueva York. El lunes en la mañana fui al banco y recibí los fondos que había solicitado a mi banco en Canadá.

El martes por la mañana fuimos otra vez a la ciudad de México y a la Oficina de Inspección. El inspector informó que nos era preciso acompañarlo a que nos fotografiaran para nuestros documentos migratorios. Creo que fue entonces cuan-



"al fin de cuentas fue a la Oficina de Migración"

do mi esposa repuso, en actitud que resulta muy comprensible, que no deseaba documentos de inmigración sino que sólo quería salir de México, y si yo mismo no dije otro tanto fue simplemente porque estaba tratando de dominarme, ya que sabía que el propósito principal del inspector era hacerme perder los estribos. Pedí que me dejaran hablar con el señor Corunna, alegando que él me había prometido devolvernos sin falta nuestra documentación esa misma mañana. Lo cual me fue rehusado. Luego pregunté por qué habían decidido repentinamente cambiar nuestra calidad migratoria y mi esposa pidió que le permitieran ir al Departamento de Turismo a conseguir un intérprete que nos explicase las cosas con mayor detenimiento ya que, como nuestro español no era fluido, nos era difícil entender lo que decía el inspector cuando se excitaba. También nos negaron esto y nos llevaron a la acera de enfrente a un sitio donde tomaban fotografías, asegurándonos que éstas serían para nuestros documentos migratorios. En ellas parezco criminal, y mi esposa loca (porque como el inspector le quitó brutalmente el sombrero en el preciso momento en que iban a tomarle la foto, quedó con el cabello erizado). Quienquiera que viese estas fotografías podría preguntarse no el porqué fuimos deportados sino que semejantes personajes pudieran andar sueltos, lo cual, según creo, es la impresión que se persigue que produzcan tales fotos. Por otra parte, la tensión comenzaba a sentirse. Mientras tanto nos aseguraron que las fotos estarían listas a las dos y que tendríamos que aguardar en la Oficina de Inspección hasta esa hora. Rehusaron permitirnos ir a comer o siquiera salir a tomar una taza de café (a pesar de haberles explicado que, como de costumbre, habíamos tenido que salir de Cuernavaca muy temprano por la mañana y que mi esposa estaba cansada) o, de hecho hasta que abandonáramos la oficina por cualquier motivo, no obstante lo cual seguían asegurándonos sin cesar que el señor Corunna me vería en unos momentos y que todo estaba en orden. A las dos acudí mi esposa en busca de las fotografías, y el inspector, que las consideró escandalosamente ridículas, se carcajeó estentóreamente por largo rato. A las dos y media nos informó de súbito (después de que se había marchado el señor Corunna y de que la oficina había terminado las labores del día) que era preciso que estuviésemos en esa misma oficina una vez más el 2 de mayo (ya que el primero era día feriado) al mediodía, con todo nuestro equipaje.

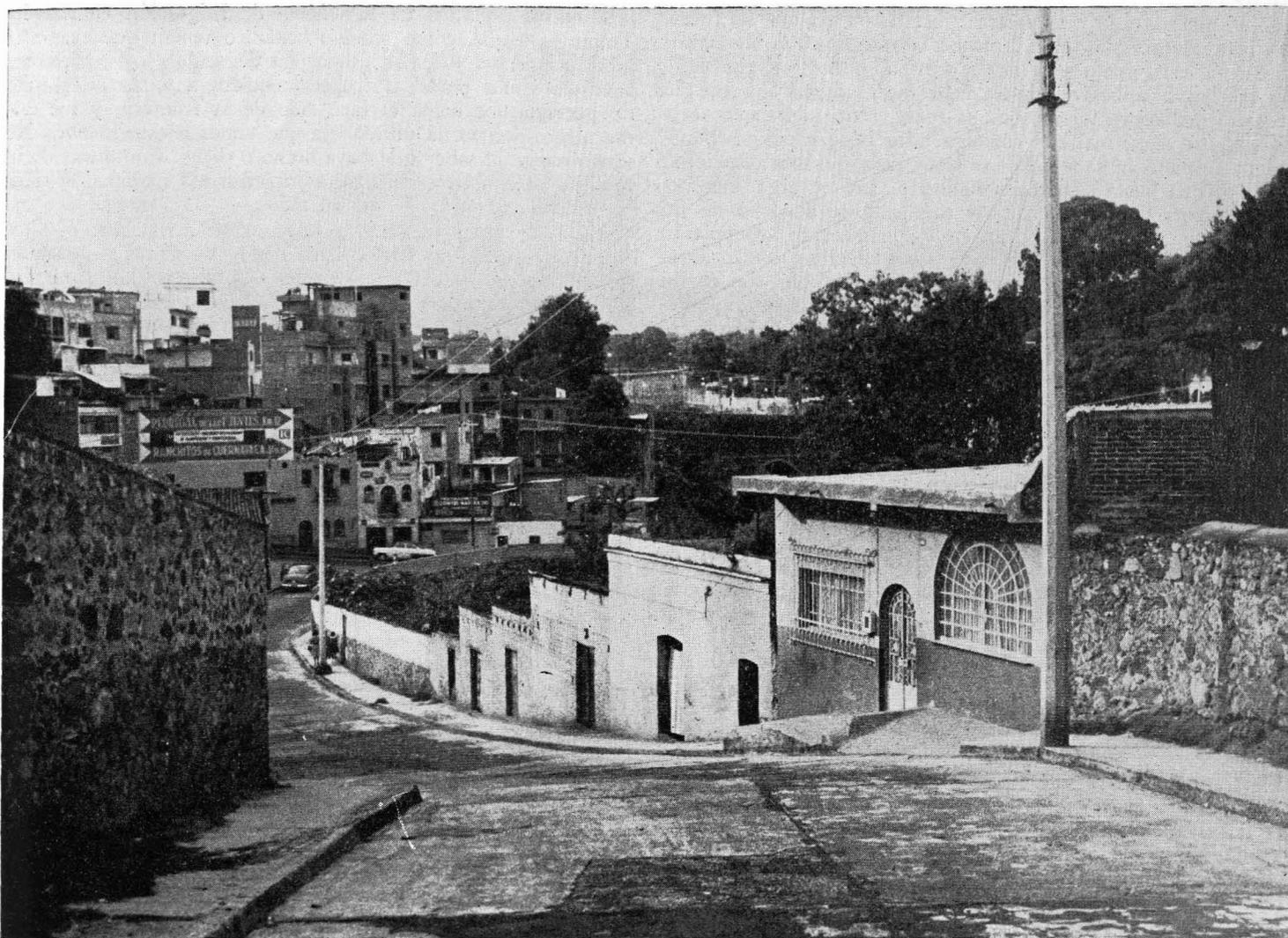
Protestamos que no podíamos entender la razón de esto. Expresamos que era nuestro deseo permanecer en Cuernavaca, en donde habíamos pagado la renta de nuestro apartamento hasta la fecha en que saliéramos del país, y que no deseábamos tener gastos adicionales viviendo en un hotel de la ciudad de México. Insistimos en que tampoco comprendíamos por qué, después de que nos habían asegurado, así como al cónsul, que todos nuestros papeles estaban en regla, que no había cargo alguno en nuestra contra, que habíamos constituido la fianza, etcétera, nos mandaban tan abruptamente traer nuestro equipaje a la capital. El inspector se puso enojadísimo y tomándome del brazo dijo que si no comprendía, lo debería acompañar inmediatamente a la cárcel. Después nos reprochó por no vivir en el Distrito Federal. Y cuando, desesperado, le expliqué que nos encantaba Cuernavaca y que deseábamos sacarle el mayor jugo mientras estuviéramos viviendo allí hasta el día de nuestra partida, exigió conocer el nombre del hotel en que estábamos alojados en la ciudad de México. Prosiguió afirmando que si no nos presentábamos en la oficina al mediodía del 2 de mayo con nuestro equipaje, iría a Cuernavaca a arrestarnos. Así pues, con la oficina cerrada, como todo mundo se había marchado, nada podíamos hacer. Por lo tanto, una vez más regresamos a Cuernavaca. Esa misma noche vimos al señor Ford, quien nos informó que, de la compañía de fianzas, Central de Fianzas, S. A., Motolinía N° 20, en México, D. F., le habían telefoneado de larga distancia esa tarde para informarle que el gobierno había hecho efectiva la fianza y que le habían requerido cubrir inmediatamente los mil pesos, ya que de otra manera lo encarcelarían y confiscarían su negociación. Obviamente cobraron la fianza mientras nos mantenían aguardando en la oficina, a pesar de que, mientras tanto, insistían en que todo estaba en orden. A la mañana siguiente, primero de mayo, el señor Ford recibió un telegrama de la compañía de fianzas en el cual confirmaban el hecho de que el gobierno había cobrado la fianza el día anterior. Tenemos en nuestro poder ese telegrama y procedo a transcribirlo: "*Hoy hizo efectiva Secretaría Gobernación fianza esposas Lowry. Suplicámosle remitirnos inmediatamente un mil pesos importe garantías objeto no perjudicar intereses. Central de Fianzas, S. A.*" Así pues, pagamos los mil pesos al señor Ford y también tenemos su recibo por esta cantidad.

A la mañana siguiente, jueves 2 de mayo, con el señor Ford, que iba a pagar los mil pesos a la compañía de fianzas, de

Cuernavaca salimos rumbo a México, llevando nuestro equipaje. Llegamos con dos horas de adelanto con la esperanza de averiguar en qué consistían las dificultades, en un último esfuerzo para presentar la verdad de nuestro caso ante las autoridades. Otro ciudadano mexicano que mostró simpatía al conocer nuestros conflictos, hombre, además, de cierta influencia, prometió encontrarnos a las diez de la mañana para actuar como intérprete y testigo en favor nuestro. Lo esperamos hasta las 10:45 pero no llegó. Luego volvimos al Departamento de Turismo en donde habíamos dejado mientras tanto nuestro equipaje, y vimos al señor Buelna, jefe de ese departamento. Quedaba poco tiempo, ya que teníamos que presentarnos con nuestro equipaje en la Oficina de Inspección al mediodía, pero le expusimos nuestro caso y solicitamos su ayuda. Al principio nos aclaró que no podía hacer nada porque no dependía de su departamento. Sin embargo, en ese momento estaban en su oficina algunos turistas norteamericanos que no podían dejar de enterarse de lo que ocurría, y al fin de cuentas por teléfono llamó amablemente a alguien en la oficina del subsecretario de Gobernación e hizo arreglos para que viéramos al subsecretario, doctor Pérez Martínez, en unos cuantos minutos, tan pronto como éste hubiera terminado su acuerdo con el secretario. El doctor Martínez, nos aseguró, al menos nos concedería audiencia. Acudimos a la oficina del subsecretario, a quien se enviaron nuestros nombres, explicamos que nuestro caso era de extrema urgencia y esperamos tres cuartos de hora. Como para entonces eran cerca de las 12, el inspector entró a la oficina ordenándonos ir a la Inspección. Le explicamos que esperábamos al subsecretario para exponerle nuestro caso, ya que nos habían informado que era él la autoridad máxima en dichos asuntos. Volvió el inspector a ordenarnos que fuésemos en seguida a la otra oficina pero, esperanzados aún en que nos darían audiencia, aguardamos. Eventualmente nos informaron que el secretario del subsecretario se había rehusado permitirnos ver al doctor Martínez o informarle siquiera que le aguardábamos, alegando los siguientes argumentos: que en vista de que los norteamericanos trataban a los mexicanos como perros, en realidad peor que perros puesto que los norteamericanos eran amables con los animales, ¿por qué nosotros no habríamos de ser tratados como perros?

Mientras permanecía yo en espera de obtener una audiencia en el último momento, mi esposa volvió a ver al señor Buelna para pedirle cuando menos que nos proporcionaran a un intérprete y testigo. Al principio el señor Buelna repuso que esto era imposible, pero a la larga nos prestó a una persona en compañía de la cual fuimos a la Oficina de Inspección. Allí esperamos y solicitamos ver al señor Corunna. Nos informaron que éste había recibido órdenes del subsecretario respecto a nosotros y que nos sería imposible verlo. Una vez más procuramos averiguar por qué nos trataban de modo tan extraordinario, y entonces el inspector, que se enojó sobremanera, dijo que "habíamos dicho cosas indebidas sobre México". Negamos esto —podía calificarse de cierto sólo en la medida en que objetábamos ahora a este tratamiento— y afirmamos, como otras tantas veces antes lo habíamos hecho, que nos encantaba México y su gente, lo cual era cierto (y sigue siéndolo, a pesar de esta experiencia), que deseábamos descubrir qué ocurría y que seguíamos deseando que se nos oyera con justicia, por tener la seguridad de que en nuestro caso había un equívoco final, peor aún que todos los anteriores. Entonces nos dijeron que debíamos acompañar al inspector a Bucareli N° 113 en donde nos darían nuestros papeles y la autorización de marcharnos. Y puesto que sabíamos que en esta dirección había algo así como una cárcel y no una oficina de gobierno, protestamos. Exigimos hablar con el Cónsul británico. Mi esposa pidió ver al Cónsul norteamericano: Nos lo rehusaron. Volvieron a decirnos que lisa y llanamente debíamos ir a Bucareli N° 113 a recoger nuestros papeles y nos llevaron, a pesar de nuestras protestas, a esa dirección. Una vez dentro, nos obligaron a firmar nuestros nombres en el registro. Volvimos a protestar, exigimos ver a nuestros cónsules y preguntamos qué intenciones tenían para con nosotros, si pensaban deportarnos y, en caso afirmativo, la razón de tal procedimiento. El inspector negó enfáticamente que fueran a deportarnos. Luego pedimos al intérprete, que visiblemente comenzaba a acobardarse, que telefonara por favor a nuestros cónsules en seguida y él replicó que informaría sobre la situación al señor Buelna.

Nos introdujeron a mi esposa y a mí en un minúsculo cuarto con rejas donde había también otros dos hombres acostados en una cama, y el cual carecía de excusado para mi esposa ya que había sólo uno inusitadamente asqueroso para los cuatro, sin puerta y con acceso directo al cuarto en donde nos hallábamos. Nos informaron que estábamos incomunicados y presos. No obstante, el jefe de este lugar se mostró extremadamente cortés y deploró la falta de aislamiento de mi esposa. Envié



La "Calle Nicaragua" en Cuernavaca

a alguien para que nos trajera comida, naturalmente a expensas nuestras, alegando que era impensable que comiésemos los alimentos de la cárcel. Lo cual era cierto porque no había alimentos en la cárcel. O si los había no iban a suministrarnos gratis. Aquí todos se mostraron amables, cordiales, y el jefe acabó por abrirnos otro cuarto contiguo al primero y nos llevó allí su propia cobija que, explicó, estaba limpia. Debo mencionar, empero, que entre tanto habían traído nuestro equipaje a este sitio y lo habían depositado en un cuarto contiguo. Después descubrimos que habían abierto nuestro baúl y que faltaban la mitad de la ropa de mi esposa así como mi cámara fotográfica. Sólo pudieron efectuar este hurto en la oficina de turismo o en Bucareli 113, ya que no hubo otra oportunidad de hacerlo. No habíamos comido nada en todo el día y nuestros alimentos no llegaron sino hasta tarde, junto con el inspector. Éste nos dio cinco minutos para comer y luego nos metió en un taxi en el que nos llevaron a la estación de ferrocarril e inmediatamente nos pusieron a bordo del tren. Todas las demás protestas o peticiones para ver a nuestros cónsules fueron inútiles. La fuga era imposible: el inspector iba armado.

Como el tren era diurno, y carecía de pullman, mi esposa y yo tuvimos que ir sentados toda la noche, y cada minuto estuvimos bajo la mirada vigilante del inspector. Varias veces le pedimos ambos que nos explicara la razón de semejante trato. Le preguntamos si nos estaban deportando y él respondió definitivamente que no. Añadió que las órdenes que había recibido consistían en llevarnos a Nuevo Laredo para allí devolvernos los papeles y dejarnos en libertad para cruzar solos la frontera de Estados Unidos sin que se nos molestara. Le pedimos que nos aclarase por qué habían cobrado la fianza e insistió que no era así. Le mostramos entonces el telegrama y respondió que no tenía conocimiento alguno al respecto. Él, por supuesto, llevaba consigo los boletos. Iba sentado en donde nos pudiera observar a cada momento, pero aparte de la sensación de vergüenza y embarazo que esto nos causaba, no trató de molestarnos activamente ni de perseguirnos y, de hecho, nos permitió tomar solos los alimentos en el carro comedor. Sin embargo, a los camareros, conductor y tripulación del tren no les cupo la menor duda de nuestra condición y a la larga hicieron que nos sintiésemos como criminales.

La segunda noche, llegó el tren a Nuevo Laredo después de medianoche: Como había una violenta tempestad todas las luces se apagaron. Le pedimos entonces que nos entregara los

documentos, según lo prometido, y ante eso comenzó a aventar nuestro equipaje por la ventanilla del tren cuando éste se puso en marcha (acababa de hacer una brevísima parada). Nos ordenó bajar, y mi esposa, que de hecho había bajado por el lado de los rieles para atravesar la vía, tuvo que subir al tren y escapó por un pelo de tener un grave accidente.

Con los equipajes proseguimos después todos en un taxi hasta la Oficina de Migración del lado mexicano, situada en el extremo del puente, a orillas del Río Grande. Allí volvimos a esperar, viendo a lo lejos, en el lado americano, las luces de Laredo, en tanto que el inspector discutía con un empleado a quien había dado órdenes de escribir algo en máquina. Para entonces eran aproximadamente las dos de la mañana. En seguida, presentaron a mi esposa, para que lo firmara, el documento que había escrito a máquina el empleado. Al leerlo, advirtió que se trataba de una orden de deportación en la que se asentaba que admitía ser deportada por haber quebrantado las leyes migratorias de México. Y puesto que todos habían estado negando que nos fueran a deportar, y nunca, en ningún momento, había dado razón alguna para tal acción —a menos de que fuera la observación del inspector de que habíamos dicho "cosas indebidas sobre México"—, en vista de que nunca se nos había concedido el derecho de audiencia y de que era absolutamente falso que hubiese ella quebrantado las leyes migratorias, y como además, según entiendo, en casos de inminente deportación debe darse aviso por escrito con veinticuatro horas de anticipación, mi esposa se rehusó a firmar. El empleado se mostró sumamente acongojado y le rogó que firmase, implicando que, de no hacerlo, estaría en grave peligro. Al principio le pedí que no lo hiciese y afirmé que personalmente tampoco tenía la menor intención de firmar semejante documento. El inspector se enojó violentamente y adoptó una actitud increíblemente insultante, pero como llevaba un revólver con el cual la amenazaba en términos inequívocos, finalmente le pedí que lo hiciese. No teníamos otro recurso, y para evitar que me separaran de ella, firmé asimismo, aunque ambos asentamos que repudiábamos completamente los cargos y que firmábamos el documento ante la presión de una amenaza. Dijeron entonces a mi esposa que en vista de que ella tenía nacionalidad norteamericana, quedaba libre para marcharse y podía atravesar el puente. Pero como la Oficina de Migración de Estados Unidos estaba cerrada, yo no podía salir hasta que abriesen en la mañana siguiente. Ella se rehusó a marcharse

sola y, por extraño que parezca, insistieron en que se fuese. Ya para entonces no tenía la menor confianza en la buena voluntad de esta gente —si había ocurrido todo esto ¿por qué no habrían de aplicarnos la ley fuga?—, y aunque al principio le había pedido yo mismo que se fuese, sentí ahora que sería más seguro si permanecía conmigo. Marchóse entonces el inspector después de haber dado órdenes para que nos retuvieran en la oficina hasta la mañana siguiente. Sin embargo, una vez que desapareció el inspector, el empleado se condolió de mi esposa, que atravesaba por un grado de máximo agotamiento y se encontraba al borde de un colapso nervioso, e hizo arreglos para que pudiésemos ir escoltados a un hotel con el fin de que, cuando menos, tuviésemos un breve descanso y pudiésemos tomar un baño. A las cinco y media de la mañana otro empleado de la Oficina de Migración vino al hotel y nos acompañó a la oficina.

Una vez más volvimos a esperar en la Oficina de Migración. La noche anterior nos habían informado que la Oficina de Migración norteamericana abría a las siete de la mañana y que por consiguiente nos dejarían marcharnos a esas horas. Por lo tanto, poco después de las siete preguntamos si ya podíamos irnos y entrar a territorio norteamericano. Respondieron que sería necesario ver al jefe de esta oficina, que llegaría entre ocho y nueve de la mañana. A las nueve, el subjefe se presentó y le expusimos nuestro caso lo mejor que pudimos. Le aseguramos estar convencidos de que había habido un grave error, de que nos habían dicho una y mil veces que nuestros documentos estaban en orden, que no habíamos hecho nada para atraer sobre nuestras cabezas tan peculiar trato, que habíamos firmado la orden la noche anterior protestando violentamente, etcétera, etcétera. Su actitud fue cortés pero no nos aseguró que tendríamos que aguardar hasta que llegase el jefe. Otra vez esperamos; un poco más tarde, mientras yo hablaba con alguien en la oficina, volvió a apelar mi esposa ante el subjefe. Éste le informó que el inspector había dejado instrucciones precisas de que nos retuvieran allí hasta que él volviese por nosotros a la mañana siguiente. En realidad, no nos informaron sobre lo que iba a hacer con nosotros, aunque insinuaron que el inspector llevaría a mi esposa al otro lado de la frontera para deportarla a los Estados Unidos, ya que se había rehusado a irse sin mí la noche anterior. No podría yo jurar qué se proponían hacer conmigo, pero las implicaciones eran asaz desagradables. Volvimos una vez más a hacer una breve exposición de nuestro caso ante este subjefe, que adoptó, al escucharnos, una actitud altamente caritativa y cristiana. Con gran amabilidad nos autorizó a que fuésemos a tomar una taza de café, y aseguró que discutiría nuestro asunto con el jefe cuando éste llegara. Fueron éstos, momentos angustiosos. Al regresar, el subjefe había hablado ya con el jefe y dijo que nos dejaría partir en seguida, según lo habíamos solicitado, antes de que el inspector volviera a la carga, lo cual debió ocurrir hacía mucho, ya que para entonces eran después de las 10 de la mañana. Creo que logramos convencer cuando menos a este funcionario de nuestra integridad, puesto que nos devolvió los documentos e hizo cuanto pudo por ayudarnos a que nos fuésemos lo antes posible. Consiguió un taxi, nos hicieron pasar con gran rapidez la aduana mexicana, sin que siquiera abrieran nuestros equipajes (en tanto que el subjefe parecía estar montando guardia afuera para ver si venía el inspector) y a gran velocidad atravesamos el puente. Nuestro júbilo y alivio al entrar a los Estados Unidos fueron ilimitados.



Jardín Morelos en Cuernavaca

Mientras esperaba en la Oficina de Migración en Laredo, Texas —ya que, como súbdito británico tenían que examinar mis documentos y llenar mi tarjeta de reingreso—, hecho un basilisco vimos pasar al inspector quien, a todas luces trató de perseguirnos hasta el otro lado de la frontera, y fue esa me alegro decirlo, la última vez que vimos a este hombre. No tengo modo de saber qué haya hecho o dicho. Como mis documentos estaban en orden, me admitieron esa mañana, el sábado 4 de mayo, en los Estados Unidos.

De Laredo proseguimos a Los Ángeles, vía Braniff Continental y American Airlines, en donde visitamos a la familia de mi esposa y de donde volvimos a nuestro hogar en Canadá. Tan pronto como llegamos a Los Ángeles, recurrimos a un abogado que nos aconsejó preparar esta declaración y presentarla ante notario.

Para resumir nuestro caso podría formularlo de la manera siguiente:

Que contra mi esposa no existía cargo alguno; que ella no contravino disposiciones migratorias y que se la hizo sufrir simplemente por el hecho de ser mi cónyuge. Que en mi contra, aparte de factores tales como la multa de cincuenta pesos, existía sólo el hecho de haber entrado en un país al que no se me permitía ingresar sin permiso especial de la Secretaría de Gobernación, y como defensa ante esta medidas debo alegar que ignoraba la existencia de tal acusación; prueba de ello es que la acusación existía sólo en los archivos en donde se afirma que trataron de cobrar una pretendida multa insoluta hasta el año de 1943 y que no pudieron hacerla efectiva por ignorar mi dirección. Si (puesto que esta acusación formaba ya parte de mi archivo en septiembre de 1938, dos meses después de que salí de aquel país) hubieran mandado algún escrito en aquella fecha temprana, dicha acusación, enviada a un tercero como lo era el abogado que actuaba a nombre de mi padre en México o en Los Ángeles y que podía conocer mi dirección, me hubiera sido notificada por él y la prueba de que tal comunicación pudo haberse efectuado sin doblez estriba en el hecho de que la única comunicación que recibiese yo con respecto a mi anterior visita a México fue hecha en 1939 o 1940, cuando me enteré de algo incompatible con cualquier edicto que me prohibiese regresar: las autoridades pretendían estar en la creencia de que yo seguía en el país. Como ya lo aclaré anteriormente, acudí al Cónsul mexicano en Vancouver y precisé haber salido de México en 1938. Además, el Consulado mexicano de Los Ángeles me concedió la visa y la tarjeta de turista no obstante que les informé haber vivido en México con anterioridad y a pesar de la espera de 24 horas a la que ya aludí. Y finalmente, si el señor Corunna no creyó que había actuado yo con toda buena fe, ¿por qué declaró y reiteró durante un mes que todo estaba en regla, que mis papeles estaban en orden y que podríamos marcharnos sin que se nos molestase? ¿Por qué se nos dijo que nos tomarían las fotografías simplemente para documentos migratorios o por qué insistieron hasta el último momento, a las dos de la mañana, en la frontera, que nos devolverían nuestros documentos y permitirían que nos marchásemos? ¿Por qué hicieron imposible que nos enterásemos de lo que habían hecho con la fianza de mil pesos al darnos un aviso tan perentorio de que abandonásemos el apartamento en Cuernavaca y evitaron que nos dieran la protección consular al mantenernos incomunicados en Bucareli 113? ¿Por qué, después de haber dicho al Consulado británico que pedirían que abandonase yo el país, nos requirieron constituir una fianza, prometiendo solemnemente que quedaríamos en libertad de permanecer en el país hasta la fecha de vencimiento de nuestras tarjetas de turista, en junio? Sobre todo ¿por qué, si sinceramente deseaban desembarazarse de nosotros, no nos dejaron irnos lisa y llanamente?

Durante todo este periodo de más de siete semanas hicimos todos los esfuerzos para cooperar con las autoridades de cualquier modo, precisamente para averiguar en qué consistía nuestra dificultad, con miras, de ser posible, a subsanarla. Pero en primer lugar nunca me informaron la razón precisa de esta situación ni tampoco me permitieron exponer mi caso a ninguna autoridad que pudiese escucharme. En lo que respecta a Gobernación, jamás se nos concedió el derecho de audiencia. En realidad, nunca nos escucharon. Cualesquiera que hayan sido sus razones en mi caso para perseguir acerbamente a los nacionales de dos países amigos no parece existir excusa ni justificación: en cuanto a lo que se le hizo a mi esposa, ciudadana norteamericana, tiene las proporciones de un crimen.

Juro que esta relación es, hasta donde alcanza mi saber y entender, absolutamente veraz.

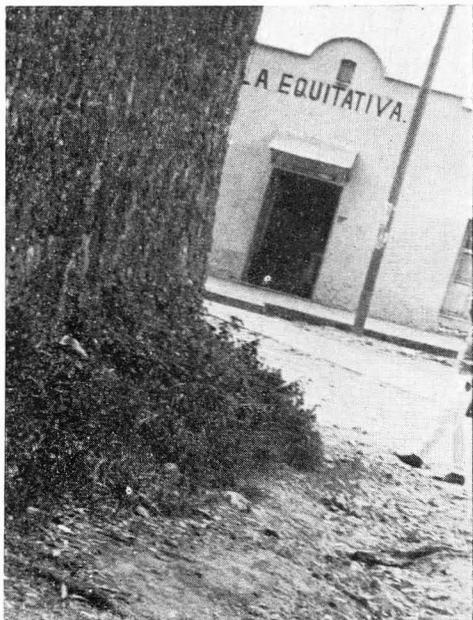
Sinceramente suyo.

—MALCOLM LOWRY

El volcán de Quauhnáhuac



'¡Box!', se leía en un cartel. 'ARENA TOMALÍN. Frente al Jardín Xicoténcatl. Domingo 8 de noviembre de 1938. Cuatro emocionantes peleas.'



... y sombríos interiores atravesados por cordeles de donde pendían diminutas salchichas —chorizos— por encima de los mostradores, en los que también podía adquirirse queso de cabra o membrillos dulces o cacao, y ante el umbral de uno de los cuales se detuvo el Cónsul.



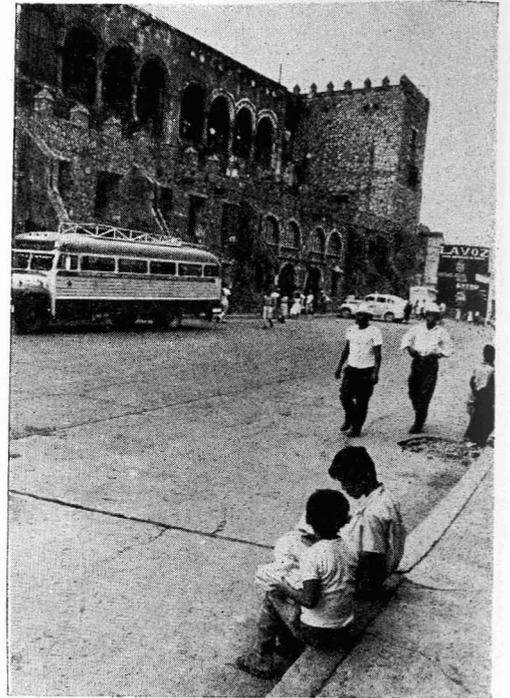
... la atalaya enrejada de la cárcel de Alcapancingo acababa de aparecer con remotas figuras que escrutaban el horizonte.



Se detuvo en la mitad del puente; encendió un nuevo cigarrillo con el que había estado fumando y se asomó por encima del parapeto.



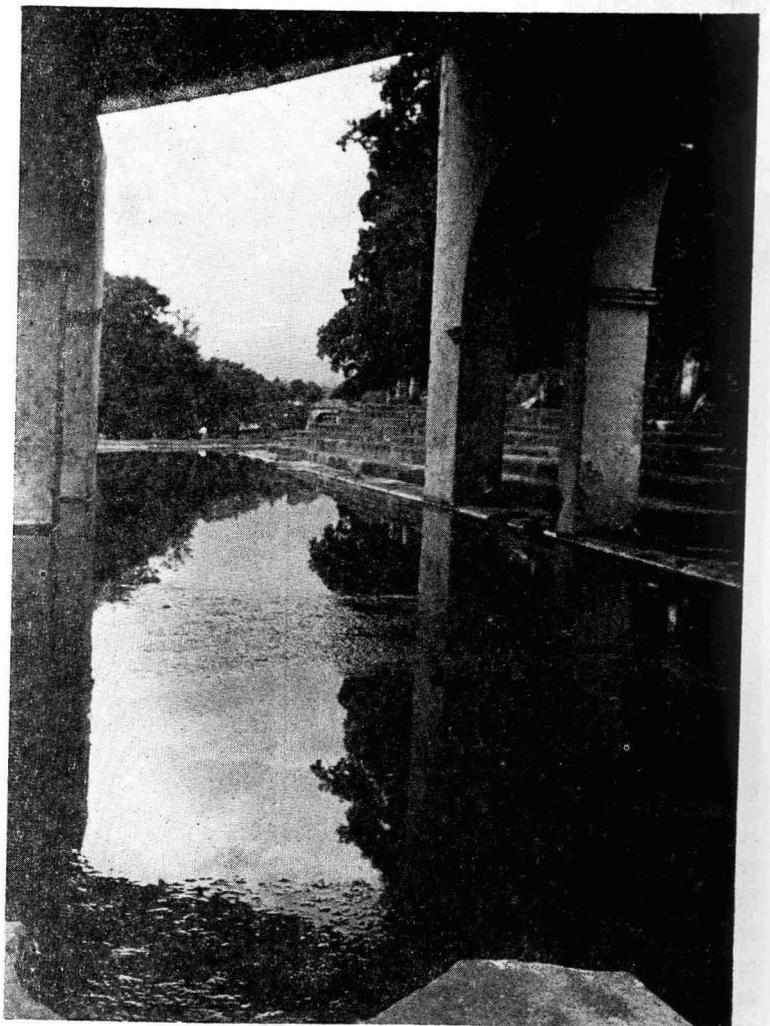
Se guareció bajo el pórtico en la entrada del teatro que, no obstante, parecía más bien la entrada de algún lóbrego bazar.



... más allá de la silueta acastillada y sombría del Palacio de Cortés ...



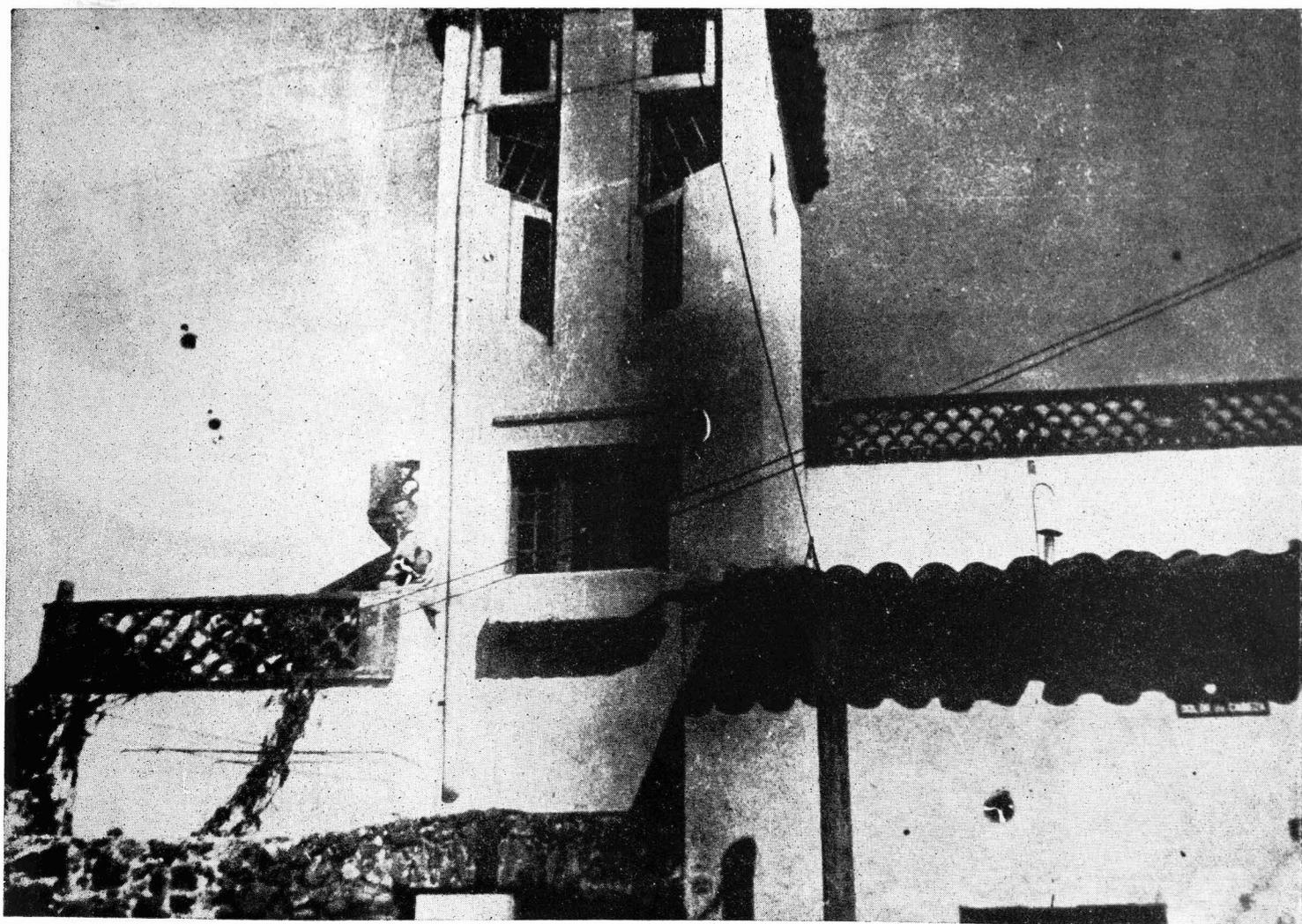
(Margerie Lowry en Hollywood, durante su época de actriz cinematográfica.) — Las islas hawaianas nos trajeron a esta auténtica chica rústica que gusta de la natación, el golf, el baile y es asimismo experta amazona.



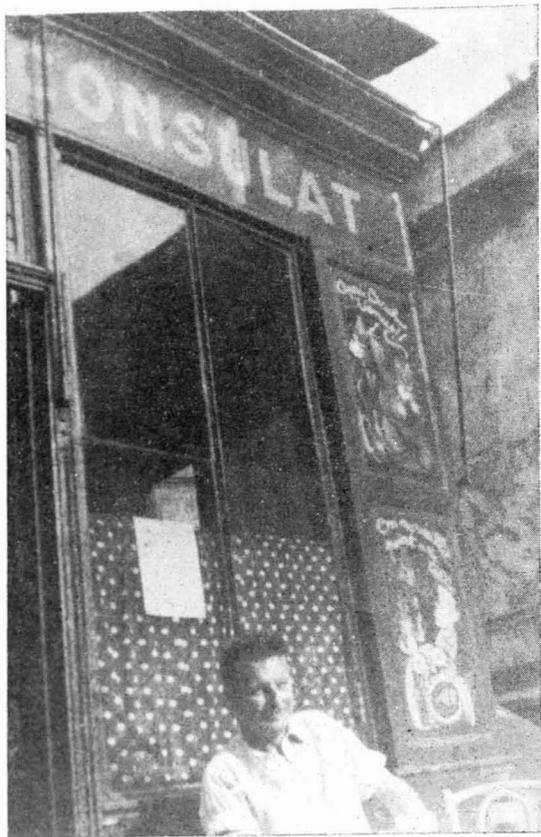
En el estanque, cubierto de lama verdosa, los escalones arrancados parecían también aguardarlo para caer sobre su cabeza.



Este lugar, en que antaño floreció el amor, parecía ahora parte de una pesadilla.



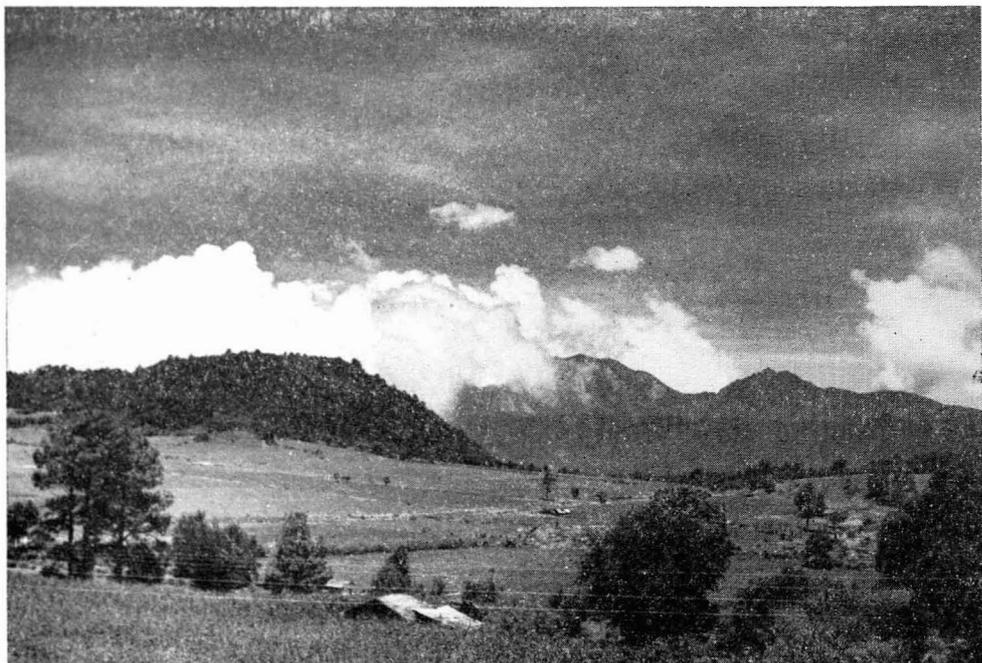
... en la torre de la izquierda, ligeramente mayor, bajo las ventanas de aquella recámara —como matacanes degenerados— habían sido construidas en sentido oblicuo, cual mitades separadas de un mismo cabrío...



...botellas, botellas, botellas y copas,
 copas de amargo, Dubonnet o de Falstaff,
 rye, Johnny Walker, aperitivos, digesti-
 vos, demis, los dobles, los noch ein Herr
 Obers...



... y las ollas, ollas, ollas, los millones de ollas de hermoso
 mezcal...



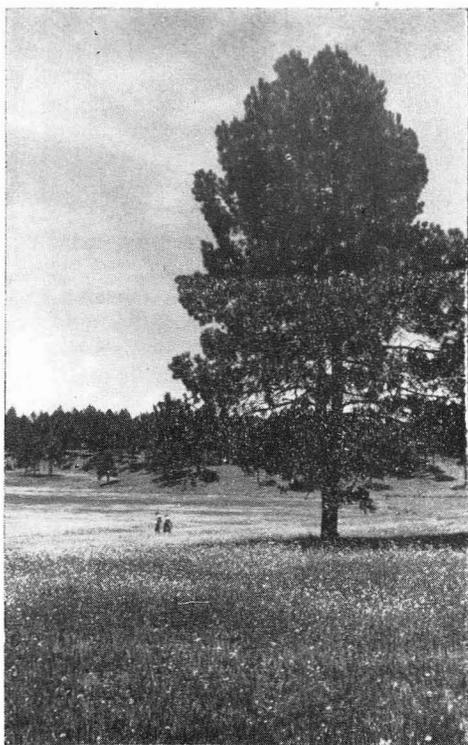
En el sur, un inmenso arcángel, negro como trueno, se agitaba desde el
 Pacífico. Y sin embargo la tempestad contenía su propia calma secreta.



... Convento de San Francis-
 co. ... Parroquia de la Ciu-
 dad ... Capilla Real de Tlax-
 cala ... Santuario de Oco-
 tlán ...



Era demasiado oscuro para ver el fondo, ¡pero aquí sí existían finalidad y hendidura! Quauhnáhuac era, en este aspecto, como el tiempo: por doquier que se mirase estaba aguardando el abismo a la vuelta de la esquina. ¡Dormitorio para zopilotes y ciudad de Moloch!



El nuevo sendero, pacífico, umbroso, erraba entre arboledas.



Antaño, en un rincón de la cantina...



Irguióse y de pronto comenzó a declamarle a la perra:
—Y sin embargo, este día, pichicho estarás conmigo en...
Alguien tiró tras él un perro muerto en la barranca.

Poemas

EL TRUENO MÁS ALLÁ DEL POPOCATÉPETL

Más allá del volcán Popocatépetl
 Negras nubes, presagio del relámpago,
 En formación avanzan contra el viento.
 Del mismo modo que, contra otra fuerza,
 Como henchido metal, defiende el viento
 De la razón al corazón humano
 Hasta que la locura va anegando
 A la mente agrietada.
 Mente que impulsa ya su propia inercia,
 Pétalo desgajado de árbol fuerte,
 ¿En dónde arraigará sino en la sombra,
 La tiniebla final?
 Tomar las armas, defender al viento.
 Salmistas de la angustia, heredad humana,
 La razón permanece aunque abandone
 Vuestra mente.
 La razón permanece con las aves
 Blancas aves que vuelan contra el viento
 Más alto que otro vuelo, donde Chéjov
 Dijo que está la paz,
 En donde cambia
 El corazón — y donde estalla el trueno.

RILKE Y YEATS

Ayúdenme a escribir
 Muestren las puertas
 Que hasta el orden conducen.
 Y esa jaula
 En que yace mi alma
 Y donde mi valor
 Brama entre rejas.

TRAS LA PUBLICACIÓN DE *BAJO EL VOLCÁN*

Es un desastre el éxito
 Más hondo
 Que tu casa en las llamas consumiéndose
 El estruendo de ruinas y el desplome
 Ante el que asiste, inerme, a su condena.

Y la fama desgasta como un ebrio
 La morada del alma y te revela
 Que tan sólo por ella trabajaste.
 Ah, que nunca me hubiera traicionado
 El triunfo con besarme y la tiniebla,
 La caída y zozobra permanezcan
 A mi lado y me cubran para siempre.

Malcolm Lowry

Tres cartas inéditas de Malcolm Lowry

A JOHN DAVENPORT

(Esta carta escrita a mano, con lápiz, fue encontrada en el cuaderno de apuntes de Lowry. Está dirigida a John Davenport, crítico del *London Observer* y antiguo amigo de Lowry. La carta, aunque sin fecha, se supone que fue escrita por el año de 1937.)

Hotel Francia
Oaxaca de Oaxaca
México

SOS. Me hundo por la proa y por la popa
SOS. Peor que el Morio Castle
SOS. y el Titanic...
SOS. Un barco cuando está en peligro sólo piensa
SOS. en pedir ayuda a sus amigos íntimos
CQD. Aunque no puedan ayudarlo.

John:

La primera carta que te envié fue detenida aquí por la policía. Contení saludos para ti y Clem y lamentaciones por mí mismo.

Fue mejor así, porque era una carta que nadie debía leer. Comiseración = Comisario de policía.

Ahora he roto esa carta, pero también quedé destruido junto con ella... Ésta será más agradable.

No existen palabras para describir la terrible situación en que me encuentro.

Jan no tiene la culpa... pero por lo que he oído, y por lo que ella ha escrito, deduzco perfectamente dónde se encuentra.

No puedo soportarlo.

En resumen, me invitan cortésmente a escribirle a mi esposa, a cargo de/Friede. ¡Shadenfreude!

Desde que estoy aquí, he estado tres veces en la cárcel.

No existen palabras para describirlo. Desde luego, es el fin de la introversión. Si no se puede ser decente fuera, podría intentar serlo dentro.

Hasta ahora lo he logrado, pero sólo Dios sabe cuántos nuevos intentos serán necesarios.

A todas partes donde voy me persiguen, y hasta ahora, mientras escribo, me vigilan no menos de cinco policías.

Es una perfecta situación kafkiana, pero perdóname si no la puedo considerar divertida. Su horror es casi perfecto, & llegará a serlo, si no recibes mi carta, como supongo.

De cualquier modo es una tragedia absolutamente fantástica... tan trágica y tan fantástica que casi deseo que la pudieras presenciar. Una de las cosas más divertidas es que hasta un intento de valerme de Sidney Carton ha resultado una farsa. Yo creía que él era un hombre bueno, pero ahora mi última ilusión quedó destruida. No fue que no se mostrara tan bondadoso como le es imposible serlo. Perdóname si te hablo en forma enigmática, pero los ojos de la policía son políagnos —o ¿se dice políagnos, o tal políagnos?— En resumen... no puedo desempeñar el papel de violín segundo para Harpo Marx. ¡Ah, cómo se quebrará la cabeza la policía al tratar de resolver esto! ¡Pensarán que me refiero a Karl! Por razones obvias y de olvido no le puedo escribir a mi familia; por razones tan obvias que casi son patentes no le puedo escribir a mi esposa. No creo que sea verdad; es una pesadilla casi más allá de todo lo concebible. Busco en el oscuro hueco que antes era mi mente, & veo a dos amigos: a ti y a Arthur Calder-Marshall. También veo algo que no es tan amistoso: la locura inminente. No concibo cómo podrías ayudarme, o alguna otra persona, a menos que me enviaras dinero que sería malgastado inevitablemente. Yo sólo puedo agradecértelo durante toda mi vida y rezarle a lo que en México llaman 'la Virgen de los Desamparados'.

Hay aquí una iglesia para los solitarios, & aunque he llorado muchas veces allí, no obtengo consuelo.

Otra dificultad es que nunca en toda mi vida había estado en un lugar tan fantásticamente bello como éste, & a pesar de todo, me sería muy difícil marcharme de aquí. Es tan abso-

lutamente fantástico como la tragedia mencionada en la que me encuentro envuelto. La gente es encantadora, gentil, cortés, apasionada, profunda y veraz. Espero que los policías que lean esto lo crean. Hasta ellos, con reservas, son semejantes. Pero... bien; pero...

Entre paréntesis, apeto.

Sólo los oaxaqueños hablarían bien de mí.

Los españoles me detestan; los norteamericanos me desprecian; y los ingleses me vuelven las espaldas.

Si fuera capaz, también yo mismo me volvería las espaldas. O ¿no lo haría?

Creo percibir un olor (o podría, si no apestará tan feo) de integridad en todo esto.

Como Colón he roto con una realidad, y he descubierto otra, pero como él creo que Cuba forma parte de la tierra firme y no es así, y como Colón también es posible que deje una herencia de destrucción. No estoy muy seguro, pero en la prisión mexicana a veces se tiene que beber en un urinario. (Especialmente, cuando se carece de pasaporte.)

Pero, aunque no fuera verdad, & aunque lo sea, me encuentro en un peligro terrible.

Desde luego, como de costumbre, esto en parte es imaginario: pero esta vez no es tan imaginario. En verdad me amenazan por todas partes peligros para el cuerpo y para el alma.

No estoy seguro de que el peligro no sea diez veces peor de lo que imagino.

Éste no es el llanto del niño que grita 'el lobo'. Es el lobo mismo que pide ayuda. Es posible afirmar que es más bien un aullido que un llanto.

No puedo comer, dormir, ni trabajar; & temo que muy pronto también me será imposible vivir.

No puedo imaginar ni remotamente que yo soy el que escribe estas terribles palabras; pero aquí estoy, & fuera está el sol, & dentro... Dios sólo sabe, & él lo ha rechazado.

Ahora no puedo ver a Jan; pero por el amor de Dios, procura que esté bien. Vi mi destino demasiado oscuro como para comprometerla en este asunto.

Me gustaría verte. Si tú quieres verme, depende de ti. En estos momentos es quizá imposible, con tantas responsabilidades como tienes; pero me temo lo peor, & ¡ay!, mi única amiga es la Virgen de los Desamparados, & no me podrá ayudar mucho mientras permanezca en esta última tooloose-Lowrytrek.

Saludos a Clem, & a Natalie, & a Malc.

P.S. También saludame a Arthur, a Ira, y ¡ay! también a Jan.

A DEREK PETHICK

(La siguiente carta, algo abreviada, pertenece a las que hace algunos años Malcolm Lowry le escribió a Derek Pethick. Ahora existen copias de la mayor parte de estas cartas en la Colección Especial de la Biblioteca de la Universidad de Columbia Británica. Esta carta se refiere, entre otros asuntos, a la sugestión de Pethick de que *Bajo el volcán* estaba muy influido por *Moby Dick*, y que la característica de su división en doce capítulos de aquella fue sugerida por los 99 capítulos de ésta. Pethick, que vive en la Isla de Vancouver, colabora frecuentemente con charlas, piezas dramáticas y reportazgos en la CBC.)

... Usted no tiene completamente razón en lo que se refiere al *Volcán*, sin embargo, muestra una gran perspicacia; lo que usted afirma resulta totalmente cierto de un libro que ahora no existe, y que no pudo haber conocido; el *Volcán* fue proyectado en un principio como parte de una trilogía... y la tercera parte a que me refiero fue destruida completamente por las llamas que consumieron nuestra casa hace algunos años... sin embargo, construimos otra casa sobre las cenizas.

Mi esposa dice que sería más adecuado afirmar que en el *Volcán*, el *Cónsul* muestra más semejanza con *Moby Dick* que con Ahab. Sin embargo, el personaje no fue creado sino después de *Moby Dick* (el libro), que no estudié seriamente sino hasta hace poco (no parece muy difícil que esta afirmación sea verdadera).

Por mi parte, la identificación, si la hay, es con el mismo Melville y con su vida. Esto se debe a que he sido marino, y mi abuelo fue capitán de un buque de vela y se hundió con su barco — Melville también tuvo un hijo llamado Malcolm que desapareció sin más. Sólo se debe a motivos románticos como éstos; pero también, principalmente, a su fracaso como escritor y a su punto de vista en general. Su fracaso por alguna razón me fascina totalmente, y me parece que desde muy temprana edad decidí emularlo en todas las formas posibles. Por esto, siempre me ha gustado mucho *Pierre*, aun cuando no lo he leído.

Pero volviendo a la clave —si es que existe—, el *Volcán* acaba de aparecer en Francia, donde dijeron que la clave está en el Zohar. Este descubrimiento se debe en parte a un engañoso prefacio que escribí cuando no estaba muy sobrio, pero hay algo en él; así que le enviaré un resumen de lo que dijeron, pues vale la pena, si es que puedo traducirlo. Es éste un epílogo muy erudito de Max-Pol Fouchet, y me parece que ahora no puedo traducirlo, pero intentaré decirle de qué se trata. Ahora me parece que ni siquiera puedo hacerlo, así que en vez de esto intentaré responder a algunos de los puntos a que usted se refiere, en relación con lo que creo que él dice, o que tiene algún sentido en relación con lo que yo creo que digo... (hasta donde alcanzo a ver, aunque usted no está equivocado, de algún modo u otro esto vuelve el libro más impenetrable de lo que usted lo considera, o de lo que pienso que es).

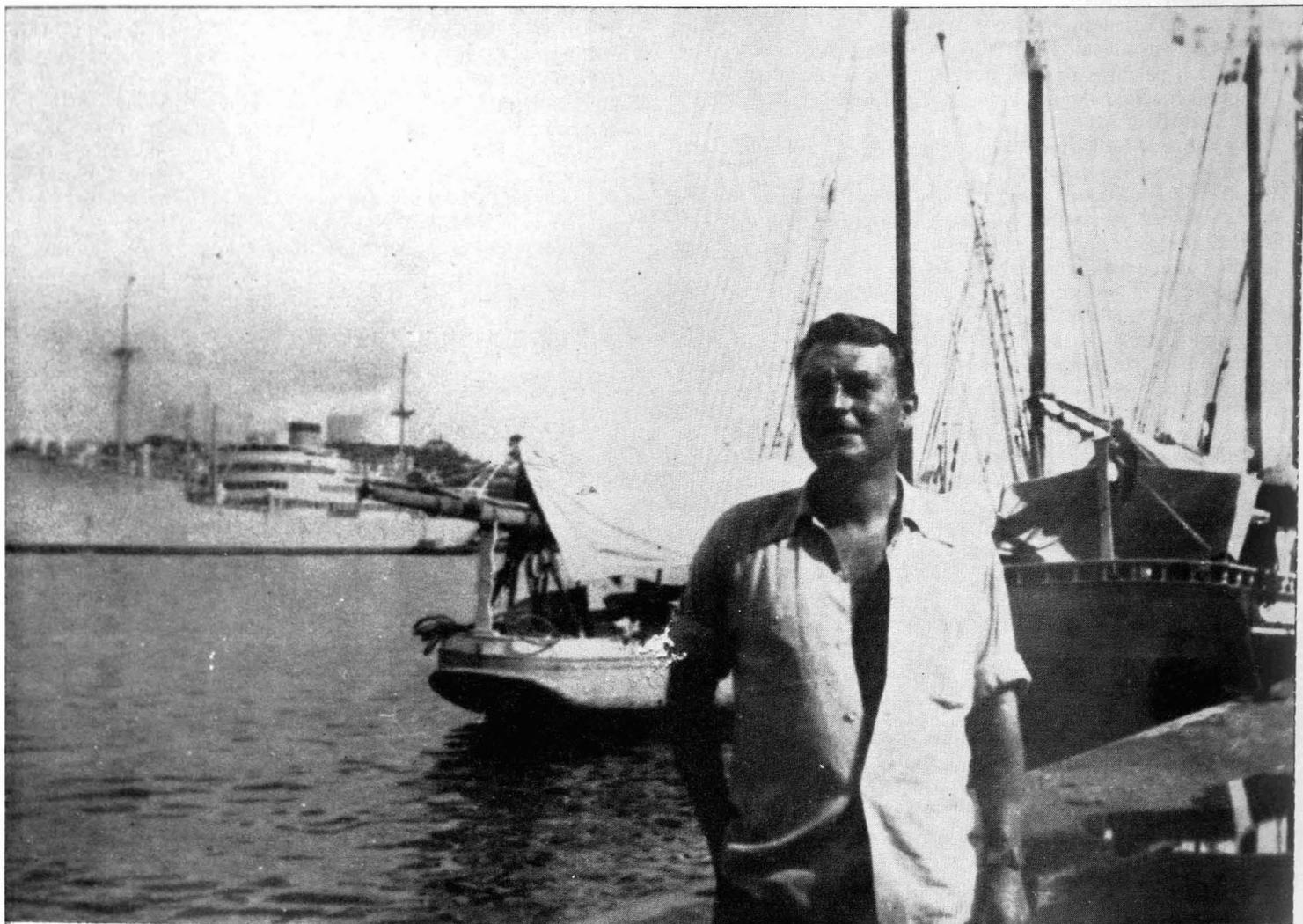
Trataré los puntos en forma desordenada; primero, el significado zodiacal... según yo, no tiene ninguno, mucho menos en relación con Melville. Trato de ser sincero, así que en caso de duda someto las cosas al juicio de mi mujer. La cita de *Moby Dick* que usted menciona, del capítulo 99, estoy seguro de que la leo ahora como si fuera la primera vez... nunca se me había ocurrido que hubiera un significado zodiacal en *Moby Dick*... y el pasaje si acaso me afecta ahora en forma sobrenatural, como si tuviera un significado literal para mí, y yo hubiera sido quien hubiera trazado de nuevo el camino. Aunque, si usted quiere, hay una evidencia extra en el capítulo VII, cuando el Cónsul está en la Torre de Laruelle... El Cónsul recuerda que hizo un tiro de golf llamado la Zona Zodiacal. Hay mucho más evidencias en el XI (pero las intenciones fueron astronómicas). La cabra significa tragedia

(tragedia = la canción de la cabra), pero cabra=cabrón=cornudo (los cuernos). El escorpión es una imagen del suicidio (el escorpión se clava su propio aguijón y se causa la muerte, según dicen — el doctor Johnson lo cree falso, pero en realidad existen evidencias científicas). No hay más, o ¿lo hay? Ahora advierto que todo el libro se desarrolla bajo la influencia de Escorpión... la acción del libro dura un día, 12 horas exactamente, de siete a siete; el primer capítulo se desarrolla 12 meses después; así que también está bajo el signo de Escorpión...

... El *Volcán* se encuentra, y usted tiene razón, completamente en el terreno de la parábola política... Desde luego, comenzó siendo así; el capítulo VIII fue escrito primero —hace aproximadamente 15 años—, aunque no quería sugerir que el futuro perteneciera por fuerza a los obreros mexicanos, ni a nadie, a menos que pudiera intervenir la verdadera caridad, y la decencia y la dignidad del hombre se restablecieran...

...Y ¿qué sucede con el Cónsul? ¿Qué tan bueno sería intervenir en su caso? Bueno, intenté redimir de varias maneras a este individuo en toda la trilogía, pero el destino lo impidió... Intentaré decirle más acerca de él sólo en relación con el *Volcán*, y el comienzo de la carta.

Como protagonista en un solo plano (afirma el amigo francés, y creo que tiene razón) resulta un hombre fáustico. El libro de algún modo supone —con justicia filosófica— que el ancestro de todos nosotros fue quizá un mago. El Cónsul había sido cabalista (aquí es cuando se consigue el Jardín del Edén). Misticamente hablando, el abuso del vino está relacionado con el abuso de los poderes mágicos. ¿Quizá alguna vez fue el Cónsul un brujo malo? No lo sabemos. Lo que no dice Max-Pol Fouchet es que un brujo malo es un hombre que tiene en su contra a todos los elementos del mundo (si no del universo). Esto es lo que el Cónsul quería decir en el capítulo X (escrito en 1942) al enumerar los elementos. En el capítulo V (en el cuarto de baño) se encuentra en el ambiente una insinuación de fuerzas oscuras parecidas. De aquí se deduce que existe una semejanza entre el hombre actual de este planeta y el brujo malo. Esto, creo, hasta cierto punto se ha convertido en una verdad desde que escribí el libro. (El Cónsul da a entender que su lucha, tan opuesta a cualquier guerra en la que Hugh pudiera verse envuelto, es mucho más desesperada, ya que es contra los mismos elementos y contra la naturaleza... Se trata de una guerra que está destinado a perder.)



Malcolm Lowry en Curazao, Indias Occidentales Holandesas (noviembre de 1947)

... En caso de que se crea en la teoría bergsoniana de que el sentido del tiempo es sólo una inhibición para impedir que todas las cosas sucedan a la vez... pensándolo bien, es muy difícil evitar la noción del eterno retorno; la destrucción inevitable es simplemente el fin teleológico de una serie de posibilidades: todo lo que se espera es igualmente posible; el horror parece fundarse en la posibilidad de que esto ya no es cierto en nuestro plano, y una catástrofe absoluta se ha producido de acuerdo con nuestro deseo en muchos planos, que hasta las otras posibilidades han dejado de existir gradualmente para nosotros. Esto, podría decirlo, no es muy claro, como lo he expresado; así que mejor olvídelo. De cualquier modo, en ningún momento lo he creído. Personalmente, tengo un punto de vista muy jovial... por vivir, como lo hacemos mi esposa y yo, en el bosque. Tampoco en el libro intenté conscientemente abarcar tantos niveles. Mi mejor intención fue crear una obra de arte... Después de un tiempo comenzó a producir un ruido semejante a la música; cuando producía un sonido falso, lo cambiaba; cuando por fin me parecía que producía un tono correcto, lo dejaba. También intenté escribir un libro verdaderamente bueno sobre un borracho... Fue un golpe para mí cuando publicaron *Días sin huella*, justamente cuando yo terminaba mi obra. Tenía también la intención de que en parte fuera gracioso, aunque parece que nadie se ha dado cuenta.

... Finalmente, gracias por el interés que ha mostrado por mi libro... A menudo es bastante desalentador ser escritor en Canadá. El periódico local sólo publicó unas pocas líneas donde la llamaba una novela ampulosa de autodestrucción, no propia para los lectores juiciosos (o algo semejante). Esto por lo menos es melvillian.

Sin embargo, ha tenido mucha suerte en Estados Unidos, y hasta fue milagrosamente el libro mejor vendido durante un tiempo, un mes; aunque usted no lo crea, se vendió aún más que *Por siempre ámbar*, aunque debe admitirse que *Por siempre ámbar* ya se está marchitando un poco. En Inglaterra fracasó, pero muy honorablemente; en Francia lo pusieron en una serie de clásicos... pero otro editor le está dando una distribución más amplia y más fantástica; está siendo publicada por partes en el periódico *Combat*. El editor suizo quebró y se marchó a México... ¡Ja... Ja...! En cuanto a las traducciones sueca, noruega y danesa, creo que ya salieron, pero no las he visto (ni creo que ningún sueco, noruego o danés). Con mis mejores deseos

—MALCOLM LOWRY

P. S. Espero que esto no lo haya confundido demasiado. Estoy encantado por el interés que demuestra... Aunque no deseo darle a usted la impresión de que la intención del libro era completamente desesperada, o que contenía una esperanza específica secular... En última instancia había intentado mostrar en la trilogía que cualquier revolución que no se interesara en el hombre "total" —incluso la parte espiritual— abortaría eventualmente; de ninguna manera es un sermón contra el alcoholismo... Esa sinfonía del pobre hombre, especialmente en B menor, aunque por qué no, en D mayor.

P. P. S. Espero que usted venga y se tome una copa con nosotros cuando llegue a Vancouver.

A DAVID MARKSON

(Sin fecha. El sello de la oficina de correos reza: 20 de mayo de 1954. Dollarton, Columbia Británica.)

Estimado viejo Dave:

¡Sostén esa nota, Roland. Sopla el cuerno! De cualquier modo 3000 dólares son 3000 dólares. ¿Por qué no piensas en lo que pudieran representar? No creo que sea inevitable, aunque la especulación es ineludible en esta mañana en especial. ¿Cuántas botellas de wshikey Jack Daniels Tennessee Sour Mash se podrían comprar? Pero sobraría dinero para un pasaje a la India, a Italia, o a las Cíclades rotantes; por lo menos a Europa. Así que si la obra te disgusta y te fastidia, ¿por qué no realizas un buen trabajo y haces las correcciones? —le añades más patrañas, por decirlo así— como desea tu editor de libros de bolsillo, y si es posible, y no ha quebrado, cóbrala. Te proporcionaré un título: *No hay barricadas para la panza*. Y un pseudónimo: Sigbjorn X., Ghostkeeper, o quizá Thomas of Erceldoune... Éste sería un triunfo palpable para ti (aunque no lo tuviera el libro); quiero decir que te ayudaría a crear un medio ambiente donde pudieras dedicarte a escribir mejor lo que desees. A juzgar por tus cartas recientes, en especial la última, parece que Nueva York no es del todo un lugar propio para vivir, eso juzgando benignamente. Según mi propia experiencia —*odi et amo*— a esa



Dibujo de José Maya

La Virgen de La Soledad de Oaxaca

ciudad en especial... favorece las explosiones breves y furiosas, pero no el esfuerzo prolongado. Además, por todos sus dramas y su furia existencial, o quizá debido a ellos, es una ciudad donde puede ser muy difícil —o al menos me parece— encontrar el lado bueno de la propia desesperación, una vez que se ha descubierto el lado peor. Hasta los efectos posteriores del vino no parecen los mismos en Nueva York que en otras partes; aunque sin duda no pueden durar tanto, pues el engañoso medicamento se encuentra más fácilmente, lo que resulta peor al final de cuentas. No es que no se pueda aprender mucho de las consecuencias posteriores de la borrachera; todo, de hecho, excepto cómo evitar que se repita la experiencia, pero es demasiado fácil caer en un estado mental en esa ciudad —o así lo creo— en el que estar ligeramente borracho o padeciendo las consecuencias de la bebida parece ser el estado natural, y el único modo de mantenerse en equilibrio y en armonía con ese lugar. Lo malo no es tanto la embriaguez, que, como tú dices, puede ser muy agradable... sino que ese estado mental es tan eminentemente racional como peligroso —o puede serlo—; una combinación desagradable. Espero que no parezca que estoy echando un sermón. De lo único que hablo es de *Mens sana in corpore sano*... No aseguro que uno no pueda mantenerse saludable (cualquiera que sea el significado del término) en Nueva York; pero después de un tiempo, ¿se desea realmente? Quizá tienes razón, como aseguras, en considerarte una criatura de la ciudad (como yo también lo pensé una vez); aun cuando creas no tener las necesidades inconscientes (más aún, absolutas) de esa criatura, tales como las estrellas, las ruinas, los desiertos, las catedrales, los mares, los bosques, los patos, las naves (aun cuando el recuerdo de todo esto te sea aborrecible), los océanos desconocidos y las playas no señaladas, y hasta otras ciudades. Y sobre todo, nadar cuando sientas ganas, o ¿no te gusta-

ría? De cualquier modo, experimentamos ansiedad por ti; tus cartas se vuelven cada vez más pesimistas y negras... sin embargo, le han proporcionado alegría a este ignorante autor que parece haber entrado últimamente en un agudo periodo de tristeza, y entre más negras son tus cartas, más me entretienen, lo que ha sido en mi provecho y en nuestro beneficio. (Esto me recuerda que en este momento me gustaría jugar una partida de tenis contigo.) Mi beneficio, tu empatía altruista y penetrante. ¡Qué diablos! No te he dado mucho a cambio. Y se me ocurre, como ves, ponerme a desempeñar el papel de consejero en este momento, en que, de un modo o de otro, tú mismo o tu providencia te está jugando una mala pasada, en lo que comúnmente se llama: "retirada y regreso". Por lo menos sexualmente, desde luego... pero no es todo, Jules Romains a la inversa; y ni aun así veo cómo esto puede resolverse, mucho menos fundamentalmente, si no te pones un poco más, como la señora espiritista nos dijo: "En rappo con el espíritu angélico."

Sin embargo, dejando aparte los chistes y las obscenidades, a veces creo, en mis más negros momentos, que el pobre, cruel, viejo *Volcán* puede haber ejercido una influencia maligna en ti; me duele mucho sugerirte que tires ese libro maldito por la ventana y a mí junto con él; aunque es un buen consejo, aunque no estoy seguro de que lo sea, de cualquier modo no dudaría de protestar vehementemente; no todos los padres fueron creados para que su hijo los mate; nunca he sabido que Abraham le pidiera a Isaac que lo sacrificara, por lo menos voluntariamente; pero al conservar el libro como un símbolo momentáneo, o algo semejante, debes tratar de trascenderlo de alguna manera; por lo menos déjalo que te sea útil, ya que aparentemente fue creado para ti, o su autor pensará que ha vivido en vano. No estoy muy seguro de lo que quiero decir, pero no importa. Volviendo al asunto, te refieres a la obra que has estado realizando recientemente no sólo como algo malo, sino como si aun te asqueara pensar en ella. En cuanto a eso, aunque fuera cierto, no puede ser tan malo como lo que he estado escribiendo últimamente. Parece que por fortuna has olvidado por qué escribiste el libro. Aparte de que creo que es una valentía escribir un libro en estos tiempos, aunque sea malo, el impulso básico de escribir debe ha-

berse fundado en una profunda necesidad, o no lo habrías hecho. Así que, lo repito, tienes que continuar. Si Nueva York no te ha estimulado a realizar la clase de trabajo que deseas fundamentalmente, no se requiere llegar a la conclusión de que toda la culpa es de Dave Markson. Quizá necesitas (además de una buena y vigorosa mujer, como dicen los marineros) factores complementarios que sólo puedes hallar en Europa. Puedes ir a Europa en forma económica desde Nueva York; la vida allá es mucho más barata, y tus tres mil dólares te durarán mucho. Según como se presentan las circunstancias en este momento, tal vez nosotros también vayamos allá, quizá a Sicilia (para variar de volcanes. A propósito, el *Volcán* saldrá en Italia en este otoño, como creo que ya te dije). Aun podríamos vivir cerca uno del otro, aplicarnos cataplasmas mutuas en nuestras obras en proceso o en retroceso. La idea no es mala...

México es el lugar más horrible de la tierra cuando se tiene una pena, es una especie de Moloch que devora a las almas que sufren; además, si saben que te gusta tomar, los bastardos se ponen a contar cada copa que te bebes, y aguardan para echarte zancadilla. Su deporte nacional es perseguir a los gringos, hasta las corridas de toros ocupan el segundo lugar. Al final de cuentas, es un buen sitio para no estar en él (pero uno sueña quijotesicamente retornar algún día... un deseo mortal, según creo, si es que existe alguno). Pero también podría resultar todo de nuevo alegre como un cascabel, o alegre aunque no como un cascabel. Sin duda es un país bello e interesante, aunque esto puedes tomarlo como la frase del año. También son buenas las gentes, las que están adentro y fuera de la cantina y de las cárceles. Sólo que creo que los guardianes desentonan... Pero, aunque no sea por ninguna de las razones anteriores, un viaje a allá en este momento podría agravar enormemente tus problemas, quizá sin resolverte ninguno... Sin embargo, todo esto se debe a que tu estado mental nos apena a los dos. El otro día descubrí inesperadamente esta frase, en relación con Kafka: "el arte perdido de ser infeliz". Parece que, en lo que toca a nosotros dos, quizá este arte no está completamente olvidado. Supongo que resulta inútil afirmar —y suena falso— que una cierta cantidad de desesperación es realmente necesaria para la gente de nuestro tempera-



Malcolm Lowry entre las gárgolas de Nôtre-Dame



Iglesia de La Soledad en Oaxaca

Dibujo de José Maya

mento peculiar; pero sufrir no vuelve más fácil la vida. Margie sospecha que algunas veces sufro sin tener un "objetivo" correlativo adecuado. Pero uno pasa por alto el hecho de que el tipo de sufrimiento más infernal de todos puede simplemente deberse a la carencia de motivos, del tipo Tierra Baldía. Se puede sufrir porque no se *puede* hacerlo, pues después de todo, sufrir es estar vivo. No porque tenga el doble de edad que tú voy a continuar en este tono en estas líneas y a terminar afirmando que cuando cumplas mi edad y hayas superado lo que yo he trascendido, o peor aún, lo que no he superado... entonces puedes empezar a hablar; no se requiere ser viejo para sufrir, como no lo necesitas para beber. Melville, a los 14 años, hablando por boca de Redburn, despertó para descubrir que su alma estaba manchada...

Sospecho que —en este momento— estás padeciendo la clase más especial e inexplicable de tristeza. Del modo en que escribes es como si quisieras dar a entender, aunque sin la mayor piedad de ti mismo: "A nadie le importa lo que me pasa"; o más bien: "Quizá a muchas genes les preocupa, pero no me importa lo que piensen". Bueno, esta carta te tranquilizará inmediatamente tocante a que por lo menos dos personas que te interesan sienten interés por ti. Quizá no son estos tus sentimientos, ni se trata de eso, y sólo estoy proyectando en ti un sentimiento mío, y en mi caso muy del tipo familiar. Ninguno de mis hermanos —aunque expresaron satisfacción al oír que mi libro triunfaba en los Estados Unidos— jamás ha dicho una palabra, inteligente o de cualquier otro tipo, sobre el *Volcán*; mi madre encerró en un cajón mi libro *Ultramarine* (que es quizá el mejor lugar para ponerlo); y tal vez tampoco esto viene al caso.

Pero dejemos todo esto. Acabo de recibir una nueva carta tuya, fechada el día 13, que vuelve en gran parte superflua la mía. Nos alegra mucho que hayas obrado así. A propósito, tus condiciones (las dos entregas de 1,500 dólares) son exactamente iguales que las del *Volcán*... o como Aiken lo denominó: *Under the Malcamo*, o *Poppagetshebotl*... Estoy comenzando a creer que tu libro debe ser bueno, y no malo como dices. Y no trates de *probar* que careces de talento, porque es una manera de pretender demasiado. Pero puedes estar tranquilo; tienes mucho talento, puedo advertirlo desde lejos, porque no soy un buscador mediocre de talentos. Pero te puede llevar mucho tiempo encontrar tu paso; hay mucho tiempo por delante, demasiado tiempo, aunque no lo creas...

Aquí todo es penoso; amamos este lugar demasiado, y ¡ay! es como estar en el infierno. Es verdad que todavía no nos han desahuciado, pero ya les han entregado notificaciones de desahucio a las gentes que viven hasta el faro, y en el periódico de la noche hay una noticia descorazonadora: "Rápido desahucio en Squaters Sought. El actuario del distrito, Fred

Sounders, dijo que la acción legal ha sido entorpecida por el lento proceso para ponerse de acuerdo con los vagabundos inestables propietarios de ruinosas 'cabañas provisionales' en la zona donde los oficiales del gobierno municipal planean crear los servicios para el parque de la playa", etcétera. Pero antes de que me empiece a poner demasiado triste, debo decirte que tenemos que estar agradecidos; la línea de demarcación de los desahucios termina en el faro. Ya hemos recibido sustos parecidos antes, no ha pasado nada; es muy posible, ya que parece que una providencia especial vela por este lugar, que aún estemos aquí dentro de diez años. Así que no nos marchamos porque la causa de la partida sea irrevocable; desde luego, hemos estado pensando en ofrecerte la casa en nuestra ausencia. Por lo menos te ahorrarias la renta, y podría ser para ti una vida maravillosa y saludable, pero sin duda es demasiado lejano e impracticable, y junto con la felicidad también podrías heredar la ansiedad; Vancouver está culturalmente tan muerta como el dido, y con ningún esfuerzo de la imaginación podría proporcionarte en este momento lo que Europa; además, la abominación de la desolación se ha apoderado del lugar sagrado y en las noches el resplandor de las nuevas refineries crea un verdadero infierno. Sin embargo, no he resuelto si nos marchamos para siempre, a decir verdad; deberíamos ir a Europa de cualquier manera durante una temporada... Esta vida a la larga es demasiado dura para Margie, y este continuo estar *Bajo el volcán*, mis álamos todos están caídos, todos, todos están caídos, sentirlo es tan asqueroso que aun creo que, al final, se puede uno volver loco. Así que intentamos no pensar mucho en esto, gozar lo que la buena suerte nos ha deparado mientras lo tenemos, y dejar este lugar arreglado y bien presentado y en buenas manos (si tú no lo quieres, y quizá probablemente sea así de todas maneras, y seguramente será así, si [ellos] te dan un adelanto y tú puedes arreglártelas, como esperamos, para emprender tu viaje a Europa) con una remota pero optimista idea de un retorno eventual...

Aún no tengo idea de cuándo iremos a Nueva York pero te daremos la fecha exacta con mucho tiempo de anticipación; espero que nos irás a recibir al aeropuerto. No hemos recibido noticias del consulado italiano sobre el barco. Por varias razones, y una de ellas es que resulta más barato, esperamos navegar en septiembre. Gracias por tu oferta de alojarnos en Nueva York si estás ahí; pero por el amor de Dios no querramos darte molestias a ti ni a ninguna otra persona... Tenemos muchos deseos de verte allí; y si no, nos reuniremos contigo en alguna parte más allá de las columnas de Hércules.

Recibe nuestros mejores deseos.

—MALCOLM

Malcolm Lowry: Intención de una obra incompleta

Por Ramón XIRAU



Malcolm Lowry en Easedale, en Lake District, Inglaterra (junio de 1957)

I

Estar en el mundo es vivir en él y sobrepasarlo. Tanto históricamente como en la historia personal que es la vida de cada uno, el estar ha adquirido tres modalidades distintas si bien no siempre separadas entre sí. Podemos estar en relación mágica con las cosas para contagiarlas y contagiarnos de ellas; podemos estar en un tipo de relación científico-técnica que todo lo vuelve objetivo; podemos estar para vivir el mundo e iluminarlo y trascender hacia la presencia, opacidad y luz; la magia y la ciencia son opacas aunque de opacidad distinta; la poesía, la tela iluminada por la pintura, el espacio construido por la arquitectura, y, sobre todo, la religión, son opacas tan sólo en apariencia y luz en sustancia.

En el primer caso —el de la magia— estamos en el mundo pensando qué somos, tanto parte de las cosas como las cosas son parte de nosotros mismos. En este contagio, el yo omnipresente hace intercambiables palabras y cosas. La relación es primitiva (también *primitiva* en cuanto es nuestra) y en ella la palabra es la realidad: lo cual no es del todo falso puesto que la palabra es bulto y referencia, si bien resulta falso en cuanto la realidad se opaca y se transforma en nuestro espejo, nuestra imagen, nuestro reflejo.

El pensamiento científico-técnico actúa a distancia: el yo aquí, allá el mundo —también para el psicólogo la conciencia se convierte en mundo— y, depurada la realidad de todo contagio humano, la ciencia lo estudia, la técnica lo opera. Indiscutible su progreso, la ciencia se ha contagiado, principalmente desde el siglo pasado, de magia. Ésta es su más lógica inverosi-

militud. Venerada en sí y por sí —psique, estado, cosa, materia, pueden ser sus diversos objetos— la ciencia ha querido ser el Todo. Es aquí, en el mundo, donde está la solución de todo lo de aquí, de lo del mundo. Limpia como una piel bien lavada, la realidad ahora ya objetiva viene a decirnos que los dioses han muerto.

Tenía razón Nietzsche en su himno luterano: Dios ha muerto. Para la gran mayoría de los hombres de hoy, para muchos creyentes, Dios ha muerto. Podrá pensarse con el siglo XIX que la muerte de Dios es una liberación y un indicio de progreso; con nuestro siglo, y aun con Nietzsche, que es un paso a la angustia. Lo que sí sabemos es un saber que ya conocieron los primeros teólogos místicos y, entre ellos, el pseudo-Dionisio: Dios no es el mundo porque nuestra inmediatez se nos revela ahora más que nunca como espejante limpieza objetiva. También podemos saber que la realidad de verdad, más allá de esta piel-espejo, es transparencia.

II

En algunos casos el arte moderno y aun contemporáneo ha querido ser ciencia (por ejemplo en la noción de experimentar que el artista ha tomado prestada del método de las ciencias naturales). En la mayoría de los casos el arte contemporáneo es huida de la ciencia y de la piel objetiva del mundo para encontrar realidades recónditas, secretas y fuentes vivas. Es en este anhelo de trascendencia donde el arte, el poema, se han hecho ambiguos: quieren, en mayor o menor grado, ser a la vez magia y religión. No escapa a este doble anhelo la obra incompleta de Lowry.

En *Bajo el volcán* el tema más claramente religioso es el del Paraíso; el más claramente mágico, el del tiempo.

“¿Le gusta este jardín? Es suyo. ¡Evite que sus hijos lo destruyan!”, repiten a ojos vistas los letreros del parque. Pero sus hijos lo han destruido, los hijos de Dios. Lo han destruido en su corazón; lo destruyen los destinos mortales que conducen a la barranca. La culpa está presente, aunque no sea siempre una culpa adánica. El Cónsul hace teorías sobre Adán y lo imagina condenado precisamente a vivir en su Paraíso (el otro Paraíso): la caída de Adán es la de quien debe permanecer en el lugar que esencialmente no es suyo. Pero el Paraíso, aquí en Quauhnhuac, de esta tierra, está doblado de Infierno. A veces como acto de rebeldía: “La voluntad de los hombres es inconquistable. Ni Dios puede conquistarla”. Sin embargo, el infierno es solamente exterior metafóricamente. En realidad es para el Cónsul y con él para todos los hombres, cosa propia, personal: “La misma belleza del Paraíso terrenal. Y, no obstante, ¿qué había logrado en el Paraíso terrenal?”, se pregunta uno de los personajes. Responde: “pocos amigos”.

Pero este infierno de aquí, de las cosas de este mundo es, en la novela de Lowry, el tiempo. Y es tal vez en esta experiencia donde mejor se unen religiosidad y sentimiento mágico de la vida. Caído en la tierra, caído en el fondo de sí mismo, como, al final de la novela, más dentro del volcán que bajo el volcán, el Cónsul percibe que Quauhnhuac “era como el tiempo”.

Lowry, que es y desea ser un novelista simbólico, utiliza magistralmente la imagen del tiempo a la vez círculo infernal y retorno a los orígenes tan negros como los pájaros que circularmente vuelan sobre Cuernavaca. La rueda de la fortuna gira obsesivamente a lo largo de *Bajo el volcán* y con la rueda giran los “grandes pensamientos rotantes”, los planetas y las lunas, la vida toda cíclica y eternamente infernal (los ciclos son eternos y el infierno mágico del tiempo es eterno en sus ciclos). Y la rueda de la fortuna se detiene para volver sobre sí misma, para anular sus propios ciclos en muerte: “por encima de la ciudad, en medio de la noche oscura y tempestuosa, la rueda luminosa giraba al revés”.

El Paraíso perdido, el jardín que han destruido los hijos de Dios, se confunde con la magia de los ciclos, la misma magia infernal de los ciclos de Swedemborg que Lowry había leído. Todo es palabra. La vida muerta es ella misma palabra. La vida misma del Cónsul es palabra en círculo convertida “en una quijotesca ficción oral”.



“la misma belleza del Paraíso terrenal”

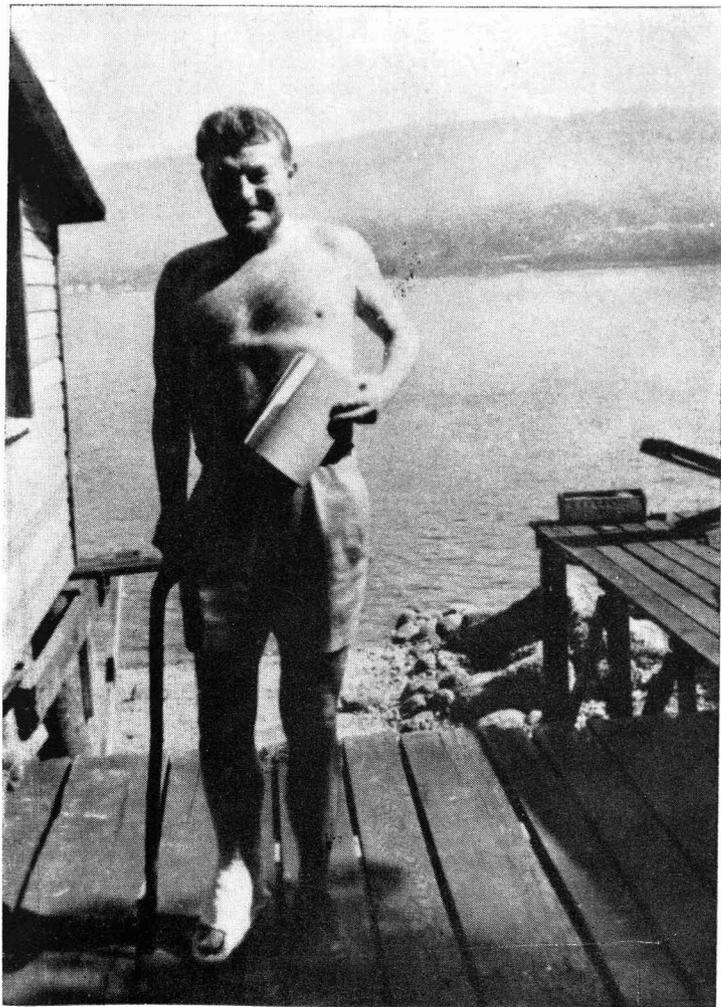
III

El Cónsul, efectivamente, se lanza constante hacia la auto-destrucción. Efectivamente, la obra de Lowry ha sido interpretada como un nuevo manifiesto —los hay anteriores como Rimbaud, contemporáneos como Dylan Thomas— de la auto-destrucción. Pero esta interpretación es solamente válida si se toma en cuenta *Bajo el volcán* y, más limitadamente, si aun dentro de esta novela se toma la parte por el todo. La obra de Lowry es incompleta en un sentido muy preciso: en el sentido de que nunca alcanzó a realizar él su proyecto. Debemos recordar que *Bajo el volcán* no era para Lowry la única novela de Lowry: de hecho era una de las novelas intermedias en una serie de siete. Afortunadamente poseemos la novela que iba a ser final y culminación de todas ellas. *The Forest Path to Spring*, ofrece una nota de reconciliación con el mundo. Ir a la fuente, beber en la fuente para purificarse en la claridad de sus aguas: tal era el deseo de Lowry. Y si es cierto que en uno de sus poemas —siempre de lo más débil de su obra— Lowry escribió su propio epitafio en términos a la vez humorísticos y pesimistas (“Vivió de noche y bebió de día y murió tocando el ukulele”), no lo es menos que el epitafio literario y vital debe encontrarse en este deseo de regresar a la claridad y a la transparencia, en este deseo que es de hecho la totalidad de *The Forest Path to Spring*: “Mientras miraba por encima del hombro de mi mujer vi un ciervo que nadaba hacia el faro. Entre risas nos inclinamos sobre el arroyo y bebimos”.

¿No es en un hombre tanto lo que quiso ser como lo que fue y no es lo que fue solamente transparente en cuanto es lo que quiso ser?

IV

Cuando *The Paris Review* publicó en 1963 *Lunar Caustic* escribía Conrad Knickerbocker: “*Lunar Caustic* debió ser parte importante de *The Voyage that Never Ends*, serie de siete novelas que Lowry proyectaba en torno a la obra central, *Bajo el volcán*. Pensaba en su ciclo como en una moderna *Divina Comedia* cuyo fin serían el Infierno y la Redención.” Volvemos así al principio de este ensayo: Lowry buscó la transparencia, si bien en la obra que de él poseemos esta transparencia queda todavía velada por la magia. ¿Será que para Lowry su propio proyecto fue, como el título de la novela, “el viaje que nunca acaba”?



Lowry en Dollarton (verano de 1953)

SOBRE LA MISMA TIERRA

LOS PREMIOS

Italia es un país en el que abundan los premios literarios. Su finalidad de estimular a los escritores se cumple sobradamente y hasta con exceso; hay premios para la novela, el cuento y la poesía; pero también existen para obras teatrales, científicas, de historia, etcétera; ni siquiera se olvidan de recompensar la literatura infantil.

Éstos son algunos de los premios otorgados durante 1963. El jurado del Premio Viareggio declaró vencedor a A. Delfini por su libro de ficción *Racconti*, y entre los ensayos fue premiado S. Solmi por *Scrittori negli anni*. El premio Opera Prima fue otorgado a M. Ferretti por su tomo de poemas *Allergia*. El gran premio Strega fue concedido a la novela *Lesico familiare* de Natalia Ginzburg. El Premio Internacional Formentor le tocó en suerte a C. E. Gadda, el original autor de *La cognizione del dolore*.

Los Premios Marzotto, en la literatura narrativa, les fueron concedidos a V. Pratolini (*La costanza della ragione*), a P. Volponi (*Memoriale*), y a B. Sanminiatielli (*Il permesso di vivere*); en la crítica y la historia literarias, a G. Macchia por *Il paradiso della ragione* y *La scuola dei sentimenti*, a M. Puppo por *Poetica e cultura del Romanticismo*, y a S. Rosati por *Il giro della ruota*; en el periodismo a M. Lupinacci, A. Cavallari, G. Ansaldo y N. Longobardi; en el teatro a D. Campana por su comedia *Un giorno dell'amore*.

Muchas obras de las más diversas disciplinas, desde la economía hasta la documentación técnica, fueron examinadas para concursar en los Premios Napoli. En la poesía resultaron premiados dos autores: Alfonso Gatto (*Osteria flegrea*) y Corrado Pavolini (*Diario di un anno*); y en la crítica literaria G. Melchiori por *I funamboli*.

El Premio Chianciano de obras narrativas le correspondió a D. Troisi por *Odor di cattolici*, y el de poesía a F. Fortini por *Una volta per sempre*.

El Premio Bancarella (lo confieren los libreros ambulantes de Pontremoli, ciudad toscana de donde por tradición familiar salen muchos de estos vendedores de libros) le tocó en suerte a un volumen de evocación histórica: *El Alamein* de Caccia Dominioni; y el Premio Bancarellino (especie de hermano menor de la anterior recompensa), reservado a la literatura infantil, le correspondió a *Il sergente nella neve* de A. Rigoni.

El Premio Bagutta, nombre de una típica *trattoria* milanesa frecuentada por literatos y artistas, en 1963 le correspondió a un escritor que regresó a las letras después de un largo silencio: T. Landolfi, por su obra *Rien va*.

El Montefeltro es un premio que cuenta con sólo cuatro años de vida, pero que ya ha adquirido fisonomía propia. En los años anteriores fueron premiados Ungaretti, Betocchi y Landolfi, y en 1963 la escritora toscana Gianna Manzini.

El Premio Stradanuova, reservado a novelas cortas o cuentos largos, lo ganó M. Lalli por *La Doma*. El Premio Il Cepo de Pistoia, para relatos publicados en periódicos y revistas, se lo adjudicaron a G. Bufalari y a P. Chiara.

El Premio Fanny Branca, dedicado a obras inéditas de un escritor y una escritora, fue otorgado respectivamente a I. Dragosei y a E. Ferri. El nuevo Premio

Il Campiello, que se distingue por su originalidad (la decisión definitiva, después de que han sido seleccionadas las obras, la toman dos lectores del público), fue concedido a P. Levi por *La tregua*.

Esta breve lista no representa ni la mitad de las recompensas a las que pueden aspirar los literatos italianos y los redactores de obras científicas y culturales; hay más, muchísimos más premios. Lo que en nuestro país suena a falacia de anuncio comercial, en Italia es una realidad. Y aun así hay críticos italianos que se quejan, si no de exceso de estímulo, de que los estímulos respondan a la política y al favoritismo.

Datos tomados de *Vida italiana*. Roma, mayo-junio de 1964.

—C. V.

LA MORAL DE LAS BESTIAS

En la actual discusión norteamericana sobre los trajes de baño de una pieza, y el nudismo en general, una organización ha guardado un extraño silencio, la SINA, o Sociedad contra la Indecencia de los Animales Desnudos, movimiento dedicado a vestir "las partes vitales de perros, gatos, caballos, vacas y otros animales domésticos mayores de cuatro pulgadas de alto, y seis de largo". La organización obtuvo un gran éxito publicitario el año pasado por su plan de ir a Washington a protestar delante de la Casa Blanca, porque "la esposa de Kennedy y su hija Caroline habían cabalgado en caballos desnudos". Su presidente, G. Clifford Prout, Jr., concentró sus ataques a los zoológicos. En *Los Angeles Times* afirmó que "eran los espectáculos frívolos del mundo de los animales". La gente se reunía alrededor del foso del gorila por un "sensacionalismo vicario a expensas de su sentido moral básico".

Su gira por el país en 1962 atrajo mucho la atención. En San Francisco, el *Chronicle* (*La Voz del Oeste*) decidió que el principal titular del día fuera: "Guerra a los animales desnudos", y en segundo término, "Han sido puestos en órbita dos rusos".

Prout calificó a San Francisco de "zona de desastre moral" y el *Chronicle* declaró que Prout había subrayado "el delicado tema de la moralidad de los animales, y cómo su ausencia había creado un peligroso aumento de la población animal".

Prout preguntó: "¿Han pensado ustedes que los animales que pastan con las cabezas agachadas, pueden muy bien no estar dedicados a pastar? ¿Se les ha ocurrido que muchos de ellos sólo miran a otro lado, a fin de no tener que observar las partes vitales de sus camaradas que pastan?"

Un comunicado de prensa de la SINA anunció que a causa del interés de los ciudadanos rusos, "Prout había enviado al primer ministro Jruschov un telegrama y le había pedido una audiencia que debía celebrarse en las oficinas de la SINA en Nueva York. A esta histórica reunión serían admitidos todos los periodistas, las cadenas de radio y televisión".

Míster Prout creía que "la decencia, como la proclamaba la SINA, podía muy bien convertirse en el común denominador de las relaciones rusas y norteamericanas, y poner fin a la guerra fría proporcionando una sombrilla de mutua moralidad y respeto".

Las anteriores noticias fueron propor-

cionadas el 9 de agosto de 1964 por David Frost, corresponsal del *Observer* en los Estados Unidos. Al final de su artículo añadió: "La SINA ha estado durante años en actividad, y ahora, cuando los seres humanos parecen olvidar los más sagrados principios de la SINA, ésta no dice una palabra... Descubrí la razón pocos días antes de abandonar Nueva York. Buck Henry fue uno de los invitados a un programa de televisión que yo realicé. Henry es un actor y escritor de mucho talento. Durante el almuerzo me reveló que él era G. Clifford Prout, Junior. Toda la campaña, sus millares de miembros, sus años de agitación, todo fue una broma que tuvo mucho éxito. Ahora la carrera de televisión de Henry es tan absorbente que la SINA ha dejado de existir."

Henry también declaró: "Ahora no creo realmente lo que leo en los periódicos. Sé qué fácil es crear las noticias... El punto vital de una maquinación como ésta, es obligar a la gente a que dé el primer paso, después se puede hacer cualquier cosa con ella."

—C. V.

OTRA VEZ CHAPLIN

Como era de esperarse, el libro de memorias que acaba de publicar Charles Chaplin ha producido múltiples reacciones en favor y en contra. Algunos de sus más enconados críticos comienzan a lanzar agrios proyectiles sobre la figura del genial y conocido realizador. Otros, uniéndose a los sentimientos del público en general, a aquellos que conocieron las peripecias cinematográficas y las persecuciones políticas de Charlot, esperan con avidez ese libro revelador que, según sugieren algunas publicaciones norteamericanas, no fue escrito por él mismo. El famoso actor director, desde la casa que ha ocupado durante once años junto al Lago de Ginebra en los Alpes Suizos, se interesa por conocer los comentarios que su primer libro ha suscitado. En una entrevista que concedió a Francis Wyndham, redactor de *The Sunday Times Magazine*, aseguró que había comenzado a escribir sus memorias siete años antes de aparecer el libro y que la obra representa, a grandes rasgos, dos años de trabajo profundo.

Además de permanecer a la expectativa con respecto a la impresión causada por sus recuerdos, Chaplin se dedica a descansar, a educar a los ocho hijos (tres varones y cinco mujeres) de su estable matrimonio y a subordinar todo lo demás, incluyendo su trabajo, a su amor por Oona.

A los 75 años de edad, Chaplin aún puede moverse con la agilidad de un bailarín: se traslada de un sitio a otro y hace parodias de figuras conocidas. Le gusta asar carne en el jardín de su casa y compartirla con sus hijos y con los curiosos que se acercan a la reja para descubrir algo de la vida del viejo actor.

Sólo a los que esperaban revelaciones trascendentales sorprendieron sus juicios, sus comentarios y sus relatos contenidos en sus memorias. En realidad, se limitó a exponer, con toda sinceridad, sus puntos de vista, su experiencia. En su obra están presentes las múltiples facetas de su personalidad, lo que ya había expresado, de manera magistral, en las imágenes cinematográficas que lo volvieron famoso. En ellas ya era posible descubrir al Chaplin que hoy dice: "Soy un poeta. Soy un anarquista espiritual. No soy un patriota. Soy amoral".

—A. D.